



MINISTERIO CRISTIANO
<<Portavoces de Vida>>

LA IGLESIA DE LAODICEA «UN MENSAJE DE ACTUALIDAD»

José M^a Recuero

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

1. UNA VOZ PROFÉTICA.....página 2

LA IMPORTANCIA DE SU MENSAJE

CARACTERÍSTICAS HISTÓRICAS DE LA IGLESIA EN LAODICEA

EL ÁMBITO DEL LIDERAZGO

LA PRESENTACIÓN DE JESUCRISTO

2. LA DRAMÁTICA SITUACIÓN DE LA IGLESIA.....p. 11

EL CONCEPTO DE IGLESIA

CUATRO ENFOQUES DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS

LA RAÍZ DEL PROBLEMA

LA TIBIEZA ESPIRITUAL

IDENTIFICANDO LA TIBIEZA

3. EL MATERIALISMO Y LA IGLESIA.....p. 26

EL CONDICIONAMIENTO MATERIALISTA

EL CONCEPTO E IMPLICACIONES

4. EL DIAGNÓSTICO DE LA IGLESIA.....p. 29

CUADRO DESCRIPTIVO DE LA ENFERMEDAD

APLICACIÓN EN LA PREDICACIÓN

APLICACIÓN EN LA FAMILIA

APLICACIÓN EN LA COMUNIDAD

5. EL REMEDIO PARA LA RESTAURACIÓN.....p. 42

EL CONSEJO DEL SEÑOR

LA SOLUCIÓN ESTÁ EN JESUCRISTO

UNA ADQUISICIÓN IMPERECEDERA

LA JUSTICIA DE CRISTO

LA VERGÜENZA DEL CRISTIANO CARNAL

RECUPERANDO LA VISIÓN ESPIRITUAL

EL AMOR DE JESÚS

6. UN ENCUENTRO CON JESUCRISTO.....p. 48

LAS CONDICIONES PARA LA RESTAURACIÓN

EL LLAMAMIENTO

LA COMUNIÓN CON CRISTO

7. REPERCUSIONES DE ETERNIDAD.....p. 53

UNA DECISIÓN PERSONAL

EL GALARDÓN

EL MODELO ES JESÚS

UN MENSAJE DE ACTUALIDAD

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Qué respuesta daría usted a las preguntas siguientes: ¿Cómo está la situación actual de la Iglesia en el mundo... en su país... en su ciudad..., y en su congregación? ¿Se podría establecer un paralelismo entre la iglesia de Laodicea y nuestro cristianismo contemporáneo? ¿Se ha preguntado alguna vez, amigo lector, cuáles son las características de un cristiano tibio? O ¿cómo está influyendo la sociedad materialista dentro de nuestras congregaciones?

Ciertamente, éstas son preguntas difíciles de responder. Sin embargo, a través de las páginas de la presente reflexión, vamos a realizar algunas observaciones que nos permitirán elaborar respuestas adecuadas, conforme a las instrucciones siempre actuales de la eterna Palabra de Dios.

Así, pues, el propósito de esta obra es ofrecer una sensata recomendación al pueblo de Dios, basado en el pasaje bíblico de El Apocalipsis 3:14-22; recogiendo del texto los principios espirituales más importantes y trayéndolos a nuestra época, en una arriesgada pero interesante labor de acercamiento.

Este estudio bíblico y devocional, confeccionado desde una metodología sencilla y práctica, nos guiará hacia una comprensión adecuada sobre el significado de la «tibieza espiritual», para alcanzar a comprender que el verdadero cristianismo no se fundamenta en una *religión*, sino en una *persona*: Jesucristo. Y que nuestra relación con Él es lo que garantiza el triunfo de la vida cristiana, por encima de la liturgia, los ritos, actividades eclesiales o formalismos religiosos.

Como no poseo el don de la infalibilidad, el riesgo a equivocarme en las muchas conclusiones realizadas, es de carácter razonable, y asumo mis desaciertos. Por un lado debido a la limitada comprensión humana, respecto al mensaje profundo y trascendente de las Sagradas Escrituras. Y por el otro, a la naturaleza del propio texto bíblico, el cual se considera de difícil tratamiento exegético. Por ello, apelo a la misericordia de Dios para que me ilumine en la redacción del presente trabajo.

Resulta indudable que el contenido de las cartas a las siete iglesias nos transmite hoy un mensaje importante a todos los cristianos. Pero, principalmente es la exhortación de Jesús a la comunidad de Laodicea, en especial, la que adquiere un notable interés para nuestros días; pues cada vez se hace más necesario vincular el mensaje de la Biblia con las necesidades reales de nuestra Iglesia contemporánea; a ello estamos llamados todos los cristianos.

Seguramente habrá opiniones para todos los gustos. Algunos pensarán que hoy la Iglesia está atravesando momentos de auténtico auge, de avivamiento o de esplendor. Otros, por el contrario, tendrán la imagen de una Iglesia muy deficiente, en términos generales... Y aunque la condición en la que se encontraba aquella iglesia tal vez no refleje la situación de todas las iglesias en el mundo de hoy, debemos admitir que si en el primer siglo existió una comunidad cristiana como la que se hallaba en Laodicea, donde la situación espiritual era verdaderamente preocupante, no es nada extraño pensar que también hoy en día existan congregaciones que se acerquen al modelo de aquella singular iglesia, elcual vamos a descubrir a lo largo de la presente reflexión bíblica.

No obstante, debe tenerse en cuenta que las aportaciones presentadas en esta obra, son realizadas siempre desde la percepción general sobre el estado actual de buena parte de la iglesia. Por lo que, se hace preciso realizar un análisis de nuestra actual condición espiritual, con toda humildad delante del Señor, deseando que la iluminadora Palabra de Dios obre en nosotros, y saque a luz todo pecado y también toda virtud. Y, desde luego, yo me incluyo como cristiano imperfecto y en buena medida también culpable de las amonestaciones que se hacen a la Iglesia del Señor, a través de las afirmaciones del pasaje que vamos a desarrollar.

Se espera que la lectura del presente mensaje no resulte en vano, sino que por medio de estas reflexiones alcancemos una conciencia más transparente, si cabe, de lo que significa ser cristiano en un mundo *cristianizado*; encontrar, a la vez, una alternativa bíblica a las sugerentes propuestas que ofrece nuestra sociedad, y con ello adquirir el auténtico sentido de la vida cristiana, el cual se fundamenta, ayer como hoy, en la Persona y obra del mismo Señor Jesucristo.

«Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí».

(Isaías 29:13)

1. UNA VOZ PROFÉTICA

«Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras que ni eres frío o caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

(EL APOCALIPSIS 3:14-22)

LA IMPORTANCIA

Probablemente muchas personas albergan en su corazón la equivocada impresión de que El Apocalipsis representa el libro «del futuro», y por esta razón tiene muy poco que decirnos en el presente. Es cierto e innegable que éste contiene elementos que son para un futuro (no muy lejano). Sin embargo, las cosas que fueron escritas no son, esencialmente, para que sepamos los acontecimientos escatológicos que han de ocurrir, sino, más bien, para que vivamos aquí y ahora con el impulso de la esperanza a la que hemos sido llamados todos los cristianos. Y así debemos vivir el presente, siempre con un enfoque o perspectiva futura; vislumbrando, en todo tiempo, el cumplimiento final del Reino de los cielos. En este sentido, la recomendación bíblica es bastante precisa: **«Poned la mira en las cosas de arriba» (Col. 3:2).**

Igualmente, la inadecuada visión de *futuro lejano*, es mucho menos aplicable cuando consideramos las cartas de Juan a las siete iglesias; puesto que la situación que estaba viviendo la Iglesia de entonces era real, y no menos lo eran aquellos hechos históricos. Así reza el texto: **«Escribe las cosas que han de ser (perspectiva futura), y las que son (situación presente)...» (Ap. 1:19).**

Ciertamente no son pocos los cristianos que han visto en el propio pasaje el reflejo de la Iglesia del final de los tiempos. Entre otros motivos, por ser la última carta del apóstol Juan, en el orden en que se redactó; y también por su vislumbre profético, que expresa una notoria similitud con el panorama evangélico de nuestros días, al exponer una correlación bastante definida entre la situación eclesial de aquel momento y nuestro Cristianismo reinante.

También conviene subrayar que la dificultad en la interpretación del texto estriba, básicamente, en el estilo literario de la propia carta; pues el pasaje se encuentra situado en uno de los documentos más difíciles de interpretar: El Apocalipsis; siendo su lenguaje altamente simbólico. Y aunque admitamos que éste contiene elementos de tipo profético, ello no supone, en ningún caso, una sola aplicación para el momento final de la historia de la Humanidad, sino que además descubrimos enseñanzas de utilidad permanente: primero para aquella época en la que se escribió (algo tendría que decir a los lectores primarios), y en segundo lugar para la nuestra, con una clara extensión hacia la eternidad.

Indudablemente, el mensaje de parte del Señor a las siete iglesias posee un carácter de marcado significado para nuestros tiempos, y en especial el mensaje a la iglesia de Laodicea. Su perfil social y religioso, nos ofrece muestras suficientemente claras de su incuestionable actualidad, no sólo en lo que respecta a nuestras iglesias locales, sino también en lo que atañe a la vida personal de cada cristiano.

Por otra parte, el valor incalculable que adquiere este pasaje, radica en su *autoridad*, la cual es reforzada por sus múltiples *autorías*: Primero (1:4), por mantener el sello apostólico: el del apóstol Juan, amigo personal de Jesús. Segundo (3:22), por poseer toda la autoridad divina: el Espíritu Santo habla. Y tercero (3:2), por ser un mensaje directo del Señor Jesucristo: Cabeza y suprema Autoridad de la Iglesia. Es una carta dictada por Dios mismo, procedente del cielo para la Iglesia que está en la tierra. Por estos motivos, entre otros, su relevancia espiritual es indiscutible para nosotros hoy.

La importancia que se destaca en la clara exhortación del texto, parece sobresalir con fuerza de las páginas de este pasaje bíblico tan especial. Y así, al final de su lectura y consideración, tendremos que darnos cuenta de que el llamamiento a las iglesias sigue todavía presente, de que su mensaje es urgente, de que el pecado parece del todo evidente, y a la vez cada advertencia se mantiene invariable; sin descuidar, al mismo tiempo, que las fieles promesas de restauración, prometidas por Jesús, todavía permanecen inalterables por los siglos.

CARACTERÍSTICAS HISTÓRICAS DE LA IGLESIA EN LAODICEA

Destacando algunos datos históricos, cabe mencionar que la iglesia de Laodicea (1), en Frigia, era una de las siete iglesias del Asia menor; zona situada en la parte más occidental de la actual Turquía. No debemos confundirla con Laodicea de Siria, que se encontraba al sur de Antioquia de Pisidia (donde llamaron a los creyentes por primera vez «cristianos»), en la cual se hallaban algunas comunidades cristianas establecidas.

1 Laodicea era una ciudad, pero a efectos prácticos identificaremos el nombre con la iglesia. Así cambiaremos, a veces, iglesia en Laodicea por iglesia de Laodicea, o simplemente Laodicea.

Laodicea se situaba como capital en la zona de Frigia, y estaba asentada estratégicamente en medio de una red de caminos comerciales hacia otras ciudades, como por ejemplo Éfeso. El nombre de la ciudad fue dado por Antíoco II (S.III a.C.) en honor a su esposa Laodice. Laodicea significa «el juicio del pueblo»: Lao = pueblo y dike = juicio. Su anterior nombre era Dióspolis. Así el pueblo hizo honor a su *nombre*, y las implicaciones se verían reflejadas prontamente en el ámbito de la iglesia; pues el nombre de Laodicea lleva el sentido de «autogobierno». Según cuentan los registros históricos, hacia el año 60 d.C., la ciudad de Laodicea fue completamente destruida a causa de un

terremoto. Posteriormente fueron los propios ciudadanos del pueblo los que, rehusando la ayuda del gobierno de Roma, reconstruyeron de nuevo la ciudad. Este precedente permite adentrarnos en el contexto histórico de la iglesia, y nos ofrece suficiente luz para comprender mejor el pasaje bíblico en el que está enmarcado.

No perdamos de vista la necesidad de identificar, a ser posible, el ambiente social, político y cultural, donde se sitúa el texto bíblico en cuestión; pues éste va a determinar los factores coyunturales que nos ayudarán a realizar una mejor interpretación de la porción bíblica.

Evidentemente el escenario de la ciudad donde esté situada la iglesia va a influir, decisivamente, en el funcionamiento de la misma iglesia. Con estos condicionantes, la comunidad en Laodicea estaba supeditada a la presión de su propia civilización, que se caracterizaba, principalmente, por la prosperidad económica y el bienestar social.

En lo que se refiere al contexto histórico, también el creyente forma parte de su propia cultura, y no puede evitar experimentar la vida cristiana influida por ésta. La afirmación del profesor y escritor Bernard Ramm, subraya la importancia de lo señalado: *«Nosotros estamos siempre bajo presiones que nos hacen ver las Escrituras desde otro enfoque, y no con su verdadero significado... es difícil impedir que nuestra cultura entre en nuestra comprensión del significado de la Escritura... porque cada persona es la suma de sus experiencias»* (Bernard Ramm, *The Evangelical Heritage*. Baker Books, 2000).

Laodicea era una ciudad cosmopolita, rica, próspera, de hermosos templos, enormes gimnasios, magníficos teatros, y demás atracciones que hacían de la ciudad un motivo de orgullo para sus habitantes. Ésta se hallaba como el centro de negociación bancaria con varias ciudades del Imperio. Asimismo, la reconocida escuela de medicina le confería alto prestigio a aquella población. Allí se fabricaba el famoso polvo frigio, utilizado como tratamiento oftalmológico, el cual era muy solicitado por los viajeros cuyos ojos se irritaban al cruzar las arenas del desierto. Y cerca de ella, en Hierápolis, existían unas fuentes termales que ofrecían buena oportunidad para practicar el llamado «relax». En la ciudad de Laodicea también se fabricaban tejidos con una lana especial, que era muy apreciada por los comerciantes, y que procedía de los carneros criados en aquellos parajes.

En cuanto a las referencias que se hallan en el Nuevo Testamento sobre esta iglesia, parecen ser escasas, y las pocas que hay las encontramos en la carta que el apóstol Pablo escribió a la comunidad en Colosas: **«Porque quiero que sepáis cuán lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea... Os saluda Epafras... De él doy testimonio que tiene gran solicitud por vosotros y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis... Salud a los hermanos que están en Laodicea... Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros»** (Colosenses 2:1; 4:12,13,15,16). Por los datos que podemos recoger, debemos pensar que ésta era una iglesia establecida hacía muchos años, y que gozaba de suficiente formación doctrinal; por lo menos desde la fecha en que se escribió la epístola a los Colosenses (62 d.C.). Al parecer, Epafras (natural de Colosas, ciudad muy cercana a Laodicea) realizó una labor en esta congregación, y tal vez fuera el fundador de la iglesia.

Cuenta el historiador Flavio Josefo, que Laodicea albergaba numerosos judíos, y seguramente muchos de ellos se convirtieron al Cristianismo (Flavio Josefo, *Antigüedades*, L.14,20. 1986, T.III p. 37).

Por lo demás, el propio apóstol Pablo tuvo gran carga por esta comunidad, y seguramente mantuvo un contacto asiduo a través de sus cartas. Ahora bien, desde los escritos de Pablo transcurrieron varios años hasta la redacción del libro de El Apocalipsis. Y algo sucedió para que, cerca del año 100, el Señor tuviera que amonestar directamente a esta congregación de manera seria, y a modo de ultimátum.

Deberíamos, entonces, preguntarnos: ¿Qué ocurrió en el devenir histórico de la iglesia de Laodicea, en su funcionamiento eclesial, y en su desarrollo interno, para que Jesucristo en persona les tuviera que reprender seriamente por medio del apóstol Juan?

EL ÁMBITO DEL LIDERAZGO

«Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea»

En el análisis del texto nos enfrentamos con el primer problema exegético. El mensaje de Juan –desterrado en la isla de Patmos–, que escribe de parte del Señor Jesucristo, va dirigido primeramente al «**ángel de la iglesia**», y por medio de él para la misma iglesia.

En primer lugar recordemos que cada vez que surge en la Escritura una palabra de difícil comprensión, no nos corresponde aplicar una exégesis *literalista* (tal y como se lee), sino que, entre otras normas, debemos tener en cuenta su etimología (la raíz de la palabra) y análisis gramatical, y después, según el contexto, poder considerar las varias opciones que nos indique el texto, para realizar así una interpretación lo más ajustada posible al pasaje en cuestión.

El término «**ángel**», en el idioma en el que fue escrito (en griego) significa «mensajero», y ello puede sugerir varias posibilidades:

1. Podría simbolizar a la propia iglesia en sí, pues el término «ángel» tiene un sentido figurado, esto es, una forma de hablar que en tal caso puede expresar la personificación de la iglesia. Puesto que la iglesia es un cuerpo, una unidad, el autor emplea una metáfora para identificar *ángel con iglesia*.

2. También podría aplicarse al presidente del culto, secretario, o responsable de leer y comunicar los mensajes a la congregación (el mensajero).

3. Igualmente los ángeles son los *guardianes* y *protectores*, con lo cual, el término podría llevar el sentido de cuerpo gobernante de la iglesia, quien debe guardar, proteger, y asimismo transmitir el mensaje divino a la comunidad.

4. Otra opción bastante aceptada, que guarda relación con la anterior, identifica el ángel con el representante de la iglesia, o llamado pastor; que bien podría ser el máximo líder de los ancianos, encargado éste de anunciar los comunicados.

Según lo expuesto, podemos admitir que, por el contenido que se desprende de las siete cartas, e incorporando las referencias que nos ofrece la Historia, el «**ángel**» podría haber sido una persona con responsabilidad en la iglesia –el pastor–, el cual se encargó de transmitir a la comunidad el mensaje de Juan ofrecido por parte del Señor. Entre otros datos, cabe destacar que cuando Ignacio de Antioquía escribe (principios del siglo II) a Policarpo –discípulo del apóstol Juan–, éste ya ejercía la función de «obispo» en la congregación de Esmirna (J. B. Lightfoot, *Los Padres apostólicos*. CLIE, 1990, 203).

Según los escritos patrísticos, él fue el máximo dirigente de aquella comunidad, es decir, quien ocupaba la responsabilidad pastoral. Esta información nos conduce a pensar, por asociación histórica, que además lógica, en la posibilidad de que también hubiera en la iglesia de Laodicea (en la fecha de redacción de El Apocalipsis –finales del siglo I–) un representante: obispo, pastor o anciano responsable, siendo el mensaje principalmente para él, y asumiendo, a la vez, el encargo de anunciarlo a los demás.

Implicaciones del líder en una iglesia tibia

La expresión «**y escribe al ángel**», según la interpretación aquí expuesta, ya nos sugiere abordar el tema «pastoral» como una de las causas desencadenantes del fracaso que la iglesia experimentaba en aquel momento histórico; considerando que si la congregación padece de *tibieza espiritual*, el pastor o cuerpo gobernante es el máximo responsable y, en consecuencia, el primero que debe tomar cartas en el asunto.

Desgraciadamente el problema en el liderazgo no era nada nuevo, pues ya se reflejaba en el antiguo pueblo de Israel: «**Ovejas perdidas fueron mi pueblo; sus pastores las hicieron errar**» (Jer. 50:6). Es fácilmente comprensible este panorama, puesto que la imagen que hoy ofrece la iglesia, en buena parte, es la imagen de sus propios líderes. Si éstos no caminan bien, el resultado consecuente será que la congregación –por efecto dominó– seguirá por el mismo camino.

Es sabido que los hermanos reconocidos en la iglesia son los que deben estar más alertas en cuanto a su responsabilidad eclesial; pues normalmente el líder es, sin duda, el *blanco* preferido por nuestro enemigo el Diablo, el que sufre más tentaciones, y por consiguiente, el más vulnerable a padecer la *tibieza*. No se debe ignorar, por tanto, las maquinaciones de Satanás, ya que sus dardos más nocivos son lanzados, sin piedad, hacia los máximos responsables de la comunidad.

Reparemos bien en esta cuestión. El pastor, anciano u obispo, debe ser consciente del estado espiritual de la comunidad que preside, y el primero en responder al mensaje de la Palabra, para que de esta forma, y no de otra, pueda comunicarlo a la congregación con mayor propiedad. Desde luego que la intención no es cargar todo el peso de la culpa sobre las espaldas de los dirigentes, cuando la Escritura advierte que **«cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí»**, según Romanos 14:12. No podemos pensar que si el cuerpo gobernante no funciona, los demás miembros tienen justificante sobrado para desviarse del camino. Esto, en cualquier caso, es auto-engañarse y añadir insensatez a nuestro compromiso cristiano.

Dicho esto, no obstante es cierto que los líderes poseen gran responsabilidad delante de Dios acerca de las congregaciones que presiden; pues aquel que verdaderamente ha sido puesto por Dios, recibe una especial *dotación pastoral* de parte del Espíritu Santo, que así habrá de aplicarla en la iglesia como conviene.

Debemos recordar que al igual que en el antiguo pueblo escogido, la iglesia local también hoy comienza a fracasar primordialmente por causa de los pastores incompetentes que descuidan al rebaño. Es por este motivo por el cual Dios reprendió a los líderes de Israel: por su egoísmo y despreocupación hacia las ovejas, muchas de ellas desatendidas, desorientadas o enfermas... **«¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos!... Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo estoy contra los pastores; y demandaré mis ovejas de su mano»** (Ez. 34:2,10).

El problema

La historia eclesiástica está marcada por el proceder de sus líderes, y pudiera ser, en el caso que estamos tratando, que el pastor de la iglesia en Laodicea comenzara a distanciarse del modelo bíblico. Podemos elucubrar al respecto, pero seguramente el *poder* asumido en el liderazgo, la *jerarquía* eclesiástica, o la *autoridad* mal entendida, empezaban a hacerse hueco en la comunidad de hermanos (el problema comienza a enterearse en los escritos de los llamados Padres Apostólicos). En esto, la recomendación bíblica es bien precisa: **«Que reconozcáis** (reconocimiento necesario) **a los que trabajan** (evidente servicio) **entre** (no por encima ni por debajo) **vosotros»** (1 Ts. 5:12). Luego, el líder habrá de tener la suficiente humildad como para, desde el reconocimiento necesario, no situarse por encima, sino sirviendo **«entre»**...

Con todo, la *jerarquía eclesiástica*, a partir del primer siglo, tuvo posteriores consecuencias nefastas. La Iglesia Antigua quiso guardar la unidad doctrinal (cosa en sí positiva), pero lamentablemente se olvidó de su Guardador; como cita el texto: **«Olvidaron al Dios de su salvación»** (Sal. 106:21).

Al igual que en la época de Jesús, también ocurre en nuestros días, cuando son demasiados los pastores que se aferran a una «tradición» formada a través de los años en la iglesia, la cual a veces se sitúa –en la práctica– sobre la autoridad de la Biblia, invalidando de esta forma su sagrado mensaje. Y así es como algunos, asidos tercamente a su *posición* eclesial, no se dan cuenta de que la «empresa» no es suya, de que no pueden monopolizarla a su arbitrio, creyendo que la obra de Dios es facultad exclusiva del propio hombre. Entendamos con buen criterio que la iglesia no es una entidad pastor-céntrica, sino cristo-céntrica.

Efectivamente, es en el ámbito del liderazgo donde se producen los desarreglos que afectarán más tarde a toda la congregación. Porque, precisamente, son los *pastores tibios* los que originan *cristianos tibios*. De tal forma parece encaminarse el consejo del texto bíblico: **«Mirad por vosotros** (primeramente), **y por todo el rebaño** (sin excepción)» (Hch. 20:28).

Causa cierta perplejidad saber que cada vez surgen más y más líderes en el mundo evangélico, pero a la vez también hay más falsificación; y lo grave es que buena parte de las iglesias no se da cuenta de ello. Entre tanto, las comunidades desorientadas sufren el pésimo servicio de pastores fraudulentos. Y si alguien se pregunta por la causa de este fraude, la analogía bíblica una vez más nos ofrece la respuesta: **«Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé» (Jer. 14:14)**. Es verdad, se hallan pastores que nunca fueron puestos por el Señor. Y la falsedad en el liderazgo se hace notar, cuando hoy apenas se percibe el «corazón de pastor» en los propios dirigentes; en todo caso contemplamos las «vestiduras».

Desde esta realidad nos unimos al pesar del profeta Zacarías: **«El pueblo vaga como ovejas (descarriadas), y sufre porque no tiene pastor» (Zac. 10:2)**. Es realmente preocupante observar que para muchos líderes, en la práctica, Jesús es un simple símbolo, una asignatura para estudiar, un personaje evangélico de referencia, o un mito del pasado. Y quizá sea trágico tener que decir la verdad, pero éstos han cambiado la relación personal con Jesús por: su cargo en el despacho, las reuniones administrativas, los pasatiempos informáticos, el apego al teléfono móvil, y la apretada agenda con sus compañeros de ministerio.

A decir verdad, buena parte del pueblo cristiano está cansado de pastores falsos, que con suave lengua seducen el alma de las ovejas, pero en la práctica viven indiferentes ante sus necesidades reales. Éstos prestan más atención al entretenimiento dominical, que a las carencias espirituales de sus miembros; son administradores técnicos, pero no pastores. Tanto es así, que algunos se preocupan más por el santuario, que por su santidad; por el bienestar socio-ecclesial, que por la vida espiritual. Probablemente aprecien más su ministerio pastoral que al mismo Jesús, y muestra de ello es la evidente carencia de amor que manifiestan hacia las personas que *pastorean*. Este cuadro descriptivo no debe sorprendernos, pues ya nos fue profetizado: **«Se amontonarán (no son pocos) maestros conforme a sus propias concupiscencias (deseos egoístas)» (2 Ti. 4:3)**.

Quizá no tenemos claro cuáles son las prioridades en la obra del Señor, y en consecuencia hemos llegado a este grave estado de insensibilidad. Y es que algunos líderes se han olvidado de lo verdaderamente primordial: la adoración a Dios, la enseñanza bíblica, la conversión de un alma, la restauración de un hermano caído, el discipulado de un recién convertido, el confort espiritual de la comunidad, la disciplina en casos de pecado abierto... entre otras cuestiones de primer orden, que con el tiempo van perdiendo la importancia que poseen para la vida cristiana.

Ahora bien, es tal la decadencia que puede experimentar un líder, que a veces la «tibieza» le conduce a cerrar por entero su corazón a Dios, y así centrar su vida solamente en el cargo pastoral, o en la responsabilidad ecclesial que ejerce, dejando de cumplir su función como mensajero del Señor. Tal como cita el texto de El Apocalipsis: Creen ser *ricos*, pero ante Dios **«son pobres»**; están convencidos de que *ven*, pero sin embargo **«son ciegos»**...

No debemos engañarnos, el problema existe hoy como existió entonces, y si hablamos de restauración y avivamiento espiritual en la iglesia, es necesario comenzar por las bases, y en primer lugar examinar nuestros valores pastorales: dónde hemos caído, y en qué situación nos hallamos hoy... Y después, se hace preciso revisar los principios bíblicos y espirituales de la comunidad: en qué lugar se encuentra la congregación, y qué debemos hacer, tanto para su crecimiento en la fe, como para su renovación espiritual.

Y así, muchos pastores, predicadores, o líderes reconocidos, son los *ángeles* que el Señor ha puesto en la iglesia, encargados de recibir y de comunicar, a su vez, el mensaje divino.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, no es ilógico pensar que la carta del Señor haya sido dirigida principalmente al líder, o líderes, de aquella particular congregación que se hallaba Laodicea.

LA PRESENTACIÓN DE JESUCRISTO

Una visión acertada del Señor de la Iglesia

«He aquí»

Es inevitable obtener una concepción clara y consistente de la Persona y la obra de Jesús; pero también es preciso poseer un discernimiento claro acerca de su «presencia real» en la comunidad, así como en la vida personal de cada creyente.

Si examinamos algunos círculos llamados evangélicos, sobre todo en aquellos más institucionalizados (y también en nuestra práctica eclesial), podremos detectar que se ha ido adquiriendo una visión de la Persona y obra de Jesús bastante parcial y lejana; tal vez haciendo demasiado énfasis sobre el aspecto histórico de Cristo, pero a la vez descuidando la imagen de su actual manifestación divina.

En contraste con este pensamiento, la Biblia afirma que Jesús es Dios eterno e infinito, está en medio de su Iglesia, habita en el corazón del creyente, y debido a su omnisciencia conoce perfectamente el estado espiritual de su pueblo. Por ello, el control que Jesucristo mantiene sobre su Iglesia es absoluto y además permanente.

Definitivamente, Jesucristo es Dios, y no sólo está a la «**diestra del Padre**» (He. 1:13), sino que es «**uno con Él**» (Jn. 10:30). ¿Alguien puede entenderlo? Seguramente que no... pero la verdad bíblica es una, y la comunión que la iglesia debe tener es «**con el Padre, y con su Hijo Jesucristo**» (1 Jn. 1:3).

Así parece darlo a conocer el propio pasaje de El Apocalipsis. Jesús, en calidad de hombre, había muerto y resucitado unos 70 años antes de que el apóstol Juan tuviera la revelación. Y de tal forma, observamos que quien se aparece a Juan es el mismo Jesús, aunque en este caso expresando su divinidad, la cual trasciende el tiempo y el espacio de nuestra esfera terrenal. Y la idea que el texto intenta transmitir, es que Jesucristo está presente en su Iglesia.

El Señor Jesús prometió su presencia en la comunidad, por lo tanto no debemos ponerlo nosotros en duda: «**Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos**» (Mt. 18:20).

Bien, después de tanto tiempo, y posteriormente a su muerte, resurrección y glorificación, Jesús parece hallarse estrechamente vinculado a las comunidades cristianas, obrando activamente entre los creyentes; y lo hace como espectador y como agente activo, pues las constantes alusiones registradas en el libro de El Apocalipsis, apuntan no sólo hacia su divina presencia, sino también hacia su poderosa intervención en la iglesia local.

La presentación de su Persona y obra

Desde una sencilla lectura del texto bíblico, podemos recibir la sensación de que el Señor tiene que presentarse a la iglesia y así darse a conocer, porque al parecer ya era un perfecto desconocido para la misma iglesia. Por esta causa fue necesario que mostrara sus credenciales divinas, pues ciertamente sólo éstas podrían otorgar *autoridad* a sus palabras.

Tal como sucedió en la iglesia de Laodicea, prevemos hoy que, en la práctica, también Jesucristo sea el gran desconocido en buena parte de nuestro Cristianismo contemporáneo. Si realizáramos un análisis serio en algunas de nuestras congregaciones, sobre el *conocimiento* que existe acerca de la Persona y la perfecta obra de Jesús, enmarcado éste en su ejemplo y enseñanzas bíblicas, observaríamos una carencia de lo más evidente. No es de extrañar, pues, que actualmente muchas iglesias vayan tomando el relevo de la iglesia en Laodicea.

La veracidad de Dios

«El Amén»

Al parecer, el vocablo «**amén**» procede originalmente del idioma hebreo. La traducción que hace un reconocido autor cristiano, es la siguiente: «*En su significado original esa palabra tenía la idea de criar, alimentar, cuidar, construir, edificar*» (Ray Summers, *Digno es el Cordero*. CBP, 1977,168).

Siguiendo la pauta del concepto original, hallamos que aunque el término exprese la *veracidad* de las palabras de Jesús, no obstante entendemos que esta verdad no permanece estática, sino que es la *verdad viva* que produce fruto. Aceptar la verdad es tan sencillo como aceptar a Jesucristo, y en consecuencia recibir su acción benéfica en nuestras vidas. Él es la única Verdad capaz de iluminar nuestra mente, alimentar nuestro espíritu y confortar nuestro corazón. Por ello alcanzamos a distinguir que Jesús no es una *verdad conceptual*, sino como cita Isaías: «**El Dios de la verdad**» (Is. 65:16).

Unido a este pensamiento inicial, también podemos añadir el *amén* litúrgico que expresamos al terminar las oraciones. Contemplado desde nuestra práctica eclesial, el *amén* se configura como una expresión que indica la condición del que tiene la última palabra: lo definitivo, lo creíble. Podemos incluir el siguiente ejemplo: Cuando un hermano ora públicamente en la iglesia, y termina su oración, los demás dicen *amén*, y la oración finaliza; se han pronunciado las últimas palabras y ya está todo dicho, por lo que la congregación ofrece su aprobación con el *amén* (así sea). De conformidad con este sencillo ejemplo, podemos garantizar que Jesús es el que posee la última palabra, y en el caso de Laodicea, va a ofrecer en su mensaje la conclusión final de lo que ocurría en aquella iglesia.

Igualmente los creyentes pueden calificar o descalificar, decir amén a lo que acontece, o abstenerse de decirlo; pero el que tiene la última palabra es Jesús, porque Él mismo es el Amén, puesto que su fiel mensaje se fundamenta en Aquel que dijera un día: «**Yo soy la Verdad**» (Jn. 14:6). Por esta razón, todo lo que Él diga resulta certero y a la vez determinante, y no se puede de ningún modo discutir.

El *amén*, por lo visto, nunca representará la conclusión de lo que la comunidad cristiana dictamine, sino la palabra final de Cristo. Cualquier doctrina o conducta es válida y verdadera, en tanto quede sujeta a la Verdad del Señor de la iglesia.

La presencia permanente de Cristo

«El testigo fiel y verdadero»

El Señor Jesús va a dar testimonio del *amén*, esto es, el mensaje definitivo, cuyo contenido a la vez encierra la verdad de unos hechos que se sucedían en la iglesia de Laodicea, y que fueron analizados y también diagnosticados por el gran Médico divino.

A saber, si Jesucristo es *testigo* de la iglesia, es porque su atributo es la *omnisciencia*; y si su mensaje es *verdadero*, es porque Él representa la Verdad absoluta. Y, en esto, podemos pensar que si se digna a revelar la triste situación de su pueblo, no es precisamente porque éste lo merezca, sino porque la *fidelidad* de su Persona se manifiesta a través de su infinito amor.

Una vez más observamos la demostración patente de que Dios es fiel a su pacto, a su carácter benigno, a su Palabra, y a sus promesas. En contraposición con la falsedad e infidelidad de la propia iglesia, nuestro Señor es Fiel y Verdadero.

Cristo tiene la última palabra, por eso la Escritura dice que «**sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso**» (Ro. 3:4). Y es que por muy verdadera que sea la verdad del hombre, en comparación con la verdad de Dios es como si fuese *mentira* (verdad imperfecta y relativa); porque la verdad de Dios es absoluta, y así se mantiene firme y permanente.

Lo admirable de todo esto es que, por encima de la situación lamentable en la que se hallaba aquella congregación, Jesús permaneció fiel a sus principios. Él es amor, y por ello sigue amando profundamente a su iglesia, a pesar de la indiferencia que ésta pueda mostrar hacia su mensaje. Y en este caso, no tuvo por menos, en su misericordia, que avisarles del inminente peligro en el que se encontraban los laodicenses. Nuestro amado Señor hace todo lo posible para que su Iglesia funcione adecuadamente en este mundo, porque siendo su Cuerpo, no desea otra cosa que su bienestar espiritual. Ahora, indudablemente a la iglesia le concierne responder al llamamiento divino, de lo contrario habrá de sufrir las consecuencias.

Una enseñanza firme que podemos extraer, es que el creyente no puede mantenerse ignorante, porque de alguna forma la Palabra de Jesús alcanzará su corazón, advirtiéndole de las graves consecuencias si descuida el mensaje que ofrece la Persona de Cristo.

Prestemos especial atención a la exhortación de Jesús, pues de lo contrario, **«¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?» (He. 2:3).**

Jesucristo el Creador

«El principio de la creación de Dios»

En cuanto a la divinidad de Jesucristo, seguramente el presente texto bíblico pueda ofrecer cierta confusión. Pero, en ningún caso significa que Él haya sido creado, aunque algunas sectas pretendan afirmar lo contrario (como pensaban los «arrianos» en la antigüedad). No obstante, en el examen de los vocablos conseguimos descubrir el significado original. Si analizamos el término traducido por **«principio»**, en griego «arkhé», observaremos claramente que éste posee dos acepciones principales:

1ª LA CAUSA: Jesús es el origen de todo lo creado, porque Él participó directamente en la Creación (es el Creador). El Universo como efecto tiene una causa, y es Jesucristo, debido precisamente a que Él lo creó. Y lo que se pretende resaltar aquí, no es otra cosa que el atributo divino de la *omnipotencia*; ratificando así lo comentado: que Jesús es hombre, cierto, pero no olvidemos que siempre fue Dios, y como tal interviene hoy en su pueblo.

2ª EL PRÍNCIPE O JEFE: Jesús es el Príncipe, el Jefe; por lo cual, si alguien manda en la iglesia, o posee autoridad alguna, no es el obispo, pastor o anciano, sino Él. Jesucristo es la única Autoridad de la Iglesia, y no existe nadie que ejerza autoridad por encima de su señorío. Por ser Dios, justamente, reclama su legítima autoridad divina.

Así cita el texto sagrado: **«Él es la imagen del Dios invisible» (Col. 1:15)**. Esta definición nos lleva a pensar que a Jesús se le identifica como el Creador: atributo sublime. Por lo tanto, parece sensato aceptar su autoridad en cuanto al mensaje que a continuación va a transmitir a la Iglesia; pues debemos reconocer que quien mejor conoce el corazón de sus criaturas, evidentemente es el Creador. Y pensamos con lógica, porque si Jesús no fuera el Creador, no tendría derecho a juzgar la intención del corazón de ningún individuo: **«Porque Jehová (solamente Él) escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos» (1 Cr. 28:9).**

En conclusión, el Señor Jesús va a presentar, con todo el derecho, la condición de la iglesia, las causas de su fracaso, los síntomas de su enfermedad, el peligro de su actitud, la solución que se debe tomar, y las consecuencias que acarrea la desobediencia a su Palabra.

Un mensaje de urgencia

«Dice esto»

Los creyentes debemos tomar ejemplo de nuestro Señor, y si Él no cerró su boca (dice esto) ante el pecado evidente de su pueblo, ni hizo la vista gorda, como tampoco usó de indiferencia, ¿cómo podemos, entonces, callar nosotros ante el desdibujado paisaje eclesial que tenemos por delante?

El mensaje del Señor Jesús descubre la situación de una iglesia que estaba experimentando un grave declive espiritual. Y si tomamos ejemplo del Maestro, también al cristiano le corresponde presentar lo que Dios dice en su Palabra, comparando al mismo tiempo la situación real de nuestras comunidades con el mensaje de Cristo; pese a las consiguientes reacciones adversas de los miembros. Aunque todo ello hecho siempre con amor y comprensión («os aconsejo», dirá Jesús más adelante).

Además, resulta en vano predicar lo que la congregación quiere oír, para así quedar bien con todos. Si como predicadores buscamos agradar al Dios que nos ha confiado su Palabra, no deberíamos hacer tal cosa. En cambio, haremos bien en presentar la verdad bíblica con sentido de honor y abnegación; sin temor al «qué dirán». Es verdad, cada vez se hace más indispensable una voz profética que sea oída en la «iglesia de Laodicea» de nuestros tiempos.

2. LA DRAMÁTICA SITUACIÓN DE LA IGLESIA

EL CONCEPTO DE IGLESIA

Puesto que el mensaje de El Apocalipsis fue dirigido a *las iglesias*, sólo podremos realizar una buena aplicación del pasaje que estamos considerando, si tenemos claro el significado del término *iglesia* y sus distintas connotaciones.

Cuando el Señor Jesús ordena al apóstol Juan que escriba a *la iglesia*, ¿cuál es el concepto de *iglesia* que tenemos en mente? Para que podamos llegar a comprender de forma adecuada este término, es necesario establecer cuatro principios distintos, y a la vez complementarios, de lo que significa «iglesia», con el fin de adquirir una visión más amplia y acertada sobre dicha palabra.

El término *iglesia* significa congregación o asamblea, y se deriva de la composición de dos vocablos griegos: «ek» (afuera de) y «kaleo» (llamar). Teniendo en cuenta estas referencias, podemos decir que la *iglesia* se define como una *congregación*: una *reunión de personas convocadas* (llamadas afuera). Nos permitimos aquí la libertad de dividir esta definición (congregación o asamblea llamada por Dios) entre Iglesia Antiguo-testamentaria, comenzando desde Adán y siguiendo con el pueblo de Israel, e Iglesia cristiana Neo-testamentaria (judíos y gentiles en un solo pueblo), a partir de la muerte y resurrección de Jesucristo.

Así, parece conveniente unir los dos conceptos para explicar el significado de la Iglesia, contemplada ésta como el único «pueblo de Dios» transitando a través de la historia de la Humanidad.

Antes de pasar a exponer los cuatro enfoques que contiene el término «iglesia», debemos tener presente que éstos siempre se desarrollan a partir de su concepción universal. El profesor Ridderbos destaca lo señalado, aplicando la misma exégesis que el apóstol Pablo realizó del concepto «iglesia» en el Nuevo Testamento: «Pablo confiere un marco universal a esta unidad corporativa del pueblo de Dios, no sólo considerando a los creyentes gentiles como parte de la simiente de Abraham, sino yendo más allá de Abraham, hasta llegar a Adán, a fin de calificar a

Cristo como el segundo Adán y a la iglesia como el «nuevo hombre» (nueva humanidad), como la nueva creación» (Herman Ridderbos, *El pensamiento del apóstol Pablo*. Gran Rapids, Libros desafío, 2000, 512). Ciertamente que esta apreciación no es nueva, ya lo expresaba San Agustín en sus escritos: *«Cuerpo de esta cabeza (Jesucristo) es la Iglesia universal, que comprende desde Abel hasta los últimos fieles de Cristo, que creerán en él al fin del mundo»* (San Agustín, *Nos hiciste Señor para ti*. BAC, 1994, 131).

CUATRO ENFOQUES DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS

La verdadera Iglesia universal: invisible y eterna

La única y verdadera Iglesia de Dios, está compuesta por todas y cada una de las personas que forman parte del «pueblo escatológico», desde la primera a partir de la Creación, hasta el último hombre (varón y mujer) en la tierra que se convierta a Dios por la fe, teniendo como centro a la Persona y obra de Jesucristo (algunos miraron al futuro, y otros miramos al pasado).

En la mente y en los proyectos eternos de Dios, la Iglesia ya era una realidad presente; estableciéndose como un solo pueblo, esto es, la totalidad de personas elegidas, llamadas, salvadas y santificadas que, a lo largo de la historia de la Humanidad, han ido conformando la comunidad escatológica de Dios, que es la Iglesia invisible y eterna, escondida en Cristo Jesús y mezclada entre todos los seres humanos, de todas las épocas, naciones, razas y tribus... Se podría definir como la *realidad espiritual* perfecta en Dios, y no tan sólo la *manifestación histórica*, la cual siempre ha estado sujeta a confusión, errores, y cambios propios de la debilidad humana.

La Iglesia universal y comunidad visible

Este enfoque de iglesia constituye el conjunto de personas entregadas a Dios y salvadas por la sola fe, a partir de la creación del hombre, que por la providencia y dirección divina han formado una comunidad universal, visible e histórica. Una Iglesia única, pero a la vez multiforme, cuya actividad en el tiempo se ha visto sometida por los factores históricos, generacionales, políticos y culturales. Podríamos definirla como la «realidad histórica y visible» de la auténtica Iglesia del Dios viviente (los verdaderos convertidos), ubicada en el tiempo y en el espacio, y evidenciada en el proceso temporal del ser humano.

La Iglesia como movimiento histórico

Esta forma de existencia se entiende como el propio «proceso histórico» de la Iglesia. Desde Adán, pasando por el pueblo de Israel, y siguiendo por todo el desarrollo histórico del Cristianismo. No es la Iglesia concebida tanto como *organismo*, sino más bien como *organización*. Es el mismo movimiento histórico eclesial, evolutivo y religioso, que se ha desarrollado por los sistemas de referencia doctrinal, los cuales se han ido gestando y constituyendo a través de los siglos. En esta concepción de iglesia están incluidos tanto los creyentes auténticos como los nominales, los cuales también forman parte de dicho movimiento: **«El trigo y la cizaña crecen juntos» (Mt. 13:29)**. La Iglesia, desde este enfoque, se define por sus rasgos doctrinales que la identifica y la une como tal, avanzando siempre en busca del consenso doctrinal y la conformidad teológica, con independencia de la comunión espiritual y práctica.

Este proceso ha llevado en muchas ocasiones a la decadencia de la Iglesia, propia de la corrupción moral y espiritual de sus líderes, principalmente. Aunque, por otra parte, también se ha visto beneficiada por el impulso renovador de hombres y mujeres que, de manera valiente y esforzada, han intentado, en muchos momentos de la Historia, volver a las raíces de la santa Palabra de Dios.

La Iglesia como denominación: congregación e iglesia local

La Iglesia universal, aunque indivisible por su unidad espiritual, se divide en la práctica por denominaciones 3., debido sobre todo a distintos enfoques doctrinales y culturales. Estas comunidades, a la vez, se dividen y organizan según sus diferentes patrones de comprensión teológica, en iglesias o congregaciones locales, representando de tal forma a la Iglesia universal. Dicho concepto de *iglesia* está constituido por miembros realmente convertidos y por muchos otros que no lo son; cuestión que podemos apreciar en el Antiguo Testamento, respecto al pueblo de Israel, y también en buena parte de las comunidades cristianas del Nuevo Testamento.

3. En cierta medida las denominaciones (enfocadas desde su aspecto positivo) son una expresión de la libertad cristiana, en oposición a la uniformidad esclavizadora de las llamadas «sectas».

Teniendo presente estos cuatro enfoques mencionados, nos preguntamos ahora, ¿qué forma de iglesia incluye a la comunidad en Laodicea? Las cuatro formas que hemos visto se ajustarían, según parece, al modelo de iglesia que se recoge en Laodicea. Es iglesia *perfecta*, porque estaba constituida por personas salvadas, y Jesús les llama *iglesia*. Es *visible*, porque los miembros tenían una actividad eclesial evidente. Es *histórica*, porque la ubicamos en el tiempo y en el espacio de la Historia. Es *iglesia local*, porque estaban reunidos (creyentes e incrédulos) y organizados en una congregación.

Como ya venimos resaltando, lo más probable es que en la iglesia de Laodicea hubiera personas sin redimir; pero lo curioso de esto es que Jesús les sigue llamando *iglesia*. Esta realidad nos ayuda a considerar, con cierta argumentación, que el mensaje de Jesús –en el pasaje que estamos tratando– tiene aplicación tanto para el cristiano verdadero como para el que no lo es, que también forma parte de la iglesia (congregación) como colectivo organizado.

La conclusión, desde esta perspectiva, es eminentemente bíblica: «**Conoce el Señor a los que son suyos**» (2 Ti. 2:19).

LA RAÍZ DEL PROBLEMA

El conocimiento del Señor

«Yo conozco»

La expresión «**yo conozco**» no podemos pasarla por alto, dado que engañar a los hombres parece fácil, pero en ningún caso al Señor de la Iglesia. Él tiene un conocimiento pleno, tanto de la apariencia *externa* como de la realidad *interna*, y ningún detalle pasa inadvertido ante su presencia.

Comprendamos que el problema de cualquier iglesia se evidencia sólo cuando confrontamos el estado espiritual de la comunidad, a la luz del *conocimiento* de Cristo. De no ser así, el pecado permanecería escondido, y por ende la propia comunidad con el tiempo se vería gravemente afectada.

Sería difícil llegar a imaginar cuánta corrupción encubierta hay dentro de no pocas iglesias. Y si lo que está escondido no sale a luz, es entonces comprensible que, como puedan afirmar algunos, no haya ningún problema... Pero, verdad es, que cuando la luz de Cristo se hace manifiesta, ésta ilumina los rincones más oscuros de imperfección que pueda hallarse en cualquier congregación. Así lo hizo notar el salmista: «**La exposición de tus palabras alumbra**» (Sal. 119:130).

Por esta causa, la primera recomendación práctica que hay que seguir es: *no ignorar el pecado*, ni mucho menos intentar encubrirlo, mirando hacia otro lado como si nada sucediese. Y a continuación se corresponde analizar la situación actual de la congregación, en todas y cada una de sus áreas, enfrentándola a la Revelación de Cristo: la Palabra de Dios. Por ello debemos pensar que si el Señor *conoce*, también nosotros estamos llamados a *conocer*, esto es, a examinar nuestros caminos a la luz del perfecto paisaje bíblico, comprobando si éstos son agradables a los ojos de Dios.

Como creyentes en Cristo advertimos que el Señor Jesús está presente en cada instante de nuestra vida, además de estarlo en nuestra congregación. Y Él conoce perfectamente, no sólo las apariencias, sino también las motivaciones más profundas de nuestro ser. Con esta convicción sobre la presencia de Dios, el salmista pudo expresar: **«Sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres» (Sal. 11:4)**. Adentrémonos, pues, en el mundo interior de nuestro ser, para distinguir nuestras verdaderas intenciones, y sigamos así las recomendaciones del apóstol Pablo: **«Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados» (1 Co. 11:31)**.

Las obras de la iglesia

«Tus obras»

Una mención importante que destacamos de la citada iglesia, es que *realizaba obras*. Ahora bien, ¿qué tipo de obras eran éstas? Pues no lo sabemos a ciencia cierta. Probablemente realizaban cultos dominicales, reuniones de oración, comidas de comunión fraternal... entre otras actividades. No obstante, si prestamos buena atención, observaremos que el pasaje no indica que éstas fueran *buenas* o *malas*: eran simplemente obras. Y la omisión que hace el texto sobre el aspecto externo de las obras, nos ilumina, de forma natural, para comprender que la iglesia puede gozar hoy de muchas y diversas actividades eclesiales, pero seguro estamos de que para el Señor lo que realmente importa es el corazón de quienes las realizan.

En el antiguo Israel, el espectáculo pareció ser similar, hasta el punto que el mismo Señor les tuvo que recriminar: **«Vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecida mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas» (Is. 1:14)**.

Podemos contemplar a lo largo de la Escritura, que el buen funcionamiento en la vida cristiana no reside tanto en la *acción*, sino más bien en la *actitud*; no en la manifestación visible de lo que hacemos, sino en el carácter interno que nos motiva a la acción, y que representa, en sí, la naturaleza misma de nuestro obrar. De igual manera, sucede que muchas congregaciones, guiadas por una errónea concepción religiosa, se centran demasiado en la *actividad*, cuando tenemos por cierto que lo que realmente debe importar son las *personas*. Además, como parece indicar el texto de EL Apocalipsis, existían miembros que estaban muy ocupados en el ministerio, pero que a la vez se habían olvidado del Señor del ministerio. Y podían trabajar para Cristo, sí, pero habían descuidado su Persona. Seguramente querían hacer la obra del Señor, pero ignoraron que el Señor, en definitiva, es el que hace la obra.

La exhortación en palabras de Jesucristo es categórica: **«Separados de mí, nada podéis hacer» (Jn. 15:5)**. Alejados de Cristo... podemos hacer muchas cosas, por supuesto, pero nada que produzca fruto aceptable a sus ojos.

Notemos bien que las muchas actividades que una iglesia pueda desarrollar, no es la señal definitiva de que ésta funcione correctamente. Por ello, las obras siempre habrán de resultar la expresión visible de una realidad interna, que asimismo debe unirse estrechamente a la «acción poderosa» del Espíritu, la cual es determinante para el buen resultado de la labor realizada.

Igualmente como ocurrió en la iglesia de Laodicea, hoy se hallan personas que, desde la extrema visión del «hacer», se encuentran atadas a una esclavitud religiosa que no les permite disfrutar de la verdadera libertad en Cristo; y por si fuera poco, su cándida ingenuidad les conduce a pensar que están haciendo lo correcto delante del Señor (para algunos la vida cristiana se limita solamente a cumplir con las obligaciones eclesiales). Otros, de forma equivalente, están satisfechos en su «ego» personal, y lo único que buscan es alimentar su orgullo religioso, emulando así al convencido fariseo: **«Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (Lc. 18:12).**

Es verdad, la iglesia de Laodicea podría haber sido muy activa, eclesialmente hablando, pero había un distintivo que la caracterizaba, y que no se encontraba necesariamente en las propias obras, sino en todo caso en el corazón mismo de las personas; y principalmente entre los líderes, como ya hemos apuntado anteriormente. Y este distintivo, como bien señala el pasaje bíblico, era la *tibieza espiritual*, la cual consideraremos más adelante.

Encontramos, pues, que la iglesia de Laodicea era muy dinámica; y tal vez pudiera haber incurrido en el denominado *activismo*, olvidando así lo más importante: la relación personal con Dios. Y así es como la situación que se daba en esta iglesia, encamina nuestro sentido común, para enseñarnos que el «activismo religioso» sólo consigue inutilizar –espiritualmente– al individuo; y éste, a la vez, se ve arrastrado por una idea equivocada del verdadero Cristianismo. La enseñanza se hace mucho más notoria en palabras del mismo Señor: **«Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada» (Lc.10:41).**

Tal vez no somos realmente conscientes de la presencia de Cristo, pues de lo contrario muchas de las actividades que se realizan en la iglesia no mostrarían la insipidez que se percibe; se observaría el fondo de la vida espiritual, y no tan sólo la forma litúrgica; se experimentaría la vida de Cristo, y no un acto meramente ritual (por mucho que se revista de emoción, o aparente espiritualidad). Caminando en esta dirección, debemos tener presente que las obras no son el *fin*, sino el *efecto*; no el *propósito*, sino la *evidencia*; no el *motivo*, sino el *resultado*. Cristo debe ser el propósito, el medio y la finalidad, no las obras.

Reflexionemos detenidamente acerca de esta enseñanza. Porque si Dios no interviene en la iglesia, si Cristo no preside y dirige los cultos, si el Espíritu Santo no ejerce su acción poderosa, todo «lo eclesial» pierde su verdadero significado.

Sería necesario tomar cada vez más conciencia de que la verdadera *prioridad* consiste en conservar la relación con Dios (individual y colectiva); y lo demás es, a todos los efectos, la consecuencia natural que se deriva de esta unión espiritual. El escritor Francis Schaeffer, refuerza esta idea haciendo una sencilla pero práctica sugerencia: *«Eso es algo que debe buscarse consciente y constantemente. El individuo, y luego el grupo, tienen que pedirle a Cristo, conscientemente, su ayuda; buscar conscientemente la guía del Espíritu Santo, no ya de forma teórica, sino en la realidad práctica, y entender conscientemente que toda relación ha de ser primero hacia Dios, antes que tenga sentido como relación entre los hombres»* (Francis A. Schaeffer. *La Iglesia al final del siglo XX*. EEE, 1973, 76). Así es, por más que se intente demostrar lo contrario, la vida cristiana carece de sentido si no existe una verdadera relación entre Dios y el creyente, y entre Dios y la iglesia local.

No nos queda más remedio que revisar nuestro recorrido cristiano, sometiendo todas las actividades que realicemos bajo el escrutinio de la Revelación divina; y tal vez no para cambiar las formas externas, sino más bien para disponer nuestro corazón de forma correcta, en relación con todas las obras que podamos realizar.

Énfasis en la persona

«Que ni eres frío o caliente»

«Que ni eres», es una expresión que indica «persona», no *acción*, ni mucho menos *cosa*. Efectivamente, el fruto lo determina la raíz del árbol, y no al revés. Resultaría paradójico encontrar higos en un peral, escuchar a un gato ladrar, o ver a un pez andando por la montaña. De esta manera la naturaleza nos proporciona la enseñanza: lo que *hacemos* tiene que ser determinado por lo que *somos*.

Con demasiada frecuencia el cristiano se inclina a cambiar aquello que ve, a modificar las estructuras, y a arreglar tan sólo la fachada; cuando en realidad ignora que el pecado reside en el corazón, y no tanto en las circunstancias. Cambiar el corazón de las personas es lo más importante, y eso sólo lo puede hacer Cristo, a través de su Santo Espíritu.

Siendo incuestionable el valor de las obras, seamos prudentes, porque con mucha facilidad podemos invertir las prioridades. Y si bien estas obras pueden ser expuestas de forma muy ordenada y correcta, observamos que la reprensión de Cristo se centra más bien en las motivaciones esenciales de las propias personas. La reconvención es siempre para la iglesia: el grupo organizado de cristianos. Aunque, por supuesto, el mensaje es para cada miembro en particular, como se aprecia en el versículo 20: «*si alguno*».

Razonando sobre dicha cuestión, nos apercebimos de que algunas personas poseen una capacidad de actuación visible, que muchas veces no se corresponde con la realidad. Y esto nos lleva a pensar que, como dice el refrán, «no es oro todo lo que reluce». En esta misma línea, también discurre muy acertadamente el autor mencionado anteriormente: «*Solemos ser muy malos conocedores de las personas porque no vamos más allá de captar la personalidad superficial del otro, esto es, lo que dice, cómo se comporta, qué posición tiene, cómo va vestido: en resumen, observamos al personaje, la máscara que nos muestra; no la penetramos ni se la quitamos para ver qué persona hay detrás*» (Francis A. Schaeffer. *O. P. citada*. p. 66). Bien podemos deducir que la vida cristiana es genuina desde nuestro *mundo interno*, y no tanto desde el *ceremonial externo*. Así lo hace notar, en su razonable lógica, el príncipe italiano Nicolás Maquiavelo: «*Todos ven lo que tú aparentas, pocos advierten lo que tú eres*».

Como ya hemos mencionado, «que ni eres» alude siempre a la condición interna de la persona, no a su actuación religiosa, ni mucho menos a su posición eclesial. Recordemos, por tanto, que Dios valora sobre todo la «persona», y no tan solamente lo que «hace».

Traemos a nuestra mente el mandamiento bíblico por excelencia: «***Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento***» (Mt. 22:37,38). Si leemos entre líneas, notaremos que este versículo no prescribe las «obras» como mandato. Y el motivo parece concordar con el espíritu bíblico, aceptando así que todas las actividades deben ser condicionadas por nuestro amor a Dios. De otra forma no serían válidas.

Por cuestión de orden en la redacción, los términos «frío» y «caliente» los examinaremos posteriormente.

El deseo del Señor

«Ojalá fueses frío o caliente»

El término «**ojalá**» recoge de forma breve, y a modo de exclamación, el profundo sentir del Señor, así como el expreso deseo de bendición y bienestar espiritual para con su pueblo.

Siguen resonando las palabras de Jesús en nuestra mente: **«¡Cuántas veces (no pocas) quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste (rechazo voluntario)!» (Mt. 23:37).**

Debemos admitir que si la voluntad de Dios es nuestra salud espiritual, estamos seguros también de que Él hace todo lo posible para que su Iglesia viva en verdadera plenitud. Pero, al mismo tiempo, observamos el maravilloso y no menos sorprendente detalle: Jesucristo no obliga, sino que expresa su deseo, su voluntad; y con este anhelo pone en manos del hombre la respuesta. Y en esta libertad ofrecida por Jesús, cada cristiano en particular decide su propio destino: frío, caliente... o ser vomitado.

«Ojalá», es el suspiro que se desprende del corazón paternal de Dios, al ver a su iglesia sumergida en el *agua tibia*. Sin duda Jesucristo se preocupa por su pueblo, y le ofrece constantemente su ayuda y amparo. Por lo demás, si el Señor no interviene hoy en su Iglesia, es porque con nuestra tibieza nos alejamos de su presencia, y por consiguiente le cerramos la puerta; y Él, debido a su benevolencia, nos respeta (y no quisiste).

En este mismo pensamiento, el deseo de Jesús se manifiesta a través de la declaración bíblica: **«El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente» (Stg. 4:5).**

LA TIBIEZA ESPIRITUAL

Si tuviéramos que hacer un diagnóstico médico que determinara el estado de salud actual de nuestra congregación, ¿cuál sería éste?: 1º goza de salud impecable, 2º tiene frecuentes dolencias, 3º está gravemente enferma, 4º parece estar muerta.

Reflexionando sobre el concepto de «tibieza», podemos advertir que la iglesia de Laodicea no tenía vida, pero tampoco estaba muerta. El ejemplo se asemeja a los animales sumidos en un gran letargo, que aunque aparentemente están muertos, sabemos que por su condición física de hibernación, todavía siguen vivos. De igual forma podemos observar que la tibieza de Laodicea residía en su interior, en el corazón de sus miembros. Y si bien era una iglesia viva, porque albergaba creyentes nacidos de nuevo, el relato de El Apocalipsis nos muestra que al igual que algunos animales, se encontraban inmersos en un prolongado estado de letargo espiritual.

«Pero por cuanto eres tibio»

Hemos destacado que Jesucristo habla al corazón de las personas, y no cuestiona la manera de realizar el culto en la iglesia. Por ello, notamos que a través de la Historia, cada comunidad local ha tenido y tiene su forma particular de realizar los cultos y demás actividades. Y todo es conveniente, en tanto el espíritu y las motivaciones se ajusten a los seguros principios bíblicos, que a fin de cuentas son los que determinarán la efectividad de las obras, y la buena marcha de la comunidad.

Por desgracia seguimos sin aprender la lección, y somos nosotros los que acentuamos demasiado las «formas» externas de los actos cúltricos. Y por si esto fuera poco, criticamos a aquellos que no lo hacen como nosotros. Sin embargo, si nos fijamos bien en las palabras de Jesús, notaremos que frecuentemente apela a la conciencia misma, no tanto a los procedimientos eclesiales, que aunque no dejan de ser importantes, adquieren un marcado carácter secundario.

Dicho esto, nos preguntamos, ¿por qué una tradición del pasado debe seguir conservándose de generación en generación, cuando la Biblia no contempla radicalmente las formas de realizar el culto? ¿Qué sentido tienen, pues, y qué aportan para la renovación y edificación de la iglesia? Pensemos que las formas varían con el tiempo, y éstas se adecuan a las circunstancias del momento histórico y cultural en el que se vive. En cambio, la raíz, el fondo, la condición interna y el fundamento que rige el espíritu bíblico, son invariables, y como tales deben permanecer siendo pilares de cada iglesia.

Con esta forma de proceder, se incurre fácilmente en la postura de los escribas y fariseos de la época de Jesús, que centraban su atención en los minuciosos aspectos externos de la Ley, pero olvidaban lo fundamental: el amor, la misericordia, la generosidad, la bondad... La hiperbólica ilustración de Jesús es más que aleccionadora: **«¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!» (Mt. 23:24).**

No hay lugar para las dudas, la *tibieza espiritual* es la mayor lacra desarrollada en nuestros círculos llamados evangélicos. Es una de las formas de *apostasía* más sutiles que acompaña a nuestro tan extendido cristianismo. Como tal, va realizando lentamente su labor corrupta, destruyendo las comunidades locales, sin que apenas podamos apercibirnos de ello. Jesús ya advirtió del peligro a su iglesia: **«Te vomitaré».**

IDENTIFICANDO LA TIBIEZA

Comprendamos bien el proceso. La iglesia de Laodicea había avanzado en el tiempo (final del siglo I), hasta que las nuevas generaciones de creyentes pasaron a formar parte de la vida eclesial, influenciadas éstas por el contexto que examinamos en un principio: de prosperidad económica, autonomía política y bienestar social.

A saber, este *condicionamiento materialista* del que hablamos, ha tenido siempre su efecto negativo, y sirve para muy poco, en todo caso para *aturdir* nuestra alma y *embotar* nuestros cinco sentidos. Desde esta oscuridad espiritual, algunos podrían declarar, tal vez de forma inconsciente: – *Si lo tenemos todo, ¿qué necesidad tenemos de Dios? Conformémonos, entonces, con el hecho de asistir a los cultos dominicales, y a lo sumo involucrarnos en las actividades eclesiales cual mero acto socio-religioso.* Desde luego que si incluimos esta dinámica en nuestra vida eclesial, tengamos por seguro que lo único que lograremos será fomentar a lo sumo un cristianismo de tipo socio-cultural, que por sí solo en realidad se distancia de la Persona de Cristo y de la acción de su Espíritu.

La iglesia, fundamentalmente, es una entidad espiritual (un organismo viviente), y debe funcionar como tal. Sin embargo, con la tibieza se puede llegar a convertir en una entidad de carácter social y religioso, llena de actividades eclesiales, pero a la vez privada del poder de Dios.

Es importante destacar que la congregación, sin la presencia vital de Dios, se va rindiendo a una rutina vacía, llena de sin-sentido; adopta las costumbres propias de su ambiente, y de este modo se sume en un estado de permanente somnolencia. En consecuencia, la iglesia va perdiendo la visión espiritual, incluso acerca de las cuestiones más básicas: la adoración verdadera, la evangelización eficaz, la predicación con poder, la comunión fraternal motivada por el amor de Dios, el estudio serio de las doctrinas bíblicas, o la meditación devocional de la Palabra Sagrada. Y lo más grave o derivado de todo ello, es que Jesús ha quedado fuera de la vida congregacional, como también ocurrió en Laodicea.

No nos llamemos a engaño, porque se puede conseguir una iglesia activa y de apariencia saludable, que goce de altos recursos económicos y de las tecnologías más avanzadas, pero que a la verdad sufra de una *grave e invisible* enfermedad: *la tibieza.*

El mismo Señor recriminó a su pueblo con firmeza: **«Misericordia quiero, y no sacrificios, y conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os. 6:6).** La conclusión cae por su propio peso: las actividades eclesiales, por muy correctas que se muestren, no son demostración suficiente de que una iglesia esté cumpliendo con la voluntad divina; puesto que, si todas estas acciones son motivadas por un «espíritu tibio», lo único que provocará será un deterioro en la vida espiritual de sus miembros.

«Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado» (Is. 29:13).

¿En qué consiste la tibieza?

Podríamos señalar que la *tibieza espiritual* se corresponde con una actitud egocéntrica; una cristianizada forma de ser que no concuerda con el espíritu bíblico; o una disposición del corazón que corrompe la genuina espiritualidad del creyente. Y ésta parece manifestarse de diversas maneras, como por ejemplo: decimos que amamos a nuestro prójimo... pero nuestro corazón apenas se conmueve ante su desgracia. Elevamos nuestras oraciones a Dios... sin embargo éstas parecen carecer de sincera motivación. Cantamos incansablemente alabanzas al Señor... aunque tenemos escasa conciencia de lo que decimos. Formamos parte de un cuerpo... pero vivimos indiferentes los unos de los otros. Somos la iglesia: la comunidad de Cristo... pero al tiempo descuidamos la comunión fraternal. Podemos incluso escuchar la Palabra de Dios... pero no estar dispuestos a obedecerla. Andamos cerca de las normas eclesiales... cuando en realidad nos mantenemos lejos de Dios.

Reflexionemos sobre dicha enfermedad. El cristiano *espiritualmente tibio* es nacido de nuevo, sin embargo no experimenta crecimiento interior; es regenerado por el Espíritu Santo, pero no da evidencias de ello; y puede tener ministerio eclesial, pero no vivir como ministro de Jesucristo. Nos preguntamos, naturalmente: ¿es cristiano quien de tal forma vive, o realmente nunca lo fue? Podemos llegar a pensar, y con bastante razón, que la comunidad de Laodicea estaba formada por una mayoría de «cristianos» que no habían recibido todavía la Salvación. No resulta sorprendente, ya que el mismo Señor así lo expresó con anterioridad: **«Porque muchos son llamados, más pocos escogidos» (Mt. 20:16).**

Por otra parte, la tibieza también suele manifestarse cuando la comunidad se aleja de las enseñanzas más básicas de la Escritura. Se puede observar que en algunas congregaciones o círculos cristianos, ya no se habla apenas de la muerte de Jesús, de sus padecimientos, de su resurrección, del retorno de nuestro Señor en gloria; y si se hace, es a modo de credo, esto es, como una fórmula aprendida que resuena en la mente de muchos, a manera de canción repetitiva.

Si reconocemos que la *frialidad espiritual* se ha apoderado del corazón de muchas iglesias, no nos extraña entonces que ya no se hable del pecado, o del Juicio final; y es que la *hiper-tolerancia* ha desembocado en la permisividad más extrema y pecaminosa, consiguiendo alejar al cristiano del auténtico mensaje de Cristo.

Si nos preguntáramos, por qué la tibieza espiritual reina en el ambiente, seguramente nuestra respuesta sería proporcional a la valoración que hagamos de la vida cristiana. Y para conocer la respuesta, sería aconsejable revisar nuestra escala de valores, e identificar si nuestro grado de entrega a Cristo es del todo completo. De no ser así, estaremos atentando contra la exigencia de Jesús: **«Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:33).** Observemos que la entrega y disposición que Dios pide de nosotros, ha de ser completa, sin reserva alguna. La entrega no ha de ser sólo de una buena parte, sino de todo lo que soy y lo que tengo, que debe ser puesto a disposición del Señor para llevar a cabo sus planes en este mundo.

Reconociendo humildemente este importante asunto, podemos afirmar que a veces son nuestras decisiones egoístas las que van desplazando a Jesús poco a poco de la congregación, hasta el punto de encontrarnos en la triste situación de Laodicea.

Comprobemos si la actividad poderosa de Jesús reside en el seno cualquier iglesia local, pues su manifestación debe hacerse claramente notoria, dado que el fruto del Espíritu es el efecto de la presencia de Dios en nosotros, transformada en amor, gozo, paz... como hace constar Gálatas 5:22.

No obstante, aunque podamos percibir expresiones de aparente espiritualidad en el *cristiano tibio*, éstas bien pueden ser revestidas de hipocresía. De la misma forma una marcada línea de hipocresía era trazada por aquellos personajes tan característicos de la época de Jesús: los escribas y fariseos. Ellos habían sido por largo tiempo los intérpretes de la Ley; aunque, lamentablemente, habían hecho una separación entre lo externo (la letra), de lo interno (el espíritu, lo que subyace a la letra). Recordemos lo estrictos que eran a la hora de cumplir las normas legales; pero a pesar de ese desmesurado énfasis legal, se habían olvidado de lo más esencial, de lo que no se ve pero se *nota*, que es: el amor, la justicia, la misericordia... En este caso, su *tibieza*, convertida en ceguera espiritual, no les permitía ver los asuntos internos: los del corazón.

Las palabras de Jesús hacia los religiosos de su época fueron más que rotundas: **«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera quede limpio!» (Mt. 23:25,26).** ¡Qué imagen más gráfica!: un vaso, un plato, y un fariseo lavando sólo la parte de fuera. Y continúa Jesús en su ilustrativa comparación, diciéndoles: **«Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mt. 23:27).** Es verdad, la contundente frase del Señor puede ser ciertamente lapidaria, pero la enseñanza que surge de este cuadro farisaico, es claramente aplicable a no pocas iglesias llamadas cristianas de nuestro panorama evangélico mundial.

Llegados a este punto, es necesario adquirir una adecuada comprensión de todo lo mencionado, para llegar a entender que: asistir a las reuniones eclesiales, cantar alabanzas, leer la Biblia, orar, ofrendar, cumplir con el ministerio... realizado como un acto meramente externo, como una función mecánica carente de toda motivación sincera, generosa y llena de amor, es sucumbir en cualquier caso a la *tibieza* espiritual.

Las señales de un cristiano tibio

Tendríamos que esforzarnos por explicar lo que denominamos *tibieza espiritual*, y posiblemente ésta no tenga una clara definición. A pesar de ello, seguramente podremos formarnos una imagen bastante acertada, si analizamos detalladamente los síntomas de la iglesia en Laodicea.

En las reflexiones siguientes lograremos apreciar que los síntomas que identifican a un cristiano tibio, pueden contener diversas expresiones. Por ejemplo, afirmamos que el Señor nos provee para nuestras necesidades, en cambio vivimos siempre quejándonos por lo que nos falta. Decimos que somos peregrinos en este mundo, camino a la ciudad eterna, cuando en realidad nuestros valores están aferrados a esta vida pasajera, y nuestros bienes materiales son demasiado apreciados como para despojarnos de ellos; atesoramos para este mundo, y entre tanto, nuestra cuenta bancaria en el Cielo sigue vacía. Además, creemos firmemente en la Segunda Venida, pero actuamos como si Cristo no fuera a regresar nunca. Asimismo, estamos convencidos de que el Evangelio es para la salvación del mundo, pero no nos molestamos en comunicarlo a nadie. En esto, podemos incluso predicar muy bien acerca de la paz, y a la vez tener nuestra alma llena de turbación. Tal vez disertamos con verdadera destreza sobre la misericordia y el amor, pero al mismo tiempo nuestro corazón permanece insensible ante las necesidades ajenas.

Y así podríamos seguir incluyendo innumerables contradicciones que no se hallan muy lejos de cada uno de nosotros, porque la tibieza, por desgracia, se transmite de corazón a corazón, cual mortífero «virus».

Si evaluamos las diferencias esenciales entre el cristiano tibio y el cristiano fiel –en tanto que **«siervo inútil» (Lc. 17:10)**–, podremos distinguir que:

- El 1º conoce la Escritura. El 2º conoce al Dios de la Escritura.
- El 1º adora el estudio bíblico. El 2º adora a Dios en espíritu y en verdad.
- El 1º cuestiona la Escritura. El 2º confía en ella.

- El 1º intenta definir a Dios. El 2º intenta comprenderlo.
- El 1º tiene muchos argumentos para demostrar la fe. El 2º tiene fe.
- El 1º memoriza la Biblia. El 2º intenta cumplirla.
- El 1º está satisfecho con la erudición bíblica. El 2º se regocija en las pruebas.
- El 1º busca la vocación. El 2º busca la santidad.
- El 1º tiene vida religiosa. El 2º posee vida espiritual.
- El 1º anhela el poder eclesial. El 2º busca la verdad bíblica.
- El 1º recibe el reconocimiento. El 2º practica el servicio.

Como podemos contemplar, la diferencia se hace notar. Y si bien el primer apartado no deja de ser correcto, siempre resulta susceptible de *tibieza*. En cambio, el segundo apartado mantiene, en la orientación adecuada, el equilibrio del espíritu bíblico.

Saquemos conclusiones, porque el cristiano se puede hallar definido espiritualmente en uno de estos dos bandos. Aunque, por supuesto, siempre existirá esa lucha de *titanes*, entre el *nuevo* y el *viejo* hombre, que intentarán dominar las motivaciones más profundas de nuestro corazón. A pesar de todo, nuestra decisión habrá de ser clara y determinante: frío o caliente, pero nunca tibio.

No deberíamos de eludir nuestra responsabilidad ante la difícil situación eclesial en la que tal vez nos encontremos, puesto que la *tibieza espiritual* es la enfermedad más extendida en nuestro siglo, y haríamos bien en prevenirnos de ella, ya que es de fácil contagio. Pensemos que tanto lo bueno como lo malo se transmite: **«Un poco de levadura leuda toda la masa» (Gá. 5:9)**. Y así, el conjunto de cristianos infectados por la *tibieza*, llegan a formar una congregación tibia, semejante a Laodicea.

En el momento antes de su arresto, Jesús aconsejó a sus discípulos algo que deberíamos de tener siempre en mente: **«Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mt. 26:41)**. La declaración del Maestro es más que certera. Hemos de reconocer que a causa de nuestra *debilidad*, somos claramente vulnerables a padecer la *tibieza*; por ello debemos estar siempre alertas y guardarnos de tal amenaza.

No descuidemos tampoco la realidad de que el gran promotor de la *tibieza* espiritual es Satanás, el cual no se manifiesta de una forma evidente, sino que busca camuflarse en la *tibieza* como método más efectivo para derribar nuestra fe. Él mismo se pasea por la congregación, tomando en sus brazos a los «bebés espirituales», de modo que los acaricia suavemente, los mece y les canta dulces canciones de cuna, para que poco a poco y sin que apenas se den cuenta, vayan experimentando la somnolencia, hasta que al final caen en un profundo sueño, del cual es difícil despertar.

Sucede que la *tibieza espiritual* está invadiendo nuestras personas, nuestras iglesias, y también nuestros hogares. Hoy es el programa favorito de la televisión el que suplanta a la oración y meditación de la Palabra; la comida tiene prioridad sobre el alimento espiritual; nuestra indumentaria es más importante que la comunión fraternal; y la amistad del mundo precede a nuestra relación con Dios... Así vamos cambiando las preferencias, y adaptando nuestra vida cristiana a los esquemas de esta sociedad.

Resulta curioso observar de qué manera muchos cristianos admiran a esos mártires de los primeros siglos que dieron su vida por Cristo, pero en cambio, hoy día no movemos ni un dedo para que la gente se salve: la comodidad, la vergüenza y el orgullo propio, logran paralizar nuestro ánimo, provocando la desidia espiritual, hasta lograr endurecer por completo nuestro corazón.

Hoy existe un grave problema, y no son las religiones paganas, sino el paganismo cristiano; no las sectas destructivas, sino el cristianismo tibio; no el ateísmo práctico, sino la religión teórica.

Lo que hoy necesitamos, con máxima urgencia, son esforzados guerreros de la fe; cristianos valientes que se despidan de la inercia religiosa más absurda, y emerjan de la *tibieza* en la que muchos puedan estar inmersos.

En definitiva, la tibieza es vivir un cristianismo sin Cristo, y por desgracia ésta arrastra a no pocos cristianos hacia la *sinrazón* de una vida ciertamente vacía e intrascendente.

Que nuestra oración sea: *¡Señor, líbranos de la tibieza!*

Mejor el cristiano frío

«Y no frío»

La recriminación hecha por Jesús, *«por cuanto no eres frío»*, lleva el sentido de congelado, es decir, que se enfríe completamente (en cuanto a sus funciones cristianas se refiere). Es cierto, mejor le sería al creyente tibio irse al mundo, y no que el mundo entrara dentro de la iglesia por medio de él; porque, naturalmente, sería más difícil detectar el pecado; y lo más peligroso de todo es que lograría infectar a los demás miembros. Hacemos bien en no descuidar la enseñanza, puesto que la tibieza también se viste de ropaje religioso, y poco a poco, y de manera sutil, va contaminando toda la congregación.

Antes que tibio, mejor ser frío. Y esto se explicaría de la siguiente forma:

1º Mejor que el cristiano tibio no diga ni siquiera que es cristiano, para no manchar así el Evangelio de Cristo, ni ofrecer una imagen nefasta de la comunidad adonde asiste. El testimonio de un cristiano tibio crea confusión, deja en mal lugar a la Iglesia, y también al Señor; afrenta contra el *«santificado sea tu nombre»* expresado en el Padrenuestro, puesto que con su tibieza ensucia la buena reputación de Dios.

2º Porque siempre hay esperanza para un cristiano que se ha ido al mundo y que ha conectado con las miserias de Satanás de una forma directa. Pues de esta manera, existe la posibilidad de que vuelva al Señor sinceramente arrepentido. Por el contrario, el tibio cree que todo va bien, que no hay ningún problema, y por lo tanto en su inconsciencia se hace más difícil convencerle de la verdad.

La conclusión se hace patente: Los cristianos *calientes* (consagrados) son útiles para el Señor. Los *fríos* aún tienen esperanza de serlo. Pero los *tibios* son inservibles para cualquier cosa, y en apariencia no necesitan nada, porque creen tenerlo todo. Por ello su *autosuficiencia religiosa* les lleva a vivir independientes de Dios. Y esta soberbia manifiesta, casi siempre va unida a una autojustificación de carácter meritoria, que al tiempo les llena de presunción y les separa irremediabilmente de la gracia divina.

Mejor el cristiano caliente

«Ni caliente»

El término **«caliente»** lleva el sentido de vida interior. Valga el siguiente ejemplo a modo de enseñanza: Nuestra vida biológica se puede demostrar a través de la temperatura corporal (37°C), siendo señal de que mantenemos nuestra salud en perfecto equilibrio. Resultaría extraño tomar la temperatura corporal a una persona extremadamente activa, y que el termómetro señalara 10 grados (la muerte es segura). Evidentemente esto resulta chocante e incomprensible. Pues bien, es lo que al parecer está ocurriendo hoy. Por eso buena parte de nuestra iglesia contemporánea ofrece un mensaje contradictorio: aparentemente tiene vida, pero su temperatura interna indica un estado de muerte. La ilustración siempre es didáctica: los grados centígrados de espiritualidad no dependen de las buenas obras externas, sino del mecanismo interno que regula la temperatura de esas obras; y éste, por supuesto, no es otro que el *poder* de Dios.

«Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Co. 4:7). Para que cualquier actividad eclesial obtenga un efecto positivo, y se halle impregnada de calor espiritual, es imprescindible que el Espíritu Santo transfiera continuamente su fuego espiritual, manteniendo de tal manera encendida la «hoguera» interior en el corazón del cristiano.

No debemos concebir una idea equivocada del *fervor cristiano*, pues éste no se traduce en un entusiasmo prefabricado, manipulado o artificial. Ni tampoco en la expresión de una emoción exaltada o de sentimientos desmesurados. Más bien constituye una *suave brisa* natural que promueve el clima de bienestar espiritual en nuestro entorno. Y solamente Cristo, por su infinito poder, puede ofrecer la *energía* suficiente como para activar nuestra temperatura espiritual. Así, cuando nos convertimos en receptores de su gracia, logramos transmitir adecuadamente ese calor espiritual a los que nos rodean.

En esto, debemos preguntarnos, ¿cuáles son nuestros grados centígrados de espiritualidad? ¿Qué nivel de fervor habita en nuestro corazón? No es un secreto oculto afirmar, por los tiempos que corren, que la mayoría de nuestras iglesias carecen de fervor espiritual. Ahora, cuando observamos el tema en el sentido opuesto, recordamos que muchos cristianos murieron torturados en las persecuciones de los primeros siglos; martirizados de forma cruel por la Inquisición en los siglos posteriores; y todavía hoy es noticia en países donde hay persecución religiosa...

Discurriendo seriamente sobre el tema que estamos tratando, recogemos aquí las palabras literales del famoso predicador Spurgeon, presentando la siguiente reflexión sobre lo mencionado: *«¿Qué hay de ti, querido hermano? ¿Dices tú: "Bien, no soy el más caliente de todos", pero tampoco soy el más frío de todos» Entonces tengo sospechas en cuanto a tu temperatura; pero dejo el asunto a tu propio discernimiento, haciéndote observar solamente que nunca he visto un fuego que sea moderadamente caliente»* (C.H. Spurgeon. *Un Ministerio Ideal*. Vol. 1. El estandarte de la verdad, 1993, 114).

La tibieza produce náuseas

«Te vomitaré de mi boca»

Parafraseando la expresión de nuestro Señor, se podría aceptar la presente declaración: *«Estoy para vomitarte, pero te doy la última oportunidad».*

Comentando este pasaje, el conocido escritor Leon Morris, concluye de la siguiente forma: *«El agua caliente sana, el agua fría refresca, pero el agua tibia es inútil para cualquier propósito, y sólo puede servir como un vomitivo»* (Leon Morris, *Revelation*. Gran Rapids, Eerdmans, 1987, 82). Como bien sostiene el autor, la tibieza espiritual se convierte en un «vomitivo», que si de algo puede servir, es solamente para provocar náuseas; y no sólo a nuestro Señor, sino también a cualquiera que esté conectado con la mente de Cristo.

En cierto modo el proceso decadente va transcurriendo de forma natural, y así el cristiano tibio se va alejando paulatinamente de Dios, hasta que pierde el contacto con la realidad espiritual. La *infección* ya se ha desarrollado lo suficiente, y el pronóstico de dicha enfermedad es mortal: *«Te vomitaré».* Por muy dura que pueda parecer esta declaración, la amonestación de nuestro Señor no es un juicio condenatorio, sino más bien el resultado natural de haber excluido a Jesús de nuestra vida cristiana. Esta lastimosa situación en la que algunas iglesias pueden hallarse, es la consecuencia directa de molestar al Cuerpo. Bien sabido es que cuando comemos alimentos que se encuentran en mal estado, nuestro organismo siente náuseas y los vomita. Esta devolución, en cualquier caso, es una medida útil y beneficiosa para proteger al propio cuerpo.

«Te vomitaré», supone una advertencia demasiado seria como para evadirla, pues su implicación final es la esterilidad de la vida cristiana y, en consecuencia, el último ciclo del desastre espiritual.

En cuanto al trato que Dios mantiene con su iglesia, sabemos que Cristo ya fue juzgado por nosotros, pagando la culpa de nuestro pecado. Pero, aun siendo esto cierto, todavía el pueblo de Dios debe ser juzgado (en el sentido de disciplina) por las consecuencias de su propio pecado. Así parece confirmarlo el autor a los Hebreos: **«El Señor juzgará a su pueblo» (He. 10:30)**. Es verdad que Dios es misericordioso y paciente para con todos, pero a veces nos olvidamos de que también es justo.

Visto el tema en líneas paralelas, existen comunidades que, con sus tradiciones mal aplicadas, han creado un gran muro que lamentablemente les distancia de la Verdad. Y el grave desenlace, en última instancia, es que el Espíritu de Dios se retira de la iglesia; y como resultado, ya no se percibe su acción real: la presencia de Jesús y su poder ya no prevalece en el seno de la misma iglesia.

Es importante admitir que las tradiciones o costumbres cristianas y eclesiales son necesarias, y válidas en el devenir histórico de la iglesia; pero, entendiendo siempre que éstas no suplanten a la Palabra de Dios, o se conviertan en *dogma*. Se tiene la ingrata impresión de que existen demasiadas congregaciones donde lo que se quiere conservar, ante todo, son las *tradiciones* del pasado; y la actitud frente a la renovación espiritual es de escepticismo, o en los casos más insensatos es de rechazo absoluto, resistiendo de esta forma al mensaje renovador de la Palabra de Dios, y por ende al mismo Espíritu. Otra vez nuestro Señor apunta directamente hacia el problema: **«Por vuestras tradiciones invalidáis la palabra de Dios» (Mt. 7:3)**. De ahí que, como se suele decir: la *norma* nunca habrá de estar por encima de la *vida*.

Debemos advertir del peligro mencionado, puesto que en la medida que la iglesia, como colectivo, se aleje de los principios bíblicos bien entendidos, mayor será su debilidad espiritual, hasta poder quedar completamente paralizada: **«te vomitaré de mi boca»**. Y aunque socialmente pueda mantenerse activa, y dar la impresión de que vive, en realidad se habrá hecho *ineficaz* para la obra de Dios... De igual forma debemos considerar la admonición que el Señor hizo al rey Salomón, y extraer su enseñanza principal: **«Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre» (1 Cr. 28:9)**.

Reparemos en el ejemplo: la iglesia, como congregación, acarrea el grave riesgo de ser desechada por el Señor. Y, análogamente, la expresión **«te vomitaré»**, puede compararse con otras cartas a las iglesias del Asia menor. Por ejemplo, el aviso para la iglesia de Éfeso fue el de **«quitar el candelero» (Ap. 2:5)**. Igualmente encontramos otras frases en el Nuevo Testamento, tales como: **«apagar el Espíritu» (1 Ts. 5:17)**, **«morir» (Ro. 8:13)**, **«ser destruido por Dios» (1 Co. 3:17)**, **«contristar al Espíritu» (Ef. 4:30)**. Todas éstas son expresiones sinónimas que se recogen a modo de «analogía de la fe», y conllevan el sentido de «inutilizar», de «hacer inservible». Dichas afirmaciones no comprenden en ningún modo la pérdida de la salvación (al que ya es poseedor de ella), pues ésta pertenece sólo al Señor, y no a nuestras buenas o malas obras. Pero seguramente significa perder la comunión y el contacto espiritual con el Padre celestial, y por ende también el poder y la acción del Espíritu en la vida del creyente.

No es nada agradable tener que anunciarlo, pero al parecer son innumerables los cristianos que, apartados del verdadero camino, se han vuelto ineficaces para la obra del Señor. Al igual que una vela, con su pequeña llama, los cristianos tibios se van apagando hasta quedar en completa oscuridad. Y evidentemente pueden seguir manteniendo el protocolo ministerial, pero se han convertido en creyentes *reprobados* por Jesús.

Visto el panorama, no resulta nada extraño pensar que la *tibieza* se haya instalado en el corazón de muchos cristianos, por lo que ya no viven el Evangelio, no experimentan gozo, su vida está vacía, y así su experiencia cristiana ha degenerado en un sinsabor.

Es lamentable hallar congregaciones que se reúnen en el nombre de Jesús, pero Jesús no parece estar en medio de ellas. Y muchos de sus miembros tratan de suavizar el urgente mensaje profético, para contentar su equivocado sentido del deber religioso.

La pregunta que con mucha prudencia debemos contestar, es: ¿Existen hoy en día iglesias locales que han sido vomitadas de la boca de Jesús? ¿y tal vez sigan funcionando como instituciones religiosas, pero que no experimentan el poder y la comunión con Dios? Por simple deducción lógica y bíblica, debemos pensar que si ya ocurrió en el primer y segundo siglo de nuestro Cristianismo, cuánto más en éste, el cual camina ansioso y sin retorno hacia la «apostasía».

Por todo lo mencionado hasta ahora, podemos deducir sin temor a equivocarnos, que actualmente también se hallan cristianos inhabilitados espiritualmente, y asimismo congregaciones que han quedado descalificadas de la carrera, puesto que, como venimos enfatizando, la *tibieza espiritual* se ha extendido sobremanera. La advertencia bíblica de entonces, es válida para nosotros hoy: **«Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Fil. 2:12).**

Si nuestro orgullo, si nuestra incredulidad, si nuestra ceguera, si nuestra pobreza espiritual, está entorpeciendo la obra de Dios... no perdamos más tiempo, y vayamos al Médico amado a tomar urgentemente la medicina, o por el contrario nuestra degenerativa enfermedad acabará convirtiéndose en una irreversible parálisis espiritual.

Cristiano: vive o muere, pero no seas tibio por más tiempo; es una ofensa al Dios de los cielos, a la Iglesia de Cristo, y al testimonio evangélico.

El origen de la tibieza espiritual

«Porque tú dices»

Probablemente el Espíritu Santo ha dejado de hablar porque la congregación ha cerrado sus oídos para no oír su voz. **«Pero no quisieron escuchar, antes volvieron las espaldas, y taparon sus oídos para no oír» (Zac. 7:11).**

Tú *dices* equivale a tú *decides*. Así, muchas son las congregaciones que no desean escuchar el mensaje de Dios; sencillamente porque su opinión prevalece sobre la Verdad bíblica.

«Tú dices» da a entender que si bien ellos decían, lo cierto es que no escuchaban. Nos preguntamos, con sentido de la lógica, ¿qué tiene que decir Dios, si yo poseo la libertad para *decir* y *decidir*? Igualmente, ¿para qué necesito su providencia, su dirección, su intervención en mi vida, si ya lo tengo todo?

Recordemos que la iglesia en Laodicea disfrutaba de una buena condición económica, tenía todas las necesidades cubiertas, y reposaba en su holgura y bienestar. Por lo tanto, parece razonable que no quisieran escuchar la voz de Dios, y entre otros motivos, es porque no creían necesitarle; estaban plenamente satisfechos (en apariencia). Lejos permanecía su actitud de aquella modélica oración reflejada en el Padrenuestro: **«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy (dependencia diaria en Dios)» (Mt. 6:11).**

En este sentido, podemos pensar que las causas que provocan la *tibieza* se fundamentan básicamente en la *vanidad* y el *materialismo*; dos aspectos de los cuales, aunque de forma somera, nos ocuparemos más adelante.

En lo que se refiere a los miembros de la iglesia en Laodicea, al parecer se habían alejado lo suficiente como para prescindir del poder de Dios. En la práctica real su *dios* era constituido por lo que *tenían*, sin atender a la Palabra de Aquel que les *proveía*. El gobierno eclesial era democrático, y quien dictaminaba en este caso era la voluntad del hombre, quedando la Palabra de Cristo relegada a un mero elemento religioso decorativo. Cuán significativa es la frase bíblica: **«Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto y aquello» (Stg. 4:15).**

Así fue como aquella comunidad de creyentes desvió su mirada del Dios soberano, y poco a poco la fue situando en la propia iglesia. Si captamos bien esta enseñanza, nos daremos cuenta de que, aunque pueda parecer sorprendente, para algunos cristianos lo imperante es la «iglesia» en sí, y no el Señor de la iglesia; y de esta manera exclaman con un sentido de pertenencia: *¡Mi iglesia!* Desde esta postura, sobresale con fuerza el texto del Antiguo Testamento: **«Porque dos males ha hecho mi pueblo (dice el Señor): me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua» (Jer. 2:13).**

Otra causa añadida que nos conduce a la *tibieza*, es la falta de fe en Dios y verdadera confianza en su Palabra. Por eso hoy tiene muy poco valor lo que Dios diga, y sí mucho lo que el hombre opine. La autoridad de la Palabra es suplantada por la autoridad humana. El pecado es camuflado y la tolerancia es extrema, porque **«tú dices»**.

Aplicando aquí el refrán popular: *«Dime de qué presumes y te diré de qué careces»*, podemos suponer que la gran presunción de la iglesia en Laodicea, lo único que sacaba a luz era su verdadera carencia, la cual se traducirá, como veremos más adelante, en infelicidad, miseria, pobreza, ceguera y desnudez.

Ningún área de la vida cristiana debería de ser concebida bajo nuestra propia opinión. Bien expresaba el apóstol: **«Ya no vivo yo» (Gá. 2:20)**, y por ende, no tengo derecho a *decir* o *decidir* nada; puesto que, como apunta el texto: **«No sois vuestros (no nos pertenecemos); porque habéis sido comprados por precio» (1 Co. 19:20)**.

Haremos bien en considerar el gran peligro que hoy existe de contraer esta terrible enfermedad: «la tibieza espiritual». Tengamos presente así las directrices de Dios, sus instrucciones, sus consejos y advertencias; porque Él habla, y nosotros debemos escuchar.

3. EL MATERIALISMO Y LA IGLESIA

EL CONDICIONAMIENTO MATERIALISTA

«Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad»

Esta porción bíblica nos enfrenta con una temática tan interesante, como vigente y de notable actualidad: el llamado *materialismo*; entendiéndolo éste como uno de los desencadenantes del problema espiritual que existía en la iglesia de Laodicea.

El **«yo»**, **«me»**, **«tengo»**, del texto bíblico leído, son expresiones que indican las motivaciones más esenciales de un cristiano *tibio*, puesto que su vida es básicamente ego-céntrica, que lejos está de ser cristo-céntrica.

Lo que el Señor hace es precisamente sacar a luz la equivocada convicción que mantenía esta particular iglesia, para poner de manifiesto su *orgullo espiritual*. Y lo más probable es que éste fuera generado, efectivamente, por una actitud materialista.

El *materialismo* es un tema de contenido básicamente ético, y aunque puede suscitar cierta controversia entre los creyentes, nos preguntamos ¿en qué medida el condicionamiento materialista de nuestra sociedad está influyendo negativamente en la vida de las iglesias?

Hablar de *materialismo*, desde un enfoque bíblico, absorbido por una sociedad eminentemente hedonista, es entrar en una importante confrontación, no sólo dialéctica, sino también moral y espiritual, entre el mensaje de la propia Escritura y la situación evidente de nuestro Cristianismo actual; sobre todo en los países desarrollados, donde la valoración excesiva de lo material ha calado de una forma considerable: **«de ninguna cosa tengo necesidad»**.

Es verdad que existen diversas concepciones sobre el tema, y además está lleno de matices que muchas veces son difíciles de precisar. Hay distintas maneras de entenderlo y aplicarlo, desde las más descaradas, hasta las más sutiles y suavizadas por el mal, que pasadas por el molde del relativismo –tan generoso y cortés–, camuflan el *materialismo* de nuestra sociedad como algo tan normal y necesario, que es casi imposible desprenderse por completo de toda su influencia.

En realidad es un tema que se ha de tratar con máximo rigor, ya que esta horrenda mentalidad se ha introducido en la Iglesia, y es utilizada por el adversario, que tan *cordialmente* nos ayuda a presentarla de una forma compatible con la fe. Y así es como su efecto devastador consigue ensuciar el testimonio santo de la Iglesia, entorpeciendo la obra de Dios, e impidiendo la extensión del Reino de los cielos, el cual entendemos que trasciende a lo meramente material de este complicado mundo.

EL CONCEPTO Y LAS IMPLICACIONES

Concebir el materialismo desde su aspecto histórico-filosófico (aunque no dejaría de ser interesante), no nos ayudará tanto como si lo percibimos desde una perspectiva actual, desde una visión cotidiana: qué significa para el hombre de la calle, y sobre todo, qué implicaciones posee para el cristiano.

Primeramente hay que tener presente que «lo material» en sí mismo no es malo, pues forma parte de la creación de Dios. Pensar así sería admitir las posturas gnósticas de los primeros siglos del Cristianismo: la materia «mala», el espíritu «bueno», y practicar al tiempo un ascetismo mal entendido, no valorando lo bello de la propia creación de Dios y su beneficio para con el hombre. Y pudiera parecer que ya hemos superado esta forma de pensar, sin embargo, todavía se sigue extendiendo dicha orientación cristiana en algunos círculos llamados evangélicos.

Si bien no hay que adoptar una postura extrema, es completamente lícito disfrutar de las buenas cosas que Dios nos ha dado, pues como afirmó el apóstol Pablo: **«El Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Ti. 6:17).**

Una definición actual

El materialismo es una «mentalidad» (valga la expresión) que valora excesivamente los bienes materiales; de forma que muchas veces se suele escuchar: *–¡Eres demasiado materialista!* Es aferrarse a lo que da seguridad y bienestar, a partir de lo que este mundo ofrece. Es básicamente una actitud, una forma de entender las cosas que no tiene en cuenta la perspectiva eterna. Así, el *materialismo* se sitúa a la altura de Dios, acomodándose en el trono de esta corta vida terrenal, y declarándose el «soberano» de sí mismo: **«Soy rico y me he enriquecido»**, declaraba la iglesia en Laodicea.

Meditando sobre este asunto, recuerdo que en cierta ocasión escuché decir en los medios de comunicación, de un famoso poeta español que murió en Octubre de 1999, la siguiente frase: *–El conocido poeta... ha dejado de existir a causa de un fallo cardiaco.* Bien, seguramente el periodista no alcanzaba a entender que el hombre es eterno (en el sentido futuro), y por lo tanto no deja de existir. Esta sencilla frase, no obstante, esconde la condición de una sociedad claramente materialista, que evade la realidad de una vida más allá de la muerte; y en caso de que la hubiera – pensarán algunos–, mejor es ignorar dicho tema, no sea que ese conocimiento nos exija desprendernos de la mentalidad materialista que tanto nos satisface.

Es indudable que nuestra cultura tiende hacia el materialismo, en detrimento de las cosas espirituales. Y si por el contrario, hay alguna búsqueda de «lo espiritual», muchas veces ésta pretende ser materializada de una forma lo más evidente posible; ya sea con el racionalismo, el humanismo, las tradiciones, o la espiritualización emocional que busca el placer de los sentidos.

El materialismo se ha convertido en una forma de vida; es lo que da *sentido* a nuestros *sentidos*. Ha creado la sociedad del «bienestar» –del estar bien–, de la comodidad, de la opulencia, de la búsqueda de un sinfín de métodos para ofrecer el máximo contentamiento al ser humano.

En lo que concierne a nuestro devenir cristiano, en muchas ocasiones nuestras vivencias no son controladas por la fe, ni entendidas desde el propio espíritu, sino sólo por los sentidos materiales: vista, tacto, oído, olfato y gusto. Cada uno de ellos representa una *puerta* que se abre hacia el *materialismo*.

En esto, la iglesia de Laodicea fue el vivo ejemplo de congregación materialista que había dejado fuera a Jesús, declarando en su aparente seguridad: **«Me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad»**. De modo semejante nuestras iglesias, en la práctica, parecen no necesitar a Dios, y probablemente sea porque la sociedad materialista nos proporciona todo lo que precisamos (más bien lo que nos hace creer que necesitamos) para saciar nuestra sed... De esta manera tenemos todos los sucedáneos de Dios, que por otra parte son más fáciles de conseguir: el camino ancho siempre está disponible.

La profecía bíblica parece apuntar en el mismo sentido: **«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres... amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita» (2 Ti. 3:1,4,5).**

Es necesario reconocer que nuestra sociedad, enmarcada en los países más desarrollados, nos provee de todo lo necesario –además de lo superfluo–, para disponer de una vida más placentera, desde una estancia más fácil y cómoda. Y aunque todo ello tenga su aspecto positivo, el engaño que se urde está muy bien escondido. Y así, poco a poco, y sin apenas darnos cuenta, perdemos la necesidad de Dios y de las cosas espirituales, puesto que vamos incorporando otros *diosecillos* que nos facilitan todo lo que precisamos para vivir de manera satisfactoria, inclusive los elementos religiosos materializados en las actividades eclesiales, llegando así a la misma convicción que tuvo la iglesia en Laodicea: **«De ninguna cosa tengo necesidad».**

Nuestro mundo, presidido por el **«dios de este siglo» (2 Co. 4:4)**, genera una esclavizadora dependencia hacia los atractivos recursos que ofrece, induciéndonos a ser cada vez más independientes de Dios, de tal manera que podemos llegar a olvidarnos casi por completo de Él... Ya fue advertido por el Señor, que conoce bien nuestro corazón: **«Luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová» (Dt. 6:11,12).**

No parece absurdo pensar que si la nueva generación cristiana opta por el placer, y es indiferente al llamamiento de Cristo, seguramente es porque se cree *rica* y no siente necesidad alguna de Dios y de su Palabra. Y como resultado acepta, de modo natural, las nuevas tendencias de moralidad cristiana que la *iglesia tibia* le proporciona. Esta propuesta hedonista encuentra su lugar, de forma inadecuada, en la búsqueda de los placeres que hagan equilibrar la balanza de «lo incómodo» de nuestro paso por este mundo. Las restricciones sociales, los problemas familiares, el cansancio del trabajo, el sobre esfuerzo en los estudios, unido al malestar de nuestro corazón, son situaciones que hacen girar la balanza hacia un lado. Y para equilibrarla, pues, se busca huir de esta pesadumbre a toda costa, y así no añadir más sufrimiento a nuestro agitado ritmo de vida. Expresado con otras palabras, el filósofo inglés G.K. Chesterton, afirmaba: *«La furia con que el mundo actual busca el placer, prueba de que carece de él».*

Es de suma importancia que comprendamos todos los elementos que envuelven al materialismo: su alcance, su intensidad y, sobre todo, su influencia; no sólo en nuestra sociedad, sino también en la Iglesia. Siendo conscientes, asimismo, de cómo ha impactado y qué mentalidad se ha ido formando, y en consecuencia, poder identificar el problema, aplicando los procedimientos necesarios para poder luchar y combatirlo, desde una visión siempre bíblica y práctica.

Los cristianos de Laodicea tenían puesta su esperanza en los bienes terrenales, y ello les hacía ser ricos en sí mismos. Igualmente, ocurre que nunca hasta hoy la Iglesia ha gozado de los recursos más sofisticados, y de los medios económicos más en alza; pero, antes bien, la realidad es que somos cada vez más pobres.

Tal vez no nos demos cuenta, pero *las aguas del materialismo nos arrastran hacia la sequía espiritual.*

La actitud ante los bienes materiales

La frase bíblica es más que concluyente: **«Raíz de todos los males es el amor al dinero (a lo material)» (1 Ti. 6:10).**

Si analizamos la dinámica de muchas familias cristianas, podremos observar que no se repara en gastos a la hora de comprar, mantener el coche, adornar la casa, ir de vacaciones, pagar los estudios de nuestros hijos... Pero, cuando se trata de invertir en la obra del Señor, damos de lo que nos sobra. ¿No es esto señal de tibieza? ¡Menos mal que el Señor no dio de lo que le sobraba, sino que lo dio todo, se entregó completamente!

Algunos pueden argumentar que tener dinero no es malo, lo erróneo estaría en afanarse por él (el amor al dinero), lo cual es cierto. Pero, debemos preguntarnos, ¿podemos mantener una buena y suculenta cuenta bancaria, sin amarla? ¿Podemos gozar de abundantes bienes, al tiempo que manifestamos una evidente falta de generosidad? Tal actitud parece contradictoria con el modelo de Jesús. Igualmente el ejemplo de la viuda pobre, que dio todo lo que tenía, es más que clarificador (Mr. 12:42). Esta concepción materialista, por desgracia, está cada vez más arraigada en el trabajo, en la escuela, en la familia, en los medios de comunicación... Incluso en las relaciones interpersonales podemos apreciar una autosuficiencia cada vez más creciente, que nos ha llevado a practicar la tibia «indiferencia» hacia nuestros semejantes, haciendo así agresión a la recomendación ética de nuestro Señor: **«Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa» (Mt. 5:40).**

En el aspecto mencionado, vemos que no iba muy desencaminado nuestro amigo P. Voltaire, con su atinada frase: *«Cuando se trata de dinero, todos son de la misma religión»*. Queda bien probado que el materialismo constituye un gran muro construido con los ladrillos que aporta el egoísmo de nuestra sociedad. Y este sólido muro, desde luego, nos impide contemplar a Dios con los ojos de la fe.

Sin duda, son los pequeños o grandes dioses materialistas de nuestro mundo, que con sus variopintas formas y diversidad de ofrecimientos –casi inagotables–, sumergen a las personas en esa horrenda mentalidad que les separa cada vez más de Dios, les entretiene en la más absurda ingenuidad, y les hace olvidarse de su propia realidad como seres espirituales y eternos.

Pensemos en las palabras que el Señor pronunció por medio del profeta Oseas al pueblo de Israel, pues éstas bien se pueden aplicar hoy a buena parte de nuestra Iglesia contemporánea: **«En sus pastos se saciaron, y repletos, se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí» (Os. 13:6).**

4. EL DIAGNÓSTICO DE LA IGLESIA

CUADRO DESCRIPTIVO DE LA ENFERMEDAD

Su inconsciencia

«Y no sabes que tú eres»

Siguiendo con nuestro análisis sobre la comunidad de Laodicea, advertimos que buena parte de sus miembros podrían ser no convertidos realmente. Y, si aceptamos que otros muchos eran creyentes, vemos asimismo cómo éstos permanecían *acomodados* en el sillón de su efímera vida, y en el constante dormitar de su decadencia espiritual.

La expresión **«no sabes»**, describe a una iglesia inconsciente de su pecado, de su alejamiento de Dios, y de su grave tibieza espiritual. Con esta posición eclesial permanecían los laodicenses en su irresponsable actitud, hasta que necesariamente el Señor ha de despertarles con una llamada urgente, para en cualquier caso, enfrentarles con la verdad que ellos no lograban ver; debido, en primer lugar, a la ignorancia que la iglesia conservaba acerca de su propia pecaminosidad (no sabes). Por ello, el Señor tiene a bien descubrirles la verdad: **«Tú eres»**. Y aquí una vez más el énfasis recae en el «ser», puesto que como ya hemos recalcado, el estado de *inconsciencia* no reside sólo en lo que hacemos, sino esencialmente en nuestro propio ser interior.

Cuando comparamos nuestras vidas, de forma sincera, con el mensaje de la propia Escritura, recibimos entonces la luz de Dios, necesaria para conseguir despertar y darnos cuenta de nuestra oscuridad espiritual. El espejo de la Palabra mostrará acertadamente nuestro deterioro, y nos ofrecerá el remedio más adecuado para toda restauración espiritual. Esta era la convicción del salmista: **«Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Sal. 119:105).**

Con el fin de provocar el despertamiento espiritual en el corazón, todo cristiano debería adquirir *conciencia* de la condición en la que verdaderamente se halla delante de Dios. Así es, para poder ser conscientes de nuestro pecado, necesitamos realizar un examen sincero de nuestro estado actual, a la luz de la verdad bíblica. Y confrontados, pues, con la Palabra de Jesús, haremos bien en preguntarnos cuál es nuestra situación espiritual, individualmente (valga la expresión) como hijos de Dios, y colectivamente como iglesia; qué distancia o qué acercamiento hay entre Dios y nosotros, y cómo está avanzando nuestra relación personal con Él.

La frase bíblica resuena como un constante eco desde el Antiguo Pacto: **«Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento» (Os. 4:6).** La historia se vuelve a repetir: el pueblo no pereció por falta de *obras*, sino principalmente de *conciencia*.

El cuadro descriptivo que Jesús hace de la iglesia, parece reflejar todo lo inverso de lo que sus miembros pensaban de sí mismos. De tal manera, el análisis histológico puso de manifiesto unos síntomas de pronóstico grave. El diagnóstico fue desfavorable, y a la iglesia de Laodicea le quedaba poco tiempo de vida. La enfermedad era mortal, y sólo Jesús podía sanarlos.

Visto el desconocimiento de esta particular iglesia, bien podemos concluir afirmando que *las cadenas del materialismo, esclavizan al cristiano en la más absurda inconsciencia.*

Su infelicidad

«Un desventurado»

Esta afirmación de Jesús, sobre una congregación que parecía estar satisfecha, resulta contrapuesta a las falsas declaraciones de la misma iglesia. Y el Señor asegura que era una comunidad *desventurada*, porque aunque sus miembros parecían tenerlo todo, la realidad interior era de verdadera infelicidad.

Entendemos que lo contrario de *desventurado* es *bienaventurado*, una palabra que en nuestros círculos cristianos se traduce normalmente por *feliz* o *dichoso*. Pero, en cierta medida, dicha traducción tal vez no sea demasiado acertada. Y entre otros factores, es debido a que la felicidad, en términos absolutos, no la podemos alcanzar en este mundo. Así citó el apóstol Pablo: **«Gemimos dentro de nosotros mismos» (Ro. 3:23).** No obstante, sí que podemos degustar los primeros frutos, esto es, los anticipos de la verdadera y completa felicidad que sólo se hallará en la eternidad. Asimismo parece indicarlo el texto bíblico: **«Nosotros mismos, que tenemos la primicias (primeros frutos) del Espíritu» (Ro. 8:23).** En consecuencia, la palabra «satisfecho espiritualmente» puede ser, en buena medida, la más indicada para traducir «bienaventurado», indicando aquel que es beneficiario de la gracia de Dios y por consecuencia consigue un profundo estado de contentamiento interior, de serenidad ante la vida, de bienestar espiritual...

Y así, no son pocos los cristianos insatisfechos (desventurados) que unen sus esfuerzos para alcanzar la felicidad, pero si bien se olvidan de que ésta se encuentra solamente en Dios. Éstos han perdido el rumbo y andan desorientados en esa búsqueda frenética de la felicidad, y por ello el estado de frustración es cada vez mayor. Aquí se hace necesario una comprensión correcta: *Dios no es objeto que ofrezca felicidad, sino que Él mismo es la felicidad.*

Puede ocurrir también que el creyente tibio, que a la vez *desventurado*, intente vivir como una persona feliz. Pero, antes bien, lo que experimenta realmente es un cierto desconsuelo; pretende gozar de un supuesto bienestar, cuando en realidad se halla en un profundo estado de insatisfacción existencial. Muy acertadamente pronunciaba el profeta de parte de Dios: **«Comerán, pero no se saciarán» (Os. 4:10).**

Felicidad absoluta en este mundo, amigo lector, no la busques, pues ya lo advirtió nuestro Señor: «**En el mundo tendréis aflicción**» (Jn. 16:33), y no queramos «escapar de ella cual ave», como también recomienda el Salmo 11:1. Las palabras del Dramaturgo griego Eurípides, parecen tener bastante sentido: «*La felicidad no es de este mundo, ni consiste en cosas externas; las riquezas pueden hacer al uno más afortunado que al otro, pero no pueden hacerlo más feliz*».

Quizá necesitamos dejar a un lado los apresuramientos y las distracciones de esta vida, y con toda conciencia sentarnos en actitud de obediencia para escuchar la voz de Cristo y recibir su consejo. Sólo así, y no de otra manera, podremos experimentar el reposo de nuestra alma en la plenitud del Espíritu.

Es nuestra buena relación con Dios la que nos proporcionará una tranquila y serena paz interior, esto es, un estado de completa satisfacción espiritual, que de cualquier modo se sitúa por encima de la *felicidad* que este mundo nos pueda ofrecer. Con esta apreciación, la promesa bíblica se escribió ayer para que podamos aplicarla hoy: «**Tú guardarás en completa paz** (bienestar interior) **a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado**» (Is. 26:3).

Según indica el pasaje bíblico, los laodicenses eran *desventurados*. Y pensamos que, en la misma dirección, podemos exclamar hoy también: ¡Cuántas conversiones sin ventura! ¡Cuánto cristiano sin gozo! ¡Cuánto discípulo insatisfecho!

Concluimos resumiendo lo expuesto: *Busca la felicidad y serás infeliz, busca a Dios y hallarás la paz.*

Su miseria

«Miserable»

El calificativo «*miserable*» se le atribuye a una comunidad que a pesar de poseer un alto nivel económico, era digna de compasión por estar en la miseria más absoluta delante de Dios. Por ello los miembros no podían gozar de lo mucho que tenían, porque espiritualmente eran pobres de solemnidad.

La contradicción resulta manifiesta. En ningún momento de la Historia ha habido tanto conocimiento bíblico, tantas provisiones materiales para realizar un servicio cristiano eficiente. Pero, en cambio, nunca se ha visto tanta indigencia espiritual. Nuestro mundo rico está en la miseria más absoluta, y lo chocante de esto es que la iglesia toma el ejemplo. Quién es el cristiano miserable, sino el que rechaza los tesoros que Dios puede ofrecer. Y si no los recibimos, seguramente es porque no tenemos la fe suficiente como para apropiarnos de sus promesas siempre fieles: «**Para que os dé** (Dios), **conforme a las riquezas de su gloria**» (Ef. 3:16). No queda más remedio que reconocer nuestras miserias, y con tal actitud entregarlas a Dios, para que, por la acción de su Espíritu Santo, nuestra vida se vea plenamente enriquecida.

Pensemos, porque si Dios posee los recursos suficientes y necesarios para enriquecer nuestra vida espiritual, ¿por qué, entonces, todavía muchos creyentes viven en la pobreza? Si la Biblia contiene tesoros inagotables que son para nuestro enriquecimiento espiritual, ¿por qué, pues, no logramos salir de la miseria?

Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, parece muy probable que *las ataduras del materialismo sean la causa de nuestra miseria espiritual.*

Su pobreza

«Pobre»

Miserable y *pobre* son dos palabras sinónimas, y resultante la una de la otra. Si una apunta la condición (*miserable*) de la iglesia, la otra señalaría la situación (*pobre*) de la misma iglesia. La comunidad de Laodicea era rica para consigo misma, pero pobre para con Dios. Igualmente el creyente puede tener todas las necesidades cubiertas y disfrutar incluso de gran prosperidad económica, y paradójicamente hallarse como un *mendigo* a los ojos de Dios.

No tenemos que ir muy lejos para convencernos de ello. Simplemente analicemos el panorama general de algunas de nuestras iglesias locales, y evaluemos: los dones no son desarrollados; los servicios no son eficientes; la evangelización es ignorada; los estudios bíblicos demasiado básicos y superficiales; los mensajes carentes de espiritualidad; mínimo el interés por la lectura bíblica; y la oración se muestra la gran olvidada. Todo ello hace de los creyentes y de la iglesia unos *miserables* delante del Señor, cuya pobreza se hace cada vez más patente en buena parte de nuestras iglesias. La propuesta de Jesús puede parecer contradictoria, pero para esto precisamente vino al mundo: **«Para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2 Co. 8:9).**

Siguiendo con esta enseñanza, y exponiendo un sencillo ejemplo de la vida cotidiana, resulta significativo observar el énfasis que podemos hacer en cuanto a la preparación académica o la formación profesional de nuestros hijos, con el único objetivo de obtener un buen empleo, con alta remuneración económica, para vivir así lo mejor y más cómodo posible en esta corta vida. Pero, a la verdad, qué *pobres* somos a la hora de invertir tiempo, dinero y esfuerzos, para la eternidad.

La situación de pobreza espiritual en la que tal vez podamos encontrarnos, se puede deber fundamentalmente a que valoramos muy poco las implicaciones eternas que se derivan de nuestro servicio a Dios. Y esta infravaloración de nuestro deber cristiano, denota en los creyentes una carencia de fe genuina, además de manifestar una verdadera ausencia de amor hacia Dios, y asimismo una escasez de compromiso con su obra.

La promesa de Jesús, que mira a la eternidad, sigue siendo para todos aquellos que deseen salir de la pobreza: **«Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc. 12:34).**

Su ceguera

«Ciego»

Imaginemos que ocurriría si al entrar en la iglesia, cada miembro se tapara los ojos con una venda... El caos que se produciría estaría más que garantizado. Algo parecido le sucedió a la iglesia en Laodicea, que desde su alta presunción aseguraba ver con claridad, cuando en realidad había perdido toda visión espiritual.

No podemos ignorar que el *mundo*, con su atractivo visual y psicológico, nuestra *naturaleza* pecadora, y el *Diablo* que anda como león rugiente, se encargan de entretenernos para que no seamos conscientes de Dios ni de su mensaje, intentando apagar de esta forma la fe viva que recibimos en nuestra conversión.

Teniendo en mente esta consideración, recuerdo que en una entrevista realizada, le preguntó el periodista a una persona que terminaba de ver el estreno de un largometraje: *«¿Qué le ha parecido la película?»* La respuesta del entrevistado fue breve pero contundente: *«¡Ha sido muy entretenida!»* Es así, a veces no logramos advertir las nefastas influencias de nuestra sociedad, a través de los medios de comunicación –principalmente–, que consiguen «entretenernos», distrayendo así nuestra mente, *embotando* nuestra conciencia, y sobre todo paralizando nuestra fe; hasta el punto que se cumplen literalmente las palabras de nuestro Señor, cuando dijo: **«Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8).**

En verdad, lo que necesitamos urgentemente es una buena dosis de auténtica fe bíblica, y ésta sólo se puede obtener **«por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios»**, como cita Romanos 10:17. Únicamente de esta forma podremos ser estimulados a contemplar esta vida temporal con verdadera esperanza de futuro.

Es el materialismo de este mundo, sin duda, el que distorsiona la imagen de Dios y de su Revelación, provocando la pérdida de visión espiritual en el creyente. No parece nada extraño que las clases ricas sean las que quieran saber menos de Dios, tal vez sí de la «vana religión», que no es sino una variante del materialismo con vestimentas religiosas.

En esta consideración retorna la Palabra de Dios con el mismo mensaje para su pueblo: **«Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos... los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal... Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová» (Sof. 1:12,17)**. De tal magnitud puede llegar a ser la medida de nuestra inconsciencia, que los ojos de nuestra fe van perdiendo todo discernimiento bíblico, y nuestros sentidos espirituales logran deteriorarse hasta quedar inservibles. Así es como en ocasiones nos volvemos incapaces de comprender el mensaje divino, y como resultado de ello no conseguimos contemplar la mano de Dios obrando en este mundo.

En esto, sabemos que el propósito del *adversario* es pretender alejarnos de Dios, ahogando así nuestra percepción de la vida espiritual. Por eso cada vez más necesitamos adquirir un entendimiento claro del Dios personal que nos ha salvado, y acudir a Él con el objeto de recuperar la visión espiritual, para no andar cual incrédulo en la oscuridad de este mundo perdido.

Activemos, pues, los ojos espirituales, y pongamos en funcionamiento los sentidos de la fe. Y si el materialismo ha levantado una pared que nos impide descubrir la verdad divina, pensemos que detrás de esa pared hay un Dios omnipotente que tiene poder suficiente para romperla, y proporcionarnos así la visión adecuada como para caminar en la luz verdadera. **«En tu luz (la luz de Dios) veremos la luz» (Sal. 36:9)**.

Dicho esto, no hace falta mucha visión para darse cuenta de que *la ceguera del espíritu es la corrupción de la vida cristiana*.

Su desnudez

«Y desnudo»

De forma ilustrativa, el pasaje de El Apocalipsis muestra la desnudez espiritual de los miembros de aquella comunidad. Su estado de desnudez era debido a que no tenían con qué cubrirse, y probablemente porque muchos de ellos no eran auténticos convertidos. No parezca extraño, pues ya ocurría en las iglesias del Nuevo Testamento, como cita el autor a los Hebreos: **«No sea que permaneciendo aún la promesa... alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado» (He. 4:1)**. En este caso tan particular, seguramente la justicia de Cristo no había sido imputada en la vida del cristiano nominal, que también formaba parte de la comunidad.

Si hay algo en lo que no debemos pecar, es de ingenuidad: ¡Cuántos cristianos van a nuestras congregaciones, y no han conocido a Cristo! Y están desnudos, porque no poseen las vestiduras de justicia que sólo se alcanzan a través de la obra que Jesús realizó en la Cruz. Con este enfoque, el apóstol Pablo, que era buen conocedor de la situación en las iglesias, escribe a los miembros de la comunidad en Roma: **«Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Ro. 8:9)**. Y se podría añadir: aunque formen parte de la «iglesia institución». Así, cualquier individuo sin Cristo –fuera o dentro de la comunidad– está desnudo, y por ende su corazón sigue experimentando un trágico vacío existencial. Y aunque lo intente camuflar, el fuerte sentimiento de soledad, inseguridad e inferioridad, hace que la persona se sienta desprotegida, desorientada y confundida, porque sin Cristo ciertamente es imposible hallar el verdadero y satisfactorio significado de la vida.

Así como ocurrió en la iglesia de Laodicea, se hallan personas que pueden ir vestidas de muy buenas obras, lo que en sí mismo no parece negativo. Si bien, lo desacertado está en no utilizar las vestiduras de gracia y poder que solamente el Señor puede conceder. En su caso, en vano intentan cubrirse con ropajes religiosos para tapar la inmundicia delante de los hombres, pero irremediablemente lo único que transluce es una fría desnudez delante de Dios.

Llegados a este punto, no es impropio preguntarse, cada uno a sí mismo, cuál es el vestido que estamos usando... La variedad está servida: sucede que los vestidos de *conocimiento bíblico* son exhibidos con orgullo por algunos creyentes, y por el contrario a otros muchos no les importa ir disfrazados de *ignorantes*.

Unos llevan trajes especiales recubiertos de conservadurismo frío, para protegerse de los posibles *temporales*. Otros se visten con ropa extravagante de *liberalismo* eclesial, y con ello consiguen fácilmente confundir al espectador. Por otra parte, no son pocos los que se abrigan con la súper espiritualidad que los emotivos espectáculos evangelísticos les brindan... Sin embargo, son los menos aquellos cristianos revestidos con el poder de Cristo, equipados con su sabiduría, y colmados de su amor.

Desde luego, el vestido de religión que se reluce en domingo puede acallar nuestras conciencias culpabilizadoras, pero nuestra desnudez nos hace vulnerables ante los ataques del *enemigo*. Por ello, el apóstol Pablo no solamente aconseja que nos vistamos con el vestido del «nuevo hombre» que Cristo ofrece, como se recoge en Gálatas 3:27, sino que también se nos insta a protegernos con toda la armadura de Dios, para así poder estar firmes contra las asechanzas del Diablo, según hace constar Efesios 6:11.

En definitiva, la desnudez espiritual que se descubre entre los cristianos, no debería provocarnos otra cosa que no sea un sentimiento de vergüenza frente a la santidad de Dios. Sólo con esta humilde actitud, podremos comenzar a disponer nuestro corazón de forma correcta, preparándolo adecuadamente para recibir el vestido de la gracia divina, la cual nos facultará para ser utilizados por Dios. **«Vestíos (constantemente) del nuevo hombre, creado según Dios» (Ef. 4:24). «Pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos» (2 Co. 5:3).**

Todos estos síntomas que hasta aquí hemos observado, a modo de diagnóstico: la infelicidad, la ceguera, la desnudez, la inconsciencia, y demás indicaciones, tienen su especial encuentro en varios apartados de nuestra vida cristiana: en la vida personal, en la familia, en la iglesia... Destacaremos, pues, algunas áreas principales.

APLICACIÓN EN LA PREDICACIÓN

En primer lugar resulta imprescindible saber que el poder de Jesucristo se transmite en la iglesia principalmente a través de la predicación de la Palabra, puesto que así el mismo Espíritu la utiliza, otorgándole vida y eficacia.

Al evaluar el tema, no podemos evitar fijarnos en los mensajes que se pronuncian hoy día. Por lo general, no percibimos que la Palabra de Dios sea «viva y eficaz», ni mucho menos «más cortante que espada de dos filos», según describe la carta a los Hebreos 4:12. Así como tampoco supone la suave porción de *alimento* para nuestras almas; más bien quedan insatisfechas, cuando no indiferentes. No todas, pero buena parte de las predicaciones que se escuchan en las iglesias carecen de fe, sabiduría y poder de lo alto. A decir verdad, lo único que se consigue con estos sermones es aburrir al personal. Y para más ofensa, la mayoría de mensajes carecen de todo significado práctico para la vida cotidiana.

Ocurre que el servicio a Cristo se ve gravemente afectado por la tibieza espiritual, y por lo tanto aquellos que deben ser predicadores de la iglesia, han quedado inservibles para la obra. Los hay que creen ser ricos, pero su pobreza se hace evidente; profesan ser felices, pero su amargura

les delata; suponen conservar una visión excelente, pero su ceguera les hace tropezar. **«Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña» (Gá. 6:3)**. Y si pretenden demostrar *poder* en la predicación, éste muchas veces resulta ser el producto de sus propias fuerzas, y no de la gracia divina. La indicación del apóstol a la iglesia de Corinto, no parece superficial: **«Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1 Co. 2:5)**. Ciertamente, las fuerzas vocales no son comparables con las fuerzas del Espíritu de Dios; y si queremos ser buenos predicadores, es el *poder* de Jesús lo que precisamos. Así, pues, el predicador debe recibir poder, fervor y visión, de lo contrario la predicación resultará hueca y vacía, y su efecto estéril para la comunidad.

Además, a veces se exponen sermones repletos de palabras espiritualizadas que no adquieren ningún valor para nuestra vida; aunque, eso sí, precedidos por la pompa del reconocimiento, y adornados con chistes y anécdotas que nos reafirman como buenos predicadores, cuando en realidad estamos muy lejos del modelo bíblico. **«Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual» (1 Co. 2:13)**. Atendamos bien, porque el secreto de la predicación no consiste sólo en dominar la Homilética, sino en estar dominados por el Espíritu de Dios. Y se dice con todo el cariño, pero ya no queremos recibir más sermones aprendidos, sino predicaciones vividas, donde la persona de Jesucristo, su vida y sus enseñanzas, sean el centro. Y si Jesús ha quedado fuera de las predicaciones, seguramente sea porque la *predicación* se convierte en la protagonista, cuando no el propio *predicador*.

En cuanto a la enseñanza bíblica en la iglesia, debemos preguntarnos, ¿por qué se mantiene a las congregaciones en la ignorancia, cuando muchos de los pastores o líderes son graduados de institutos bíblicos, y por contrapartida los miembros cometen errores propios de los niños en la etapa de la escuela dominical? Tal vez interesa mantenerla en la ingenuidad, para que no haya sublevación, por miedo a perder la credibilidad, a que se agoten los recursos teológicos, el puesto de honor tiemble, el pedestal se caiga, y las distancias se acorten...

En otras ocasiones los líderes predicán lo que la congregación quiere escuchar, con el objeto de no sufrir el posible rechazo de la iglesia, evitar diversos problemas, y por encima de todo, para que no se vayan los miembros. De esta manera se opta por no denunciar el pecado, ni tampoco impartir disciplina; así todo es mucho más fácil. Por lo tanto, aquellos que dicen en su predicación: *ino hay problemas! itodo va bien!* con el propósito de complacer al auditorio y así quedar bien con todos, seguramente no son dignos de confianza, pues no son pocos los *lobos disfrazados de ovejas* que acampan a sus anchas en nuestro mundo llamado evangélico.

En cuanto a los falsos profetas, pronuncia Jeremías: **«Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz» (Jer. 6:14)**. La predicación que se proclama fiel a Dios, en términos generales, debe alcanzar la siguiente finalidad: denunciar el pecado, anunciar juicio, llamar al arrepentimiento, y además ofrecer en Cristo el eficaz remedio. Luego, sólo con los principios bíblicos expuestos de forma seria, los mismos que presenta Jesús para la iglesia de Laodicea, se puede conseguir la restauración de los miembros de la comunidad, así como su posterior edificación.

Es verdad, la tibieza se hace manifiesta en la predicación de muchas formas, provocando insatisfacción, ceguera, pobreza y miseria. Sucede que el predicador que se determina *tibio*, se inclina a amar la predicación, pero no a Dios, ni tampoco a las personas; y puede estar dando gloria a Cristo con sus labios, pero en realidad está buscando la suya propia. No es incorrecto afirmar que el predicador que está satisfecho con su tibieza, no consigue amar de corazón a los demás, en realidad es todo lo contrario: lo que pretende es que los demás sepan que él ama. Igualmente algunos no desean predicar, lo que quieren es que se les escuche, que se les preste atención y se les dé importancia, pues de esta forma consiguen el objetivo de sentirse realizados. ¿No es esto tibieza?

Necesitamos, en contra de la *ceguera*, predicaciones con *visión*. En oposición a la *ignorancia*, predicaciones que despierten toda conciencia entumecida. Frente a la *desnudez*, predicaciones ricas de contenido espiritual. En lugar de la *rutina*, predicaciones que irradien gozo, fe y esperanza. Contra las predicaciones *pobres*, necesitamos predicaciones motivadoras, con abundantes aplicaciones prácticas y, por sobre todo, proclamadas con el poder de Dios.

APLICACIÓN EN LA FAMILIA

La iglesia debe practicar la oración y adoración colectiva, la evangelización comunitaria, la comunión fraternal, y alimentarse con la predicación y el estudio bíblico de una forma dinámica. Pero, antes bien, la familia es el lugar más idóneo para comenzar a poner en marcha todo lo mencionado.

En primer lugar los hijos, ya desde la infancia, deben ser instruidos en los caminos del Señor por sus padres, teniendo presente la gran responsabilidad que éstos asumen delante de Dios. Para ello juega un papel primordial las reuniones familiares, donde se le otorgue el primer lugar a Jesús, a su Palabra y a la oración. No menos relevantes son las células de estudio bíblico y comunión fraternal que se realizan en las casas, en las cuales se reúnen varios miembros de la comunidad.

Reparemos en el hecho de que las generaciones van sobreviniendo en la iglesia, y si no se tiene en cuenta lo dicho, la vida espiritual de los miembros de la comunidad podrá deteriorarse y acabar así en un mero cristianismo sólo de tipo social y cultural, como ya hemos apuntado anteriormente. Nunca se recoge con tanta fuerza la enseñanza bíblica: **«Si Jehová no edificar la casa, en vano trabajan los que la edifican» (Sal. 127:1).**

Podemos asegurar que buena parte del fracaso de la juventud cristiana, se atribuye a la falta del buen testimonio de los padres, debido al desconocimiento –teórico y práctico– que ellos mismos poseen de Jesús como el Señor del hogar. El joven en muchos casos es el fiel reflejo de sus progenitores, los cuales practican un seudo cristianismo, que se traduce asimismo por una despreocupación acerca de la vida espiritual. No es por tanto inexplicable que los hijos adquieran un concepto inadecuado del Cristianismo, y en consecuencia éste ya no les satisfaga; con el consiguiente resultado de buscar en el mundo las alternativas a una religiosidad seca y sin vida, o en los peores casos practicar una adaptación farisaica e hipócrita de los valores cristianos.

En otras ocasiones es el *empacho* de una fe mal entendida la que provoca una indigestión en el joven proveniente de una familia cristiana; y con mayor razón cuando en la práctica diaria la presencia de Cristo se halla ausente del seno familiar. No son pocos los hogares que prescinden de los cultos familiares, e intentan evitar los encuentros de comunión espiritual con otros hermanos. Resulta lógico, por tanto, ver cómo las sedientas generaciones posteriores acuden frenéticamente en busca de «agua» a otros lugares fuera del ámbito cristiano, o lo que es más grave, traen los ídolos a la propia vida congregacional, profanando así el «lugar santo». Lamentablemente muchos hogares cristianos se parecen más a un *desierto* seco y árido, que a un *huerto* de terreno fértil donde Dios pueda labrar.

Es preciso analizar nuestras intenciones y revisar nuestros objetivos; indagar en la dinámica de nuestras costumbres, y examinar de forma constante nuestras moradas familiares... no vaya a ser que la *tibieza* esté residiendo en nuestro hogar.

También sucede que el bien máspreciado de muchos cristianos es la propia *familia*, y ésta se sitúa al margen de la Palabra de Dios, y de Cristo mismo. Los hijos suponen su propio «dios». Incluso, con mucha frecuencia, por miedo a que los hijos se vayan al «mundo», los padres con toda ligereza permiten que el «mundo» sea traído a la iglesia (lo importante –según algunos– es no dejar de asistir a la congregación), y con esta conducta se suceden las generaciones hasta llegar al modelo de Laodicea.

En una sociedad tan patriarcal como la de entonces, las palabras de Jesús eran más que provocadoras: **«Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:26)**. El texto leído no parece ofrecer ninguna duda al respecto: si alguno ama a su familia más que a Jesús, entonces es señal de que no acepta a Jesús como su Señor y Maestro, por lo que, en tal caso, también está imposibilitado para ser su discípulo.

En esta misma dirección, se puede observar que los grupos familiares constituidos por creyentes de varias generaciones, son los que generalmente adquieren puestos de responsabilidad en la iglesia. Pero, para desgracia de la congregación, sucede que muchos de ellos no han sido puestos por el Señor, y en los peores casos nunca lo han conocido. Y no se pretende cuestionar la veracidad de los «hijos de la iglesia», pero la verdad no se puede esconder, porque si éstos no reciben una vocación clara, entonces no se les puede conferir autoridad, ya que ésta proviene únicamente de Dios. Y lo más incongruente es que en muchas ocasiones el verdadero convertido es mirado con sospecha, mientras que los hijos del reconocido líder son aceptados sin discusiones.

Y así vuelve a acontecer, como en los días de los Jueces: **«Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel» (Jue. 2:10)**.

Como también pudo suceder en la iglesia de Laodicea, hoy son los *clanes* familiares los que se «apoderan» de la congregación. Y no son pocos los que se sienten con el derecho de hacerlo, porque –según parece– la fe bíblica es una cuestión de «herencia». Tal como ocurrió en los tiempos antiguos, está pasando hoy dentro de la iglesia. Y es como si estos clanes familiares declararan, a la voz de los pueblos paganos: **«Heredemos para nosotros las moradas de Dios» (Sal. 83:12)**.

Centrando nuestro pensamiento en los síntomas de la iglesia en Laodicea, podemos afirmar que el Cristianismo sufre de iglesias compuestas por familias pobres, porque no poseen recursos espirituales para orientarse; míseras, porque sus valores no son realmente bíblicos; ciegas, porque han perdido el rumbo de la vida cristiana; y desnudas, porque carecen por completo del amparo de Dios. La formulación es matemática: cristianos tibios crearán familias tibias, y éstas, a su vez, formarán congregaciones tibias. Luego, no nos asombremos del desenlace final: **«Te vomitaré de mi boca»**.

Aplicando la regla de *causa y efecto*, podemos asegurar que *Jesús está fuera de la iglesia, porque está fuera de las familias*.

APLICACIÓN EN LA COMUNIDAD

En la adoración

La situación que viven algunos cristianos en los cultos, se podría describir de la manera siguiente: Vamos a la iglesia a dormir, entre cabezada y cabezada comienzan los cánticos, los cuales ya no tienen significado alguno, porque se hacen repetitivos, perdiendo de tal forma la motivación verdadera. Por un lado ese aire *barroco* que nos hace bostezar, por otro lado ese aire *moderno* que aturde nuestros sentidos; y en ese estado de desorientación, se va abstrayendo nuestro pensamiento hacia la *nada*. Y con los párpados medio cerrados, conseguimos desviar nuestra mirada hacia el entorno, observando a los hermanos rezagados que van pasando a los asientos delanteros, como si de una pasarela de moda aconteciera... Y mientras nos vamos percatando del ambiente, y los cánticos resuenan, paralelamente movemos los labios como si de un *play back* se tratara. Una mente obnubilada y somnolienta nos transporta hacia la compra semanal, el trabajo, los problemas conyugales, o los conflictos familiares. Todo ello es el centro de nuestro pensamiento, y Jesús va quedando fuera, a la puerta de nuestra adoración. Además, acostumbramos nuestros oídos a frases que se vuelven tópicos, de forma que la adoración se convierte en un mero cántico aburrido y no poco rutinario.

Con este paisaje que estamos dibujando, percibimos claramente que nuestra expresión de reconocimiento a Dios, por medio de la adoración, es mínima; las oraciones parecen ser prefabricadas, y las alabanzas son platos recalentados que nos quitan hasta el apetito, nos cargan y abruman; y así nuestro fervor por las cosas del Reino se va perdiendo en el absurdo.

También sucede en algunos ámbitos cristianos, que la música se vuelve un objeto hedonista que, en tal caso, permite satisfacer nuestras reprimidas necesidades sentimentales, cubrir carencias emocionales, y estimular nuestro desánimo; sin embargo, muy lejos está de motivarnos a la verdadera adoración a Dios. Junto con el cantante, los instrumentos son los protagonistas, y la elaborada música es la exaltada; los cánticos son intercalados por «aleluyas» mecánicas y expresiones que están más ligadas a las costumbres que a la piedad, haciendo que la verdadera adoración quede relegada en un segundo plano.

Como siempre sucede, la problemática no radica en lo que cantamos, sino en nuestra motivación interior. Es verdad, la iglesia puede tener coros bien organizados, utilizar instrumentos de tecnología avanzada, contar con grandes personalidades de la música evangélica... pero si Cristo mismo no reside por su Espíritu en la adoración, ésta se convertirá en una obra llena de tibieza espiritual.

En resumidas cuentas, Dios, que ofrece luz y vida, ha de constituir el centro, motivo y propósito de nuestra existencia. De no ser así, estaremos fomentando una adoración ciega, pobre, mísera y desnuda, como igualmente ocurrió en la iglesia de Laodicea.

«Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Is. 29:13). Tengamos presente que *si no hay verdadera adoración, no hay verdadero Cristianismo.*

En la comunión

He aquí un sencillo ejemplo que puede resultar tremendamente aclaratorio, para seguir las recomendaciones de Jesús: ser caliente y no tibio. Comparemos la iglesia local con una gran hoguera, cuyos tizones arden unidos entre sí. Ahora bien, si uno de ellos es sacado de la hoguera, llegará un momento en que inevitablemente éste se apagará, por no recibir el fuego y calor de los demás tizones. Así que valga el ejemplo para entender que debemos recibir, y a su vez transmitir a los demás, el calor agradable del Espíritu. Pero, eso sí, primero debemos haberlo recibido de Cristo, puesto que solamente Él puede mantener encendido nuestro fuego espiritual, con el fin de ser llamas vivas para otros. En este sentido de colectividad, la iglesia representa un cuerpo, y ninguna forma podemos funcionar independientes los unos de los otros: **«El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos» (1 Co. 12:14).** **«Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros» (12:21).**

También es cierto que existen iglesias que funcionan como hogueras, pero al igual que ocurrió en Laodicea, muchas de ellas arden con fuego extraño. Algunas, en vez de coexistir siendo una comunidad viva espiritualmente, lo hacen como una sola institución religiosa, que funciona por la sola tradición del pasado, de manera rutinaria. Otras se convierten en una especie de «club social» de amigos, entusiasmados por las reuniones y actividades eclesiales varias, pero al mismo tiempo se mantienen alejadas de la presencia del Espíritu y de su poder. Y son innumerables, además, las que están rodeadas de un fuego místico inexplicable, que se mezcla con sensacionalismo irracional, pero que a la vez carecen del fuego consistente de la Palabra de Cristo.

Recogemos la enseñanza siempre aplicable del Antiguo Pacto: **«Pero Nadab y Abiú murieron... cuando ofrecieron fuego extraño delante de Jehová» (Nm. 3:4).** Entiéndase el principio que esconde el texto: un cristiano carnal puede no morir físicamente, pero ser anulado espiritualmente si ofrece fuego extraño, esto es, si ocupa puestos de responsabilidad que no le corresponden por derecho, realiza prácticas extra bíblicas, utiliza en vano el nombre de Dios, o ejecuta funciones eclesiales con motivaciones incorrectas.

Reiterando lo expuesto, entendamos que no es la comunidad la que en sí misma debe funcionar, sino la gracia de Dios a través de ella. La iglesia nunca ha de ser objeto de gloria, sino instrumento por la cual Dios es glorificado. **«A él sea gloria en la iglesia (no a nosotros) en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén» (Ef. 3:21).**

Por otro lado, podemos advertir cuándo una iglesia es ferviente y no tibia, por el amor que manifiesta hacia los demás. Porque Dios es amor, y si su Espíritu reside en el entorno de la iglesia, indefectiblemente éste se habrá de reflejar. Y tal amor divino bien entendido, es traducido a modo de práctica eclesial, en la correcta ética del pueblo que conoce a su Dios. En cambio, lo que se suele ver en no pocas de nuestras congregaciones llamadas cristianas, es que la indiferencia se ha hecho amiga nuestra; y la comunión es pobre, porque existe un ciego individualismo, una frialdad afectiva, que hace que ese importante aspecto de colectividad sea mísero: porque cada uno es rico en sí mismo... Y aunque parezca que no, ésta es la experiencia de muchas de las iglesias de nuestro amplio y extendido mundo cristiano.

A la verdad, ir a la iglesia el domingo, para muchos, es solamente cumplir con el «mandamiento» establecido por un sentimiento de obligación religiosa que impone el *pequeño juez* que llevamos dentro; y tal subordinación dominguera parece tranquilizar nuestros sentimientos de culpa. Como bien cita la frase célebre: *«Hay mucha gente que imagina que el domingo es una esponja que limpia todos los pecados de la semana»* (H.W. Beecher).

En la evangelización

El pueblo de Dios, que posee la nueva vida en Cristo, está destinado a ser «sal» y «luz», y a mostrar el amor de Dios a este mundo caído. De modo que si no evangelizamos, estamos siendo infieles a nuestro Señor, incumpliendo su mandato, y a la vez descuidando nuestro llamamiento como hijos de Dios, haciendo de tal manera caso omiso al encargo de transmitir el preciado mensaje salvador. Y si es cierto que sólo el Espíritu de Dios puede iluminar al incrédulo, no es menos cierto que Él utiliza a su pueblo para poder hacerlo, procurando que su Palabra sea encarnada por aquellos que verdaderamente han creído en Él.

Una iglesia «evangélica» que no «evangeliza» está viviendo un importante contrasentido, que no puede ser otra cosa que la muestra de su ceguera; y por ello no logra distinguir uno de los cometidos más importantes por el cual ha sido creada: ser portadora del Evangelio de Jesús.

Con todo, se realizan congresos para fomentar la evangelización, y cada vez hay más ministerios evangelísticos, folletos, literatura... pero en realidad muy pocos mueven sus pies para practicar la ordenanza de Jesús; la tibieza nos hace ser neutrales al respecto.

Tampoco se trata de predicar sólo un Evangelio verbal, lleno de palabras «evangélicas» que la persona ajena al ámbito cristiano no entiende. El incrédulo debe conocer que somos discípulos de Cristo, principalmente por el amor de Dios transmitido a través de nuestro buen obrar; porque una predicación del Evangelio fría y solo informativa, por muy bien que esté expuesta, no posee ningún atractivo para el oyente. En esto, debemos comprender que un *evangelio tibio* es ignorado, cuando no rechazado por el incrédulo. En consecuencia, la predicación del Evangelio debe unirse a una vida ejemplar llena de amor que, en resumidas cuentas, brille por medio de nuestras acciones.

La mayor virtud evangelizadora se recoge en la sugerencia de nuestro Señor a sus discípulos: **«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Jn. 13:35).** Solamente Dios puede obrar en el corazón del ser humano, es verdad. Pero, somos nosotros, como instrumentos de su gracia, los que colaboramos en tan valiosa tarea. Por consiguiente, podemos aseverar que es nuestro fervor cristiano el que atraerá a los perdidos; es nuestra visión espiritual la que podrá iluminar al confundido mortal; es nuestro gozo el que hará despertar la inquietud de todo aquel que vive insatisfecho; y es nuestro verdadero interés por sus almas el que, a buen seguro, cautivará su corazón.

Visto el tema desde otro ángulo, hoy se confunde la evangelización eficaz con la sola obra social (sin dejar de ser importante): ayudar a los pobres y marginados, implantar misiones varias, instituir centros de reinserción social, y un largo etcétera. Todo ello es muy necesario, y forma parte de la evangelización práctica. Pero, sin embargo, lo sorprendente muchas veces es que se descuida la predicación del Evangelio de Cristo. Con la excusa del *evangelio encarnado*, las «obras» parecen ser suficientes para justificar nuestro silencio, y en cualquier caso ofrecer una imagen eclesial bondadosa, cubriendo de esta manera el hueco de «necesidad religiosa» que ha ido inculcando la Iglesia tibia a nuestro mundo cristiano.

Es cierto que la iglesia naciente del primer siglo tuvo «favor con todo el pueblo», como consta en Hechos 2:47, y debe seguir siendo así. Pero si leemos bien la Escritura, observamos que nuestros primeros hermanos en Cristo también denunciaron el pecado, anunciaron el Juicio final, y llamaron al arrepentimiento a todos los perdidos; presentando además el sacrificio de Jesucristo en la Cruz a favor de la Humanidad, y transmitiendo la gloriosa esperanza del inminente regreso de nuestro Señor.

Evidentemente, el Evangelio es para salvación, pero no sólo de los cuerpos en sus necesidades actuales, sino de toda la persona; teniendo éste un sentido fundamental de trascendencia eterna: salvación o condenación. Entendamos que Satanás, con su teología de la liberación, logra cierta ventaja –en su conquista personal–, pues sólo con cambiar los conceptos bíblicos sobre evangelización, consigue presentar un mensaje falseado del Evangelio; pues éste libera de las circunstancias adversas, a condición de que el corazón siga estando en esclavitud, conservando de esta manera el sello de la condenación por la eternidad.

Igualmente, a la *iglesia tibia* le es más cómodo ser aceptada por los demás a través de sus obras sociales y humanitarias. Y a veces lo hace con el propósito de que la sociedad no murmure, sino que hable bien de ella; pues no se atreve a presentar la verdad del Evangelio sin reservas, como lo hizo el Señor Jesucristo.

Y entre tanto Satanás se lleva incansablemente cada día miles de almas al infierno, mientras la Iglesia del Señor duerme en su plácida condición, sin distinguir esta triste realidad; y así transita reposadamente por este mundo perdido, sin apercibirse de que el cometido sigue siendo el mismo hoy que ayer: **«Me seréis testigos» (Hch. 1:8).**

En la enseñanza

Es verdaderamente ilustrativo el encuentro de Felipe con el etíope eunuco, y el diálogo que sostuvo: **«¿Entiendes lo que lees? Él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?» (Hch. 8:30,31).** Valga este relato bíblico, para comprender que la Palabra es el medio por el cual Dios mismo dirige al incrédulo hacia la verdad. Pero, además, siendo esto cierto, no nos olvidemos de que también con ella el Señor gobierna a su Iglesia, puesto que es el alimento por la cual la nutre, la sustenta y la dirige. Y así el pueblo cristiano vive la vida de Cristo al obedecer su Palabra.

Reparemos en el peligro: si la comunidad no es instruida en el camino correcto, no nos preocupemos, el mundo secular, o bien las corrientes extremas del Cristianismo, se encargarán de hacerlo. El problema, en este sentido, no es sólo la falta de enseñanza bíblica, sino que, como también ocurrió en Laodicea, nuestra particular ceguera no permite poner remedio a tal proceso de decadencia. Es triste observar cómo iglesias locales asisten, en una larga procesión fúnebre, al entierro de su propia vida espiritual: **«te vomitaré».**

Habría de causarnos cierta preocupación, al ver cómo la carencia de instrucción bíblica se evidencia en la gran desorientación, teórica y práctica, que existe entre los miembros de muchas comunidades. Como máximo son bautizados en el río, y luego... que se los lleve la corriente (de este mundo). Lo más frecuente hoy es lavarse las manos, tal como lo hizo Poncio Pilato; es sin duda lo más rápido para escabullir el bulto y desligarnos de posteriores responsabilidades incómodas.

Como ya hemos considerado, también existen pastores o líderes que proclaman un solo mensaje para sus miembros: ¡todo va bien! El pecado se ha introducido e impide el avance del reino de Dios, pero no importa, ¡todo va bien! El cáncer se va extendiendo por dentro sin que nos demos cuenta (la ceguera), hasta que acaba con la vida espiritual de la congregación (te vomitaré), convirtiéndose así en una iglesia estéril e inservible. Pero no nos preocupemos, ¡todo va bien! Y en los peores casos es la misma congregación la que consiente, implorando a los profetas de nuestro siglo: **«No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentira» (Is. 30:10)**; y todo ello para seguir alimentando nuestra cómoda tibieza. Pero, los creyentes no podemos ser complacientes con el engaño, porque la comunidad que tolera a los dirigentes tibios o fraudulentos, se hace cómplice de su pecado, y por tanto culpable delante de Dios.

Contemplando el tema desde el otro lado del péndulo, también existen líderes que si bien ofrecen abundante enseñanza a la iglesia, nunca se desprenden de la vara, dando varapalos a diestro y siniestro; creando una congregación más que «edificada», en todo caso «magullada». Porque la enseñanza, o bien la reprensión bíblica, debe hacerse siempre con verdadero amor. De no ser así, es muy difícil digerir cualquier instrucción, y por consiguiente la iglesia se convierte en un cuerpo herido y maltratado (muchas veces por culpa del legalismo cristiano).

Hechas todas estas precisiones, tengamos presente que si la congregación no es bien instruida en la Palabra, ésta no podrá vivir una experiencia de auténtico crecimiento espiritual, y en muchos casos se convertirá en una «guardería», donde constantemente se ofrece la misma leche de las bases doctrinales... Y ahí permanecen no pocos creyentes, impasibles, pasando el biberón de mano en mano, balbuceando, entre sollozos, y dormitando en su crónica infantilidad espiritual...

En la disciplina

La amonestación de Jesús a la iglesia de Laodicea fue principalmente para los líderes (al ángel de la iglesia), como ya hemos considerado. Y se supone que, más allá de comunicar el mensaje y darle aplicación personal, también se logra la efectividad cuando el cuerpo gobernante consigue aplicar disciplina y corrección en la iglesia local. Y al igual que procedió nuestro Señor, habremos de denunciar los graves desajustes en la iglesia, pues en tal caso no debemos seguir desviando nuestra mirada hacia otra parte, como si nada ocurriera. No fue así como obró el Señor de la Iglesia.

Toda enfermedad espiritual –como puede ser la tibieza– hay que detectarla, y en caso preciso, aplicar la buena disciplina bíblica en la congregación. Antes de que la iglesia quede descalificada, es preferible decir la verdad, aunque con ello se sufra, en caso necesario, el trauma consiguiente de la pérdida de miembros (caliente o frío).

Pese a ser cristianos e hijos de Dios, resulta de buen juicio reconocer que la maldad todavía se halla en nuestro código genético, que ha impregnado toda nuestra existencia, y que no podemos arrancarla por completo de nuestro ser. Entonces, no deberíamos ser indiferentes ante inclinación tan poderosa, ni tampoco ser ingenuos en cuanto al potencial de maldad que pueda existir en cualquier congregación llamada cristiana, máxime si también se hallan cristianos nominales, volviendo a la problemática de aquella iglesia. Desde el libro del Génesis ya se nos advierte del peligro: **«Porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud» (Gn. 8:21)**.

Recogemos aquí la sabia y práctica enseñanza de Jesús en el Evangelio: la «cizaña» en el campo de la iglesia hay que dejarla, porque podemos confundirla fácilmente con el trigo; pero se entiende que las *malas hierbas* –el pecado evidente que estropea el trigo– se deben arrancar por el bien de toda la comunidad. Es decir, el pecado de evidente tibieza no se puede tolerar en la iglesia. Es preciso denunciarlo, y así establecer normas bíblicas de prevención (lejos de liberalismos) para que no avance la enfermedad dentro de la comunidad y se extienda, protegiendo así el testimonio colectivo, y favoreciendo el buen funcionamiento de la congregación.

5. EL REMEDIO PARA LA RESTAURACIÓN

EL CONSEJO DEL SEÑOR

«Por tanto yo te aconsejo»

La frase **«yo te aconsejo»** representa una expresión de amor, de comprensión y de paciencia. Es la recomendación amable de un médico a su paciente. A la vez, subraya la enseñanza de que ante cualquier problemática en la comunidad, Jesús no permanece al margen, indiferente, sino que por el contrario sigue compadeciéndose de su pueblo.

Nuestro Señor no se ha mantenido en la distancia, inalterable, sin hacer nada ante nuestra pobre condición. Tampoco nos ha pagado con la misma moneda de ingratitud, sino que nos ha visitado, acercándose a nuestro corazón. ¿Y cómo lo ha hecho? Pues no como el Juez que castiga al culpable, sino como el Pastor amado que va en busca de sus torpes ovejas descarriadas. De ahí que sus palabras resuenen como un canto de esperanza en el corazón de los perdidos: **«Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido» (Mt. 18:11).**

De igual forma el apóstol Pablo quiso seguir el ejemplo de su Maestro. Así manifestó una verdadera actitud de amor y comprensión, escribiendo a los incorregibles corintios: **«Aunque amándoos más, sea amado menos» (2 Co. 12:15).**

Visto en el sentido opuesto, no es infrecuente ver cómo algunos creyentes mantienen durante largo tiempo resentimientos contra la iglesia, disgustados por la conducta del pastor, o por ciertos hermanos que no han correspondido como deberían. Pero, con esta equivocada actitud, acumulan ira en sus corazones, y de tal forma generan una perniciosa raíz de amargura interior. Aún teniendo toda la razón, no fue ésta la disposición de nuestro buen Pastor, y tampoco debería ser la nuestra.

Por lo demás, observamos que a pesar del comportamiento infiel de la iglesia, el trato de Jesús con su pueblo fue, y es, de infinita paciencia. Ante aquella situación de rechazo, el Rey y Soberano no respondió con ira, juicio o maldición; sino que advirtió, ofreciendo la solución de una forma amable y cariñosa: **«Yo te aconsejo»**. Igualmente no fue distinto el trato del Señor hacia la nación elegida: **«Y hasta las canas os soportaré» (Is. 46:4).**

Llama la atención la siguiente frase citada por alguien: **«La iglesia es el único hospital que fusila a sus heridos»**. Razón había en aquellas palabras tan ilustrativas, pues en ocasiones la crítica destructiva y las murmuraciones condenatorias que proferimos con nuestros labios, solamente consiguen rematar al hermano caído. No fue desacertado, en este aspecto, el consejo del apóstol: **«Más no lo tengáis como enemigo, sino amonestadle como a hermano» (2 Ts. 3:15).**

Haremos bien en recordar que el proceder de Jesús, ante su pueblo rebelde, se ha manifestado siempre a través de una actitud de amor y comprensión.

Que nuestra oración sea: ¡Gracias Señor por soportar mis grandes pecados, y por tu infinita paciencia para conmigo!

LA SOLUCIÓN ESTÁ EN JESUCRISTO

«Que de mí compres»

Aunque esta expresión puede resultar un tanto difícil de entender, el consejo que nos brinda el texto bíblico para la restauración espiritual de la comunidad, consiste en **«comprar de Jesús»**... La adquisición de nuestra salvación fue sin dinero, verdad es, pero para conseguir que dicha salvación obtenga un desarrollo adecuado, todavía debemos seguir *comprando* aquello que Jesús ofrece.

Razonemos aquí en clave de *cliente* y *vendedor*. En primer lugar, el cliente va a comprar porque se da cuenta de que carece del producto. En segundo lugar, acude al vendedor, reconociendo su escasez, y sabiendo que éste posee la mercancía que precisa. En tercer lugar, para poder comprar, obviamente tendrá que pedirle el producto, y así entrar en diálogo con el vendedor. Y de esta forma se cumple el texto bíblico: **«Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mt. 7:7)**. Es como si Jesús dijera: *–Yo soy el que tengo las mercancías que tú necesitas, ven a comprarlas, son gratis*. Se entiende que tales mercancías son esencialmente espirituales.

Si nos fijamos bien en la problemática de Laodicea, notaremos que ésta fue una ciudad muy comerciante, y por ello resultaba comprensible que la mirada de sus ciudadanos estuviera puesta en las mercancías que compraban y vendían. Por esta causa, desde la perspectiva eclesial, Jesucristo recomienda a su pueblo que antes de poner su atención en las *cosas*, o actividades, habrá de atender primero a su *Persona*. De forma que el creyente no debe mostrar su especial interés en las mercancías, sino en Aquel que las vende; ni tampoco en el precio que se ha de pagar, porque son gratuitas.

En definitiva, para alcanzar la verdadera riqueza espiritual, se requiere centrar la mirada en la persona de Jesús, el Vendedor, para recibir de Él toda gracia abundante: **«Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe» (He. 12:2)**. Así es como lograremos percatarnos de que Jesús no solamente es objeto de la fe, sino que ésta procede de Él, y asimismo la perfecciona en nosotros.

Debemos tener presente, en este punto, que todo lo que precisamos para el desarrollo de nuestra vida espiritual, lo recibimos de Cristo; que el devenir de nuestra existencia depende de Él; que el triunfo en nuestra vida cristiana se sirve de lo que recogemos de sus manos; que las obras que hagamos son vanas e infructuosas si Él no las fructifica; que cualquier actividad eclesial que realicemos carece de valor si su poder no nos acompaña... Y esta es la clave de una rica y abundante vida espiritual: nuestra relación con Cristo.

No olvidemos, por tanto, que la mano invisible de Jesús se muestra siempre dispuesta para levantarnos, fortalecernos, y ofrecernos las mercancías necesarias para nuestro completo bienestar espiritual. La amonestación de Cristo a su pueblo, es también aplicable para nosotros hoy: **«Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Jn. 5:40)**.

Lo lamentable de nuestro Cristianismo mal concebido, es que *hacemos tanto énfasis en la vida cristiana, que nos olvidamos del Cristo de la vida*.

UNA ADQUISICIÓN IMPERECEDERA

«Oro refinado en fuego, para que seas rico»

En ocasiones estamos tan preocupados por lo que debemos hacer para Dios, que no reparamos en lo que Dios quiere hacer por, en, y a través nuestro. Y si es cierto que lo que hacemos tiene un valor, todo es aceptado en tanto sea dirigido por el Espíritu Santo. Pese a toda buena obra, el hombre natural es «pobre», y nada tiene que ofrecerle a Dios.

Indudablemente la definición del texto bíblico citado se refiere a la riqueza espiritual, muy poco valorada en nuestra sociedad materialista. Además, el oro puro mencionado no representa necesariamente las acciones de los santos, pues el oro proviene de Cristo. Más bien significa la obra de Cristo a través de tales acciones; pues así es como Él debe presidir, dirigir, controlar, bendecir, y fructificar toda buena obra dispuesta para su gloria.

El oro de Cristo, en este aspecto, simboliza el fruto del Espíritu que impregna todas nuestras actividades, dándoles la calidad y el valor necesario para que resulten efectivas. De esta forma nuestra naturaleza humana se ve gratamente enriquecida por la acción divina. El mismo sentido se halaba en la respuesta del Señor al apóstol Pablo: **«Mi poder (el de Cristo) se perfecciona en la debilidad» (2 Co. 12:9)**.

Las obras del cristiano que han sido hechas por el poder de Jesús son de gran estima, porque son cual oro refinado, y adquieren un valor imperecedero, porque son hechas por y para Cristo.

De todos modos, la validez de las obras que permanecerán por la eternidad, tiene que ver fundamentalmente con la *calidad* y no con la *cantidad*. Así parece concebirlo el texto bíblico: **«Y si sobre este fundamento (Cristo) alguno edificar oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno (en particular) se hará manifiesta» (1 Co. 3:12,13)**. La pregunta parece inevitable: ¿Dónde estamos edificando?

En el sentido paralelo, y materialmente hablando, es preferible ser pobre en este mundo, inclusive pasar las necesidades más extremas, pero, sin embargo, poder disfrutar de la abundante riqueza que Dios, el Juez justo, nos entregará en aquel día glorioso, en la misma eternidad.

Recibamos con solicitud la recomendación de nuestro Señor: **«Haceos tesoros en los cielos» (Mt. 6:20)**.

LA JUSTICIA DE CRISTO

«Y vestiduras blancas para vestirte»

Como ya hemos sugerido, probablemente en la iglesia de Laodicea había cristianos nacidos de nuevo, y «cristianos» no regenerados por el Espíritu. Aceptando, por tanto, esta doble vertiente, nos permitimos la libertad de hacer una doble aplicación del texto:

Para salvación

Cristo es el único que puede ofrecer las **«vestiduras blancas»** para nuestra salvación, esto es, un corazón nuevo, limpio y renovado, delante de Él. Son las blancas vestiduras de la *justificación* que él ganó en la Cruz, las que pueden vestir a todo aquel que se acerca por la fe, arrepintiéndose de sus pecados y confiando en su obra expiatoria.

Reflexionemos en esta misma línea, dado que la situación de desnudez espiritual en la que se hallaba la iglesia en Laodicea, nos conduce a declarar con cierta lógica: ¡cuántos miembros de las iglesias llamadas cristianas necesitan realmente aplicar en su vida la justicia de Cristo! ¡Cuántas personas poseen apariencia de creyentes fieles, pero en realidad nunca han experimentado la verdadera conversión! ¡Cuántos cristianos (de nombre) han aprendido bien la lección bíblica, pero al parecer no han recibido al Espíritu! La amonestación del apóstol Pablo va dirigida en la misma dirección: **«Porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo» (1 Co. 15:34)**.

Agraciada resulta para el verdadero creyente la siguiente frase bíblica: **«Mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación» (Is. 61:10)**.

Para santificación

El destacado comentarista bíblico William Barclay, realiza la siguiente consideración: **«¿Qué significa este vestido blanco? Puede muy bien representar las cosas hermosas de la vida y el carácter que solamente Cristo puede ofrecer a los hombres»** (William Barclay, *El Apocalipsis*. La Aurora, 1975, 170). No parece irrazonable la propuesta del autor, que relaciona estrechamente el *carácter* con la *vestimenta*. Recogiendo el sentido metafórico, el vestido de Cristo habrá de ser la expresión visible de nuestra realidad interior, esto es, de nuestro carácter cristiano; de otra forma sería caer en el engaño. Por consiguiente, si nos llamamos *cristianos*, nuestro vestido espiritual habrá de reflejar necesariamente a Cristo.

Así pues, la justicia divina es *imputada* al creyente en la *justificación*, pero debe ser *impartida* en la *santificación*. Sólo por la justicia de Cristo podemos ser *salvos*, pero también sólo por la justicia de Cristo podemos ser *santos*.

Con verdadera conciencia les insta el apóstol Pablo a los miembros en la comunidad de Roma: «**Vestíos del Señor Jesucristo**» (Ro. 13:14). Luego, la persona que ha obtenido las «vestiduras blancas», que le cubren de *justicia verdadera*, debe seguir vistiéndose y así renovándose constantemente. Entendemos que sólo Cristo nos proporciona diariamente la blancura de un camino consagrado, donde la manifestación de toda vida redimida se evidencie a través del carácter manso y humilde que, para que tomemos ejemplo, el mismo Señor imprimió en su vida terrenal.

Vestirse de Cristo implica, entre otras cosas, la dependencia absoluta de su gracia. La cual se manifiesta especialmente cuando mantenemos nuestra comunión espiritual con Dios, a través de la meditación de la Biblia y la oración, principalmente, en espíritu de obediencia absoluta. Ello es lo que impulsará todo crecimiento moral y espiritual. Como resultado de tal proceso, se pondrá en evidencia el desarrollo de un nuevo carácter cristiano, en el sentido moral del concepto. Aclaremos que en su sentido psicológico el carácter no cambia, aunque sí se controla, moldea y ajusta, según los valores cristianos.

Definitivamente, todo el proceso de santificación en la vida del creyente, que en sí mismo constituye la «vestimenta cristiana», es gracias a la justicia de Cristo, y en ninguna manera a la nuestra propia.

LA VERGÜENZA DEL CRISTIANO CARNAL

«Y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez»

Recogemos aquí la frase bíblica «**vergüenza y confusión perpetua**» (Dn. 12:2), citada en el libro de Daniel. Y aquí la enseñanza se atribuye siempre al incrédulo; es la condena resultante de no haber aceptado la justicia de Cristo. Por ello, si miramos esta declaración bíblica desde una perspectiva futura, habrá *vergüenza y confusión perpetua* para aquellos incrédulos que no hayan adquirido gratuitamente las vestiduras blancas de salvación. Y también para todo cristiano nominal, no regenerado espiritualmente, como deducimos que pudo ocurrir en iglesia de Laodicea.

Ahora, en cierta manera, también el creyente podrá experimentar vergüenza cuando tenga que dar cuenta de su salvación en el Tribunal de Cristo, como cita 1 Juan 2:28: «**Para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados**». Se presupone que la vergüenza, en ese momento, consistirá en la *pesadumbre* que experimentará el cristiano *tibio* al pasar por el Tribunal de Cristo, por no responder al llamamiento celestial como debería. Éste sentirá la vergüenza de haber recibido la *salvación*, sin haber experimentado apenas la *santificación*. Entonces, el proverbio se cumplirá con todo el peso de su enseñanza: «**Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo**» (Pr. 13:18). Admitiendo una aplicación especial del texto leído, podemos mantener la idea de que en la vida venidera habrá creyentes que aún sin pasar necesidad, serán pobres (entiéndase el sentido), porque nada, o muy poco de valor habrán llevado para la eternidad. Por el contrario, también muchos disfrutarán de abundantes riquezas, por haber sido previsores, y llenado de forma generosa su depósito aquí en la tierra.

Dicho esto, es mejor reconocer nuestra desnudez ahora, que no ser descubiertos en aquel día, donde todos los cristianos habremos de dar cuentas de nuestra labor realizada en este mundo temporal.

Seguramente que en ocasiones nuestra inconsciencia no permite que veamos la propia desnudez espiritual... ¿Cómo conseguir, entonces, apercibirnos de ella? Ocurre que si nos comparamos con aquellos que nos rodean, probablemente no veremos nuestra deficiencia. En cambio, cuando elevamos nuestra mirada a Dios, y observamos su *grandeza*, entonces no tendremos por menos que reconocer nuestra *pequeñez*. Si logramos experimentar el *amor* de Dios en nosotros, y siempre por la vía del contraste, reconoceremos en seguida nuestra *falta de amor* hacia los demás. Es sólo cuando nos percatamos de su *perfecta santidad*, que logramos descubrir nuestra grave *pecaminosidad*.

La comparación con Dios es la que nos proporciona una perspectiva correcta de nuestra situación espiritual. Así, cuando desde nuestras limitaciones comprendamos el gran *poder* de nuestro Señor, veremos entonces claramente reflejada nuestra propia *debilidad*. Y en la medida que empezamos a recibir su *sabiduría*, con más intensidad evidenciaremos nuestra propia *ignorancia*. Y de esta manera, conectados con nuestra delicada imperfección, nos apercibiremos de la evidente desnudez propia, y será entonces cuando se produzca el deseo de vestirnos con el ropaje de su gracia.

No sirve de nada mantener el orgullo propio, pues éste contribuye a que cualquier cristiano permanezca inconsciente de la presencia divina, y asimismo del grave estado espiritual en que se encuentra delante de Dios. Así ocurrió con la iglesia de Laodicea.

A tenor de lo expresado hasta aquí, es preciso aplicar humildad, y reconocer toda desnudez espiritual. No dejemos que el vestido del orgullo se apodere de nuestra alma, creyendo que está bien abrigada; siendo así engañados por nuestra intransigente obstinación. Es el pecado del «orgullo», con toda seguridad, lo que hace que Jesús vomite de su boca al cristiano tibio. **«Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos» (Sal. 138:6).**

RECUPERANDO LA VISIÓN ESPIRITUAL

«Y unge tus ojos con colirio, para que veas»

Partimos sobre la base de que el hombre natural se halla imposibilitado para ver espiritualmente, y sólo la acción sobrenatural del Espíritu Santo (el colirio) en la mente y en el corazón del creyente, permite obtener un enfoque claro de la naturaleza humana, una comprensión adecuada de Dios, y una visión correcta de la vida cristiana.

El remedio para los miembros de Laodicea, al igual que para nosotros hoy, consistía en reconocer la propia ceguera espiritual, y continuación acudir al trono de la gracia divina, para poder ser ungidos con el *colirio invisible*, que representa la acción sanadora de Jesús.

La causa de la ceguera espiritual, en el caso que nos ocupa, no consiste en la ausencia de vista, sino en pensar que se ve, sin ver. Éste era el gran defecto de los antiguos líderes del pueblo de Israel: **«Si fuereis ciegos, no tendríais pecado; mas ahora porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece» (Jn. 9:41).** Definitivamente, todo cristiano afectado de tibieza logrará alcanzar una correcta visión, desde la dimensión espiritual, cuando reconozca que verdaderamente se halla ciego y que por sus propias fuerzas no puede recuperar la vista.

Las palabras del profeta nos recuerda el estado actual de buena parte del pueblo de Dios: **«Oíd ahora esto, pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye» (Jer. 5:21).** Ciertamente, la buena marcha de nuestra vida espiritual va a depender, en gran medida, de la visión y conocimiento que tengamos de Dios y de su obra. A saber, unos cristianos pueden hallarse espiritualmente ciegos, tal vez otros miopes, y algunos simplemente deben revisar su vista... En cualquier caso, reconocer la enfermedad oftalmológica es el primer paso para la completa curación. Y seguidamente, corresponde visitar al Médico amado, pues sólo Él puede restaurar nuestra incapacidad visual. Una vez resuelto el problema, no nos olvidemos de acudir a las periódicas revisiones del Oftalmólogo divino, para poder conservar nuestra visión espiritual en óptimas condiciones. **«Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego» (2 P. 1:9).**

Hemos visto que los laodicenses realizaban muchas acciones en la iglesia, pero al tiempo les faltaba algo no poco importante: visión espiritual. Conocida la resolución, recogemos aquí la frase del experimentado Job, cuando después de haber pasado por la dura prueba, exclamó a Dios: **«De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job. 42:5).**

EL AMOR DE JESÚS

«Yo reprendo y castigo a todos los que amo»

Resulta llamativo observar que en el texto griego no se utiliza la palabra «ágape» para traducir «amo», sino «fileo». Este vocablo griego nos habla de un amor cercano, cálido y a la vez tierno. Pese a la primera impresión de dureza, en la declaración de Jesús no se incluye el juicio de Dios a sus criaturas, sino más bien la amonestación afectuosa que le pueda hacer un amigo a otro.

El autor citado anteriormente sigue diciendo: «*Reprender es hacerle ver a la otra persona el pecado, con amor*». Destaquemos la palabra amor, y tomemos ejemplo los cristianos. La disciplina es necesaria, pero en ningún caso hay que dispensar un trato brusco, pues debemos saber que en muchas ocasiones la represión hecha sin amor, puede generar rebeldía.

Si alguna vez nos encontramos con la responsabilidad de tener que reprender a alguien, vayamos con cuidado de no aplicar la teología del *garrote*, sino la teología del *amor*. Si nuestro Señor nos *reprende*, sin duda es para evitar la consecuencia del pecado, y si nos *castiga*, es para nuestra corrección. Es siempre un acto de verdadero amor hacia su pueblo, y en ningún caso de odio o rechazo. Por consiguiente, no descuidemos la corrección, **«porque Jehová al que ama castiga» (Pr. 3:12)**.

El comentarista nos recuerda una sencilla enseñanza ya conocida, pero que posee clara aplicación en el orden de la vida espiritual: «*Un hecho de la vida es que no hay manera más segura de arruinar el futuro de un niño que permitirle hacer lo que se le antoja*» (William Barclay. O.p.citada, p.172). Es cierto, si el Señor nos tratara como a caprichosos infantes, sólo conseguiría fomentar nuestro egoísmo y alejarnos cada vez más de su presencia. Y, para que no se produzca esta malsana condición, el propósito de su buena intervención disciplinaria, tiene como objetivo no añadir más juicio a nuestras personas, puesto que como se sabe la paciencia de Dios tiene un límite.

Necesitamos obtener una perspectiva correcta, no sólo de un Dios bonachón y permisivo, que todo lo perdona, cuya condescendencia no tiene límite, y cuya paciencia es hasta el infinito (aunque esto es cierto). Sino que hemos de recuperar la visión de un Dios santo, justo, que no acepta el pecado en ninguna forma, que se ofende con sus hijos rebeldes y se enoja contra su pueblo desobediente. Es el Dios de toda justicia quien debería de infundirnos un temor santo; no un miedo infernal, desde luego, sino el respeto y la reverencia absoluta que nos impulse a conducirnos en sometimiento a Él. **«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios» (1 P. 4:17)**.

No podemos obviar la corrupción espiritual que pueden vivir innumerables iglesias, por falta de represión y disciplina. Y esto, entre otras causas varias, es debido principalmente a que no se denuncia el pecado, ni las malas costumbres; como tampoco se instruye a la iglesia eficazmente, ofreciéndole la orientación necesaria para guiarse correctamente en los caminos del Señor. La verdad es que hoy casi todo se consiente, y cada cual actúa independiente y bajo su libre criterio personal. Así ocurrió en la iglesia de Laodicea.

Resumiendo lo hasta aquí expuesto, podemos concluir con la siguiente mención: Instruir, reprender, rectificar, enseñar... con el objeto de evitar una parálisis espiritual en la iglesia, debe representar siempre un acto de amor hacia el pueblo de Dios.

6. UN ENCUENTRO CON JESUCRISTO

LAS CONDICIONES

Una decisión por Cristo

«*Sé, pues, celoso*»

El término «**celoso**» también se puede traducir por «fervoroso»: condición indispensable para salir de la tibieza. Viene a expresar la decisión valiente del cristiano que considera cuán importante en su vida es cumplir fielmente con la voluntad de Dios.

Ser *celoso* o *fervoroso*, implica situar nuestra relación con Dios como la máxima preferencia en la vida. El celo que el cristiano debe mostrar, pues, no es otra cosa que un verdadero interés manifiesto por vivir la vida de Cristo. Es el deseo ardiente que Dios provoca en nuestros corazones cuando le entregamos la vida de forma completa, negando nuestra voluntad para cumplir con la suya. No solamente es reconocimiento de nuestra tibieza, sino también la reafirmación de nuestro propósito.

En el sentido opuesto a lo expresado, observamos la gran despreocupación que existe hoy entre los cristianos por reavivar la vida espiritual. Nuestro interés por lo terrenal y nuestro descuido por lo celestial, se hace cada vez más evidente. Ya no valoramos apenas nuestra comunión con Jesús.

Hemos de advertir que entre los laodicenses existía una clara ausencia de celo. La apatía y el desasosiego espiritual formaban parte íntegra de la vida eclesial, y sus prácticas religiosas se propagaban solamente a modo de costumbre dominical. Seguramente descuidaron el siguiente texto bíblico: «**Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos**» (He. 2:1).

En el mismo sentido, y realizando una correspondencia sobre el fútbol –este deporte tan idolatrado–, podemos hacer llegar la experiencia de algunos cristianos que, extasiados por la euforia futbolística, gritan fervorosamente cuando observan un partido de fútbol. Unas veces mostrando su cólera por los errores de los árbitros, otras dando saltos de alegría cuando su equipo favorito consigue un gol... Pero, en cambio, sus corazones son inmutables ante las injusticias de la vida, y sus rostros inexpresivos a la hora de cantar alabanzas a Dios; sus palabras frías cuando se trata de orar, y no mayor es su pasión al escuchar el mensaje de la Escritura...

Lo cierto es que cada uno muestra «su celo», o expresándolo de otra manera, pone su «máxima atención» en lo que le interesa, en aquello a lo que otorga más valor: bien sea el fútbol, la música, el arte, y demás intereses.

Distingamos el proceso de la vida cristiana, pues el crecimiento personal, el grado de espiritualidad, la madurez cristiana, y la calidad en el servicio a Dios, dependerá en mayor o menor medida del nivel de entrega que cada uno determine. Por ello, la recomendación de Jesús a mostrar celo, contiene principalmente un toque de atención a despertar, a examinar nuestro actual estado espiritual, a tener muy en cuenta quiénes somos y en qué lugar de la vida cristiana nos encontramos.

Cuando los creyentes, en determinación de ser *celosos*, le abrimos la puerta del corazón a Dios, es entonces cuando Él llena de fervor nuestro espíritu, de poder nuestra vida, de gozo nuestro corazón, y asimismo de calidez espiritual todas nuestras obras. Entendemos que el Señor capacita al cristiano, concediéndole los recursos necesarios para poder llenar su vida de calidad espiritual. Sin embargo, todo esto es así en tanto que el cristiano tome la decisión, en su libertad, de entregarse por entero a Dios, acatando su voluntad por encima todo; y con las implicaciones que ello comprende: perder la propia vida para ganar la vida de Cristo, principalmente.

El celo, o fervor espiritual, es condición esencial para que todo lo demás tenga sentido. Aunque, ahondando en el mismo pensamiento, y visto el tema desde un enfoque equilibrado, no podemos confundir el *fervor* con las *exaltaciones* irracionales, el *celo* santo con el *éxtasis* disparatado, la *santidad* con el *fanatismo*, o el *ardor* equilibrado con el *frenesí* de las sensaciones. En contra de lo que algunos cristianos extremistas pueden practicar, afirmamos que lo que hoy necesitamos es *pasión duradera*, no *acaloramientos momentáneos*.

La idea de *fervor* o *celo*, es más bien una pasión tranquila y serena por descubrir cada día los tesoros de la Palabra de Dios, por predicar las *buenas nuevas* del Evangelio, y sobre todo por ser consecuentes con el ejemplo de la vida de Cristo. Pablo se califica a sí mismo **«celoso de Dios»** según Hechos 22:3. Y al *celo de Dios* debe proseguir el buen obrar, como consecuencia lógica. Así parece recomendarlo en su carta a Tito, el responsable de la iglesia en Creta: **«Y celoso de buenas obras» (Tit. 2:14)**.

Sintetizando de forma sencilla lo expuesto, aprendemos que *«tener celo»* se corresponde con el deseo y la buena actitud de amar a Dios sobre todas las cosas, e intentar cumplir fielmente con su voluntad.

Visto lo visto, podemos constatar que a *las obras sin fervor, sobreviene tibieza manifiesta*.

Un arrepentimiento sincero

«Y arrepíentete»

Intentamos responder a la eterna pregunta: ¿A quién va dirigido este mandamiento? ¿Es para creyentes o para inconversos?

Si Jesús llama a la «iglesia», debemos deducir que algún cristiano habitaba en aquella iglesia. Si bien pensamos que el mandamiento explícito sobre el arrepentimiento, en este pasaje, era para los creyentes –para los cristianos auténticos–, indicando arrepentimiento «de la vida tibia» que llevaban, también debemos incluir, por derivación, a los cristianos nominales (sólo de nombre); suponiendo que también tomaban parte de la misma comunidad, por lo que no se descarta la posibilidad de aplicar el texto para los no convertidos.

A este respecto, comprendamos que en cierta manera un incrédulo no puede ser tibio: está muerto espiritualmente. Pero, por otro lado, bien puede participar de la tibieza que en tal caso la iglesia le proporciona. Por ello, el mensaje de Cristo se orientaba para la comunidad en general, y también para cada uno de sus miembros, en particular.

Con esta buena disposición, es preciso destacar el popular Salmo 51, como referencia para cualquiera que necesite unas pautas de arrepentimiento. Son las palabras de un creyente abatido por su pecado: **«Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Sal. 51:3,4)**. Arrepentirse significa negarse a sí mismo, decir «no» a las motivaciones individuales y a todo interés personal que no se avenga a la buena voluntad de Dios. Un cambio interior de *mente* y de *conducta*, es la condición primero y la consecuencia después.

Parafraseando el mensaje de Jesús, parece como si el texto dijera: *–No importa si alguna vez has sido salvo, si has conocido verdaderamente a Cristo; arrepíentete como si nunca lo hubieras hecho, como si comenzaras una nueva vida, como si tomaras la decisión hoy mismo, disponiendo así tu camino bajo las directrices de Dios.*

Lo asombroso, en este punto, es que la comunidad de Laodicea había cambiado de conducta, de ética, pero sin embargo ésta no venía guiada por el arrepentimiento. Y visto desde una perspectiva bíblica, no puede haber ética cristiana válida, si no existe un verdadero arrepentimiento.

Resulta interesante analizar la forma imperativa del término «arrepentirse», pues el texto griego parece indicar un *estado* y no solamente un *acto*. Es un acto puntual, cierto, pero también es un estado permanente. Se trata de romper con el pasado y comenzar de nuevo para «vivir como un arrepentido» (éste es el sentido correcto), y no de un hecho puramente superficial. El arrepentimiento es un *cambio* de mentalidad, reflejado además en un *cambio* de disposición del corazón, que repercute, a la vez, en un *cambio* de ética.

Sería conveniente hacer nuestras las palabras del sacerdote Esdras: **«Y dije: Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo» (Esd. 9:6)**. Es verdad, tenemos que pedir perdón a nuestro Dios por tantas cosas que le ofenden: por descuidar a la persona de Jesús, por desatender su voz, por nuestra indiferencia hacia Él, por la falta de amor hacia nuestro prójimo; ciertamente la lista sería muy larga.

Tal vez alguien podría pensar que ya un día se arrepintió de sus pecados, en el momento de su conversión a Cristo. Pese a ello, la condición correcta del corazón del creyente a lo largo de toda su vida, es conservar una «actitud permanente de arrepentimiento».

Sepamos, sobre lo dicho, que no se producirá un auténtico avivamiento en la iglesia, si primero no hay un verdadero arrepentimiento. Así que, *no se debe cambiar la ética, sin cambiar el corazón*.

EL LLAMAMIENTO

«He aquí, yo estoy a la puerta y llamo»

Ocurre que el cristiano que practica el pecado de la *tibieza*, puede asistir al culto, leer la Biblia, orar, predicar... y, al mismo tiempo, abandonar a Jesús.

Desde la experiencia comunitaria, la expresión **«a la puerta»** indicaría que el Señor ha quedado fuera de la iglesia local, por haber sido excluido de ésta; por lo tanto, su «presencia activa» permanece desligada de toda práctica eclesial. La congregación, pues, ha rechazado al Rey y se ha sentado en el trono. La prioridad ya no es el Señor de la iglesia, sino, en todo caso, la iglesia del Señor.

Aunque algunos puedan pensar lo contrario, el Evangelio no es una disertación sobre la Biblia, es Cristo mismo viviendo en nuestro ser; y si Cristo está a la puerta, nos preguntamos, ¿qué Evangelio se está predicando? Si la iglesia de Laodicea echó fuera a Cristo, no nos parezca extraño que también hoy esté a la puerta de muchas congregaciones. Así también ocurrió en el pueblo de Israel: echaron a los profetas y rechazaron el mensaje de los que predicaban la verdad de Dios. **«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!» (Mt. 23:37)**. La reprensión del Señor Jesús a su pueblo, contiene una enseñanza paralela.

No obstante, la manifestación **«yo estoy a la puerta»**, también pueden comprender la idea de que Jesús sigue estando cerca de la comunidad, del corazón de sus miembros, y por consiguiente todavía hay esperanza.

La expresión **«y llamo»**, nos hace comprender que cada cristiano tibio, que está a punto de ser vomitado, de alguna manera es llamado por el Señor y amonestado, para que vuelva arrepentido, y así pueda ser perdonado y restaurado. No valen las excusas, pues todos, desde la poca o mucha luz, saben lo que tienen que hacer. Ahora bien, si nos encontramos en la misma situación que los creyentes de Laodicea, y así nos resistimos a tan sublime llamamiento, no dudemos que la firme admonición se cumplirá: **«Te vomitaré»**. Ésta es una advertencia demasiado seria como para ignorarla; una llamada apremiante hecha desde el cielo por el mismo Señor Jesús, contemplada hoy como oportunidad única para recuperar la comunión con Dios, recibir el perdón, y experimentar la buena y necesaria renovación espiritual. Es un llamamiento claro a doblegar nuestra voluntad bajo el yugo *suave y ligero* de Jesús.

Qué generoso se muestra nuestro Señor, que soportándonos hasta agotar su paciencia, nos ofrece hoy la oportunidad para poder arrepentirnos y levantarnos del estado de postración espiritual en el que tal vez hoy podamos encontrarnos.

LA COMUNIÓN CON CRISTO

«*Si alguno oye mi voz*»

El Espíritu de Cristo se revela al lado de cada corazón, porque definitivamente la iglesia son las personas, y no el templo. Y de forma personal e intransferible, hace que su voz sea escuchada a través de su Palabra viva y eficaz. Pero, ocurre, como cita Jesús en Mateo 13:15, que **«oímos con los oídos pesadamente»**, y por ello a veces nuestro corazón parece no inmutarse ante el mensaje del Señor.

«**Si alguno**», expresa que el *llamamiento* se convierte en un aviso de tipo individual para cada creyente. Como hemos enfatizado en el apartado anterior, en último término no existe pretexto para ningún cristiano. Podemos asegurar que el texto de El Apocalipsis todavía sigue vivo, perseverado como un toque de atención a lo largo de la historia de la Iglesia. Y al igual que el juicio fue ejecutado en el antiguo pueblo de Dios, no dudemos que también hoy se cumplirá en aquellos cristianos que deciden permanecer en la tibieza, incluidas las congregaciones rebeldes a la urgente llamada de Jesús. Desde la antigüedad resuena la admonición bíblica: **«Así cumpliré en ellos mi enojo» (Ez. 6:12).**

Pongamos hoy atención a su voz, no sea que mañana sea demasiado tarde, pues sólo así podremos evitar las consecuencias que acarrea toda desobediencia a su seria amonestación: **«Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo... y no oyeron ni inclinaron su oído; antes caminaron en sus propios corazones, en la dureza de su corazón malvado, y fueron hacia atrás y no hacia delante» (Jer. 7:23,24).**

Ningún creyente es ignorado por el Salvador, por lo que cualquiera que se halle afectado de tibieza espiritual, tiene hoy la oportunidad de escuchar su voz. La exhortación bíblica sigue estando presente: **«Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones » (He. 3:7,8).**

«*Y abre la puerta*»

Todos los cristianos *tibios* son llamados por Jesús, y de forma paralela, también entendemos que todos tienen la oportunidad de abrirle la puerta. Ahora bien, permaneciendo en una iglesia tibia, es cierto que el creyente puede quedar impedido y limitado en su actuación cristiana, por estar adherido a un cuerpo *enfermo*. Sin embargo, éste podrá ser fiel (en lo poco) dentro de sus restricciones, y el Señor no le pedirá más responsabilidades de las que pueda sobrellevar. Si bien, esto no debe servir de justificante para cerrarle la puerta a Jesús, sino para expresar una mayor confianza en el amor y la fidelidad de nuestro buen Pastor, dado que Él tiene cuidado de sus hijos, como bien subraya el texto: **«Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado dado de vosotros» (1 P. 5:7).**

Abrirle la puerta a Jesús, es considerar su Persona como la prioridad más elevada; es otorgarle el derecho a gobernar nuestra vida, a tomar las riendas de nuestra voluntad; es estar dispuestos a servirle de corazón en todo lo que Él disponga.

Si es cierto que el inconverso debe abrir la puerta de su corazón a Jesús para ser *salvo*, no menos cierto es que el creyente también debe seguir haciéndolo para ser *consagrado*. Y no es posible abrir la puerta a Jesús, si nuestros intereses personales, familiares, o inclusive eclesiales, privan sobre los verdaderos intereses del Reino de los cielos.

Si reparamos bien en la expresión «abrir la», notaremos que la idea no es abrir «una», sino «la» puerta de entrada –la principal–, que es la puerta del hogar de nuestro corazón, donde radica el ser interior. Y con ello también el propósito de que Jesús llene y gobierne todas las áreas de la vida, para que del tal forma Él pueda ser el Señor y no tan solamente el Salvador.

«Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»

«Entraré a él», resulta una expresión ciertamente difícil de interpretar. Podemos entender que, en cuanto al creyente, esta declaración significa: para «estar con él», y no «dentro de él», es decir, está hablando en primer término de la restauración del creyente, esto es, volver a retomar la comunión espiritual con Dios. Aun siendo así, también entendemos, como ya hemos visto, que posee además una evidente aplicación para el incrédulo.

Volvemos una vez más a reiterar lo dicho: el significado de la vida cristiana no consiste sólo en realizar buenas obras, sino principalmente en la actuación de Cristo a través de ellas. Tal como lo indicó el apóstol Pablo a los creyentes de Éfeso: «**Para** (propósito) **que habite** (actúe) **Cristo por la fe en vuestros corazones**» (Ef. 3:17). Así que, unidos a Cristo tenemos las garantías suficientes de vivir la vida con total seguridad, con plena certeza, y en plenitud espiritual.

«**Cenaré con él y él conmigo**». Tanto en el ámbito hebreo como en el griego, la cena era la última comida del día laboral; y ésta permitía descansar de la dura jornada de trabajo, siendo una buena ocasión para practicar la comunión y regocijarse juntos en familia. Ésta es la idea, recogida del ejemplo cotidiano, que sirve para expresar la verdadera comunión con Jesús.

Por otra parte, la afirmación «**y él conmigo**», conlleva la enseñanza de que Jesús pasa de ser un simple invitado en nuestro hogar, a ser el verdadero anfitrión. Porque es Él, Dueño y Señor, quien ha de tomar posesión de nuestro corazón, para ordenarlo, restaurarlo y gobernarlo. Es entonces cuando nos daremos cuenta de que los invitados somos nosotros, de que la cena es suya, y la casa también.

Tanto la salvación de los incrédulos, como la restauración de los creyentes, se produce de forma instantánea cuando entramos en contacto espiritual con Jesús. Así Él toma de la mano a todo creyente caído y lo levanta. La acción es inmediata, y al momento se origina el milagro. Seguidamente comporta todo un proceso donde Jesús, como Rey soberano, deberá tomar necesariamente el señorío de la vida cristiana: «**Y él conmigo**».

Traemos otra vez a la memoria el siempre recordado aguijón de Pablo, y la respuesta del mismo Señor: «**Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad**» (2 Co. 12:9). El texto bíblico no contiene sombra de oscuridad: es Cristo mismo el que ofrece la gracia y el poder, perfeccionando en todo momento al creyente, cuando éste se sitúa en debilidad.

El texto de El Apocalipsis, citado en forma de promesa, nos enseña que el verdadero cristianismo no consiste en una religión, sino en un estado de *comunión fraternal* con Dios, a través del Espíritu Santo que mora en nuestros corazones. La voz se escucha en el momento en que entendemos el mensaje, porque el Espíritu hace viva su Palabra en el corazón del oyente. La decisión consecuente es nuestra: abrir o seguir cerrando la puerta a Jesús.

En la medida en que el Señor mantiene su acción benéfica en nosotros, al tiempo se produce un estado de renovación interior, en el cual el Espíritu origina los «**ríos de agua viva**» (Jn. 7:38) prometidos en su Palabra. Y es entonces cuando la paz de nuestro Señor –que sobrepasa todo entendimiento– llena el corazón del cristiano comprometido. En tanto Dios ocupe el «centro» invariable de la vida de creyente fiel, la metáfora de la «cena» se hará una evidente realidad. «**Porque ninguno de vosotros vive para sí... Pues si vivimos, para el Señor vivimos**» (Ro. 14:7,8). Por tanto, la experiencia de vivir en Dios o fuera de Él, es lo que va a determinar una vida llena de fruto, o por el contrario vacía y sin sentido.

No hay lugar para las dudas, vivir por y para el Señor, constituye la máxima satisfacción que puede alcanzar a experimentar todo creyente en su breve paso por este mundo.

7. REPERCUSIONES DE ETERNIDAD

En declaraciones a una cadena de televisión, un ex ministro español, rector de una destacada universidad de Barcelona –España–, hombre afamado y respetado por todos, respondía a la pregunta de un periodista, en cuanto a la situación democrática del país, diciendo: *–Estoy muy tranquilo, y voy a disfrutarla, porque pienso vivir 105 años* (palabras exactas). Al cabo de pocos días de esta declaración, la persona sufrió un atentado terrorista que acabó con su vida. Este suceso trajo a mi mente la historia del rico que se relata en el evangelio: **«Diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma...»** (Lc. 12:19,20). Al parecer, este distinguido personaje gozaba de una elevada posición, preparación académica y reconocimiento honorífico. La popularidad, el dinero y bienestar, eran elementos que presidían su incesante vida. Hombre reconocido y querido por el pueblo... en segundos quedó reducido a la nada. ¡Qué absurda es la vida! Estaba preparado para todo, menos para morir, tanto que en su plena ingenuidad afirmó alegremente: «viviré 105 años», cuando nadie es dueño de su alma, si bien **«Dios ha puesto los límites de la habitación del hombre»**, como cita Hechos 17:26, y **«toda alma es suya»**, según Ezequiel 18:4. Éste es claro ejemplo de fragilidad humana, añadido a otros muchos, donde se resalta la ignorancia del ser humano y su visión temporal de la existencia. Entre tanta inconsciencia, corresponde una detenida reflexión sobre los aspectos temporales de la vida, para que con mayor sensatez, la «perspectiva de eternidad» se haga más presente en la mente de todo cristiano.

No podemos olvidar, como creyentes, que la condición de nuestra existencia es perpetua, y por lo tanto la postura más sabia en esta vida temporal, es mantener una constante y adecuada valoración de eternidad. Así parecía tomar conciencia el maestro de la alegoría, Orígenes: *«Porque a medida que crece el entender del alma, más se familiariza con las cosas divinas y le es dado discernimiento con que distinguir lo eterno de lo temporal, lo perecedero de lo que dura siempre»* (Orígenes, *Escritos Espirituales*. BAC, 1993, 25).

UNA DECISIÓN PERSONAL

«Al que venciere»

Seguimos con la misma orientación: sólo el que tiene a Cristo en su corazón ha vencido, porque sin duda Él es el Vencedor. Y siendo esto cierto, no obstante la declaración **«al que venciere»**, para el cristiano también comporta una acción de lucha constante, que se habrá de librar en el devenir de la vida cristiana.

Si bien es verdad que somos nosotros los que debemos luchar, es Cristo quien nos capacita para vencer al pecado, y en lo posible evitar sus terribles consecuencias. A saber, el pecado se manifiesta a través de nuestros tres grandes adversarios. En primer lugar por medio de nuestro propio impulso pecador. Así, la condición del Señor Jesús para poder *vencer*, apunta a la idea de renunciar a nuestro «yo»: **«Niéguese a sí mismo»** (Lc. 9:23). En segundo lugar, se manifiesta en forma de los valores materialistas que nuestra sociedad nos proporciona, en contraposición a la fe. Las palabras del apóstol Juan, muestran la victoria sobre el mundo por medio de nuestra confianza en Dios: **«Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, vuestra fe»** (1 Jn. 5:4). Y en tercer lugar, a través de nuestro incansable incitador del mal: Satanás. Y para *vencer* a este peligroso adversario, el consejo del apóstol Pablo se dirige a que nos mantengamos **«firmes contra las asechanzas del diablo»** (Ef. 6:10).

Pensando en ello, causa una grata satisfacción saber que todavía existen cristianos que vencen, porque siguen luchando legítimamente. Aunque, por otro lado, también los hay que aun gozando de la victoria de Cristo, son derrotados, porque se han dejado vencer por los afanes de este mundo. La recomendación es bíblica: **«No seas vencido de lo malo» (Ro. 12:21).**

Contemplando el asunto desde el ámbito eclesial, es preciso resaltar la importancia de nuestra responsabilidad, al presentir que innumerables congregaciones han sido «vencidas» en nuestro llamado mundo cristiano. Y podemos señalar, entre otras causas principales de este fracaso, la falta de apertura a la «renovación» como elemento importante en la victoria de la iglesia; ya sea producida por los prejuicios, los miedos, las tradiciones, o por otras malogradas formas de concebir la vida cristiana. Por ello, la idea de «vencer» conlleva una actitud de valentía, de disponibilidad a sufrir las consecuencias de ser un verdadero cristiano en nuestro *cristianizado* mundo.

Si hacemos nuestra la declaración del apóstol Pablo: **«Estimo todas las cosas como pérdida» (Fil. 3:8)**, tal vez nos puede dar la sensación de transitar por este mundo como perdedores. Por el contrario, aún teniendo esta sensación, el cristiano habrá de vivir con la noble dignidad de un vencedor, en función siempre de la victoria de Cristo: **«Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (Ro. 8:37).**

Pero, si marchamos en dirección inversa, desde una postura de cobardía, lo único que conseguiremos es impedir la labor que Dios desea hacer, tanto dentro como fuera de la comunidad. Pensemos en ello, porque debido a nuestro corazón estropeado, en ocasiones resulta inevitable experimentar dudas y temores, y por momentos nos podrá embargar un sentimiento incomprendido de cobardía. Sin embargo, a pesar de los sentimientos de animadversión que podamos albergar, tengamos por seguro que la decisión habrá de ser firme: «al que venciere». Así, todo sentimiento o emoción contrapuesta, ha de someterse al control Espíritu, adoptando en todo momento una postura de valentía. Acertadas aquí son las palabras del escritor francés Ernest Legouvé, cuando afirmaba: **«La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado».**

De manera que, los valientes no solamente reciben a Cristo, sino que también toman la cruz y le siguen. Por ello sólo los valientes serán proclamados «vencedores» en la eternidad. La decisión se relaciona con la propia voluntad del creyente: o vence, o se deja vencer. Vive en victoria o en constante derrota. No hay término medio.

Recojamos la enseñanza del texto sagrado, y observemos que al fin de sus días Pablo pudo expresar con plena satisfacción: **«He peleado la buena batalla (sentimiento de victoria), he acabado la carrera (experiencia de triunfo), he guardado la fe (grata impresión del cumplimiento de su deber). Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día» (2 Ti. 4:7,8).**

EL GALARDÓN

«Le daré que se siente conmigo en mi trono»

Bien podríamos pensar que en la presente declaración de Jesús, el galardón representa solamente la salvación en su aspecto futuro, en la eternidad. Pero, si esto fuera cierto, nos encontramos ante la dificultad de que el contexto del libro se contradice con el propio texto: **«Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Ap. 22:17)**; e igualmente con toda la analogía bíblica acerca de la Redención, presente y futura, en Cristo Jesús.

Parece razonable aceptar que Cristo mismo otorgue los reconocimientos eternos cuando así tomamos la firme determinación de vivir para Él. Sería injusto que el pago fuera el mismo para los cristianos infieles, que para aquellos mártires que dieron su vida por Jesús. Y la idea aquí no es tanto el pago por un trabajo, ni mucho menos el precio de nuestra salvación, sino que es la consecuencia de la misma vida cristiana que se extiende hacia la eternidad. Así, el grado de bendiciones en el Reino de los cielos, irá en función del grado de servicio y consagración aquí en la tierra.

La entrada a la «nueva tierra» es aguardada por todos los verdaderos creyentes. Sin embargo, habrá algunos que entrarán de forma muy ajustada. Como bien hace constar el texto bíblico, el Señor concederá *entrada amplia* en el Reino eterno al cristiano fiel y valiente: **«Porque de esta manera (haciendo firme la vocación con la que hemos sido llamados) os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 1:11)**. De esta forma, los vencedores disfrutarán de una generosa entrada en el futuro Reino. Pero, en sentido inverso, los vencidos entrarán de manera muy estrecha en el citado Reino eterno.

«Sentarse en el trono de Cristo» significa obtener una entrada holgada en el Reino de Dios, y participar de la autoridad que el Todopoderoso delegará en la eternidad, recibiendo por su gracia una posición de mayor privilegio. Es, en definitiva, disfrutar aún más de la grandeza de Cristo, en comparación con otros cristianos que lamentablemente se han dejado vencer.

En relación con la eternidad, el apóstol Pablo pareció tener muy claro el presente concepto. Dirigiéndose al joven Timoteo, le expuso la causa y el efecto: **«Si sufrimos, también reinaremos con él» (2 Ti. 2:12)**.

Conviene prepararnos, pues, para vivir la eternidad con la mayor dignidad posible, como herederos de la gracia junto con Cristo; comprendiendo bien que la posición que recibamos en el futuro Reino de Dios, dependerá de nuestra manera de obrar aquí, en el presente mundo. En aquel día será imposible cambiar todo aquello que hayamos hecho mal, o dejado de hacer bien. El texto de El Apocalipsis así parece indicarlo: **«Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... porque sus obras siguen con ellos» (Ap. 14:13)**. Con todo, muchas buenas obras semejantes al heno y a la hojarasca, serán quemadas. Pero, pequeñas obras llenas de amor, y reforzadas con el oro de Cristo, se mostrarán imperecederas en aquel glorioso día.

Hacemos bien en considerar que *todo lo que hagamos en este mundo, tendrá una repercusión en la eternidad*.

EL MODELO ES JESÚS

«Así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono»

Todo discípulo habrá de seguir el ejemplo que Jesús nos dejó en su vida terrenal: **«Así como yo»**. Recapitemos en las implicaciones del texto, porque Jesús ha vencido, no sólo porque haya ganado nuestra salvación, sino porque además cumplió hasta el final con la expresa voluntad del Padre.

Reforzando la idea ya expuesta en el apartado anterior, entendemos que también vencemos de la misma forma como venció Jesús. **«Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» (He. 5:8)**. El concepto es claro: si queremos vencer, pues, debemos aprender a ser cristianos obedientes. Entendamos bien el concepto de obediencia, porque en ningún caso equivale a perfección absoluta. Más bien, la enseñanza aquí va del todo orientada a mantener una buena «actitud de obediencia» a Dios.

Recordemos que en calidad de hombre, Jesús venció, porque fue obediente hasta la Cruz, porque aceptó la voluntad del Padre: **«No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn. 5:30)**. Nos preguntamos, entonces, ¿buscamos nosotros, en realidad, hacer la voluntad del Padre en todos los aspectos de nuestra vida?

Por lo general, los cristianos consecuentes con la fe que profesan, suelen sufrir una presión tan intensa, que a veces han de hacer un gran esfuerzo para no rendirse. Pero, a pesar de las adversidades, estamos llamados a vencer *por la fe* y a mantenernos en victoria, recibiendo en todo momento las fuerzas que Dios nos ofrece. Así que, cuando nos disponemos a obedecer a Dios, en actitud de confianza absoluta, es cuando realmente *vencemos*. Por el contrario, Laodicea fue vencida por el hedonismo, la hipocresía y el materialismo, dando lugar a la tibieza más detestable.

En definitiva, **«vencer»** significa obedecer a Dios, conocer su Palabra, practicar sus mandamientos y confiar en sus promesas.

Por lo demás, la propuesta de Jesús no es para andar en camino de rosas. A veces la senda resultará ser estrecha, la ruta incómoda, los valles tortuosos y difíciles, y desde luego el recorrido no estará exento de dificultades. Pese a todo, es un camino seguro, y la dirección hacia la «ciudad eterna» es la indicada.

No mantengamos nuestra mente alejada de la eternidad, porque todos tendremos que pasar por el inevitablemente trance de la muerte (si el Señor no viene antes), y comparecer ante el Tribunal de Cristo, para rendir cuentas de nuestro paso por este mundo pasajero.

En esta reflexión, no parece desatinado admitir, con cierta solemnidad, que *cuanto más cerca nos encontremos hoy del Señor de los Cielos, tanto menos nos costará dejar mañana la Tierra*.

UN MENSAJE DE ACTUALIDAD

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»

Aunque el mensaje fue dirigido principalmente **«a las iglesias»**, el texto leído comienza con «el que», sinónimo de **«si alguno oye mi voz»** referido anteriormente, el cual viene a revitalizar la enseñanza de que el llamamiento es de carácter *general*, pero la decisión es siempre *particular*. En esto la Escritura nunca se mantiene impasible, y siempre exige una respuesta, una decisión personal que tenga en cuenta el precio que se ha de pagar, pero también las imperecederas ganancias que podremos recibir.

Si apreciamos bien el mensaje de Cristo, éste no sólo se dirige a la iglesia de Laodicea, sino que también se hace extensivo a todas las comunidades, como indica el texto leído: **«A las iglesias»**. Y así, la perspectiva del espíritu bíblico se dilata en el tiempo hasta llegar a nuestra época, y cómo no, a cada uno de nosotros. De esta manera, todas las decisiones *particulares* resultarán determinantes para la situación de la iglesia en *general*. Lo que no podemos hacer, desde luego, es esperar que la iglesia cambie, si cada uno de nosotros no toma primeramente una decisión personal.

Todos los cristianos hemos escuchado en algún momento, y debemos responder a **«lo que el Espíritu dice»**. Es el mensaje del Espíritu Santo que habla a los creyentes en Cristo, y en general a todos los «cristianos» no convertidos realmente a Dios, que conforman la congregación de Laodicea en nuestro presente siglo.

Finalmente, cuando Dios hace posible que oigamos, seamos sensibles a su voz. No haremos bien en darle la espalda, ni en volver nuestro rostro con indiferencia ante tan digno llamamiento divino. **«Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma» (Is. 55:3)**.

Si todavía conservamos algo de percepción espiritual, pongamos atención a la urgente llamada de Jesús, que no por casualidad ha quedado por siglos fielmente registrada en la Biblia. Por lo tanto, ahora es el momento de detenerse, de escuchar la voz de Cristo, y de reflexionar sobre el claro mensaje que se reluce indeleble en El Apocalipsis. Porque, en vista de lo comentado, sólo desde nuestra decisión *particular*, podremos alcanzar a renovar la Iglesia en *general*.

CONCLUSIÓN

Para concluir con esta reflexión, cabe decir que las aplicaciones para la vida cristiana que se han realizado sobre el texto de El Apocalipsis, han sido siempre deductivas y analógicas; y se ha intentado, sobre todo, que obedezcan al espíritu doctrinal de la propia Escritura.

Si bien puede haber muchos cristianos que no se consideren tibios, debemos reconocer que cada uno de nosotros participamos en mayor o menor grado de la *tibieza* que nos rodea. Por una parte, porque somos un «cuerpo» con nuestros hermanos, y no en vano tenemos una responsabilidad colectiva. Por la otra, porque vivimos en un mundo corrompido, y el pecado, en consecuencia, no nos es ajeno.

Por lo visto, seguramente el texto de El Apocalipsis todavía se hace vivo y real en el corazón de cada cristiano afectado de tibieza, y también en cada congregación a punto de ser vomitada. **«He aquí yo estoy a la puerta y llamo» (Ap. 14:20)**. Tan generoso llamamiento es para todo el que se encuentre alejado de la comunión con Cristo. Luego, todo aquel que desee recibir a Jesús, no sólo como el Salvador, sino también como el Señor de su vida, habrá primero de renunciar a su propio ego, y estar dispuesto a reconocer su pobreza, su ceguera, su miseria... Sólo con dicha actitud, definitivamente, se alcanza a recibir de Cristo la restauración y posterior plenitud espiritual.

En esta conclusión final, quisiera relatar un sueño que para mí fue ciertamente significativo, y que según mi criterio personal contiene una enseñanza afín a lo expresado en el presente trabajo. Aunque si bien soy poco partidario de la revelación por sueños, creo que en situaciones especiales Dios puede utilizarlos para ofrecer alguna enseñanza específica. Así podemos decir como el salmista: **«Aún en las noches me enseña mi conciencia» (Sal. 16:7)**.

El sueño fue el siguiente: En unos encuentros cristianos de verano, estaba observando, cual espectador, cómo la gente se despedía entre sí con sonrisas y abrazos efusivos, al ser el último día. Mientras transcurrían las despedidas, me causó desconcierto notar entre los asistentes a un individuo muy particular, de aspecto un tanto rudo, con barba, y cierta seriedad en el rostro, pero cálido y sereno a la vez. Las personas que estaban a su lado evadían su presencia, y nadie se acercaba para saludarle. Parecía como si tal hombre fuera invisible ante los ojos de los allí presentes; cosa extraña, siendo el día de la despedida final... Cuál fue mi sorpresa, que al fijar la mirada en él, descubrí que la persona que había allí, entre la multitud, era el Señor Jesús, ¡mi Señor! Aquel que había sufrido tanto por mí en la Cruz, estaba allí, en persona... Inevitablemente mi corazón se conmovió, y mis ojos se llenaron de lágrimas, por la gran emoción de ver en persona al Señor Jesucristo. No tuve por menos que correr hacia Él y abrazarle... En esos momentos tan especiales, donde el encuentro confluyó en un intenso abrazo, sentí un profundo amor que inundó toda mi alma... De repente me desperté exaltado, y seguidamente tuve la fuerte sensación de que aquel sueño no había sido casual, sino que apareció como una impactante enseñanza, la cual Dios me había permitido experimentar en la esfera del inconsciente. Entendí, entonces, que cuanto más nos acercáramos a la segunda Venida de Jesucristo, mayor sería el menosprecio a su Persona: no sólo del mundo, en general, sino también de los cristianos, en particular.

Lo sorprendente del sueño fue que aquellos «creyentes» no se daban cuenta de que el mismo Creador de los cielos y la tierra, el Salvador de los hombres, estaba allí en medio de ellos. Es verdad, en muchos círculos cristianos se ha ido abandonando a Jesús, hasta llegar a ignorarle por completo. Asimismo, la iglesia tibia lo ha convertido en un mero símbolo, en una doctrina seca, en una religión vacía; y no se ha dado cuenta de que el Señor se ha mantenido *presente* por largo tiempo, a pesar del grave rechazo de su pueblo.

Tibieza, frialdad e incredulidad, son los síntomas de buena parte de nuestras iglesias. Y como esto es cierto, el mensaje que hemos escuchado de labios de Jesús, no puede ser ignorado.

La propuesta del Señor para hoy, es la misma que para el pueblo de entonces: **«A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque él es vida para ti» (Dt. 30:19,20).**

Querido lector, si no has experimentado todavía la verdadera salvación que ofrece Jesucristo, ahora es el momento preciso para reconciliarte con Dios. Jesús invita a cada persona de este mundo a tener un encuentro con Él: **«Venid a mí todos» (Mt. 11:28)**. Si por el contrario, ya has conocido a Cristo, y así mantienes tu llama encendida, ¡gracias por tu fidelidad, por tu decisión, por tu valentía! No te quepa la menor duda de que el Rey de reyes sabrá recompensarte cuando regrese con poder y gloria para buscar a su Iglesia.

Ahora bien, si por el contrario percibes que lo has ido dejando fuera de tu vida (tal vez sin apenas darte cuenta), y así si te encuentras experimentando la «tibieza espiritual», entonces, aún estás a tiempo de arrepentirte y acudir a Jesús. Él te espera con los brazos abiertos para ofrecerte el perdón divino y la restauración espiritual. Su invitación se mantiene hoy presente: **«Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él» (Ap. 3:20)**.

Iglesia tibia: sé fría o caliente, pero no alargues por más tiempo tu tibieza, pues de lo contrario se cumplirá la advertencia de Jesús: **«Te vomitaré de mi boca»**.

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».
(Apocalipsis 3:22)

José M^a Recuero
Bachelor en Teología

© Copyright 2008
Estrictamente prohibida su reproducción para la venta.